

LA TIENDA DE LOS

MAPAS OLVIDADOS

JULYSSSES
MOORE

Lectulandia

Jason, Julia y Rick traspasan la Puerta del Tiempo y ¡se trasladan al Antiguo Egipto! Entran en el interior de la Casa de la Vida, una inmensa biblioteca llena de laberintos, donde se conservan a buen recaudo papiros, pergaminos y tablillas procedentes de todos los rincones del mundo.

Esta vez deberán encontrar un misterioso mapa escondido en la Cámara que no existe. Solo una persona puede ayudarles: el pérfido propietario de la Tienda de los Mapas Olvidados...

Lectulandia

Pierdomenico Baccalario

**La tienda de los mapas
olvidados**

Ulysses Moore 2

ePub r1.0

Titivillus 21.05.2019

Título original: *La bottega delle mappe dimenticate*
Pierdomenico Baccalario, 2005
Traducción: María Lozano
Ilustraciones: Iacopo Bruno

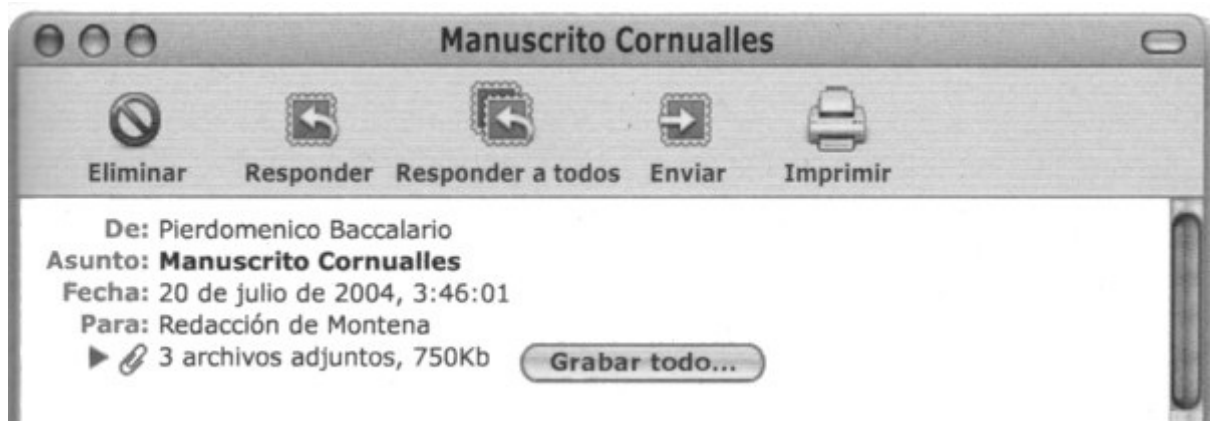
Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Nota al lector

Nuestro colaborador ha conseguido por fin traducir el segundo cuaderno de Ulysses Moore, tras haber descifrado el código que lo hacía incomprensible. Pero un denso misterio envuelve aún Kilmore Cove y sus habitantes... así que ha decidido quedarse un poco más en Cornualles para seguir investigando. Si antes de adentraros en esta nueva aventura tenéis curiosidad por saber qué ha sucedido hasta ahora, echad una ojeada a las últimas páginas del libro...

La redacción de Montena



Queridas mías:

Os escribo desde un cibercafé de St. Ives, una pequeña y deliciosa ciudad de Cornualles. ¡Esto es fantástico! Si os parece bien, me gustaría quedarme aquí unas semanas más. He logrado traducir también el segundo cuaderno, y tengo que decir que no está falto de sorpresas. Al contrario: se descubren un montón de cosas. Pero no quiero adelantaros nada.

He trabajado día y noche, y estoy agotado. Cuando he salido de mi cuarto, la luz del sol me hacía daño en los ojos.

Han sido los dueños del *bed & breakfast* los que me han obligado a salir para que me diera un poco el aire. Si no hubiera sido por ellos, estaría todavía encerrado en mi cuarto, papel y bolígrafo en mano, luchando con la caligrafía incomprensible de Ulysses Moore.

Son dos buenas personas. Les he contado lo que estaba haciendo... y ahora me tratan como si fuera de la familia.

Desayuno con ellos (¿habéis probado alguna vez los *scones*? Están buenísimos mojados en el café con leche); luego me planto en mi mesita, abro un nuevo cuaderno y me pongo a escudriñar el baúl en busca de dibujos o fotografías que me puedan ayudar. Al final del día, me piden que lea en voz alta lo que he traducido y lo comentamos. Es divertido.

¿Queréis saber una cosa extraña? La señora del *B&B* ha oído hablar de Kilmore Cove, pero ni ella ni su marido saben decirme exactamente cómo llegar hasta allí. De todas formas, ¡no tendría tiempo para hacer turismo!

Antes de despedirme, hay algunas cosas que tenéis que saber: indagando un poco, he encontrado el nombre de una tal Oblivia Newton, una famosa empresaria que se dedica a las casas, el turismo y las vacaciones. ¿Será la misma persona que aparece en estos cuadernos?

Hay también muchos Covenant en la guía de teléfonos de Londres, tantos que me apetecería llamarlos a todos.

En cambio, Kilmore Cove no aparece en ninguna guía. Decir que eso despierta mi curiosidad es poco: tengo que ir a pedir información al ayuntamiento de St. Ives. O encontrar uno de esos mapas de senderos o un plano turístico muy detallado para poder llegar hasta ese extraño pueblecillo.

El tiempo apremia. Tengo que irme.

Hasta pronto,

Pierdomenico

Capítulo (1)
- KILMORE COVE,
UN SÁBADO POR LA TARDE -

Cove Cottage 1/03/05

Primer borrador de la traducción
del Cuaderno II
de Ulysses Moore



He encontrado en el basíel esta
instantánea tan extraña.
Está hecha en Egipto.
He buscado en todos los libros...
!!! Este edificio y esta estatua
ya no existen!!!

Llovía y el cielo estaba oscuro como una pizarra. Desde la torrecilla de Villa Argo, situada en la cima del acantilado, la luz parpadeaba y cambiaba de intensidad bajo las ráfagas de viento. Los árboles del parque parecían doblarse como briznas de hierba. Las olas, henchidas de espuma, rompían contra los escollos.

Nestor, el jardinero, verificó por enésima vez que todas las ventanas estuvieran bien cerradas. Recorrió cojeando las habitaciones, orientándose a oscuras por entre extravagantes muebles. Esquivó de memoria los cajones salientes, las mesillas, las estatuillas indias y africanas y se agachó antes de pasar bajo la araña veneciana del salón. Su conocimiento de cada rincón de la casa era fruto de años de fiel servicio.

Pasada la escalera, llegó al porche y, a través de los cristales, se puso a mirar el jardín, lívido de lluvia. Se apoyó en el pedestal de la estatua de una mujer que remendaba una red de pesca. Recortada contra los cristales iluminados por la luz cegadora de los relámpagos, parecía viva.

Nestor se frotó las manos con fuerza. Subió la escalera pasando bajo los retratos de los antiguos dueños de la casa y entró en la habitación de la torrecilla. Echó un rápido vistazo a los diarios y a la colección de maquetas de naves; luego, volvió cojeando al piso de abajo, pasó por la arcada que conducía a la habitación de piedra y encendió la luz.

Había folios y lápices tirados por el suelo, en el lugar donde los chicos habían pasado la tarde resolviendo el enigma de las cuatro cerraduras.

Aligátor, Bisbita, Rana, Erizo.

Después las habían abierto...

Nestor miró la puerta negra. Su madera antigua estaba recubierta de quemaduras y arañazos. Y ahora estaba ya cerrada por ese lado. Herméticamente cerrada.

—Esperemos que estén bien... —susurró el jardinero, apoyando la mano en la madera fría de la Puerta del Tiempo. Miró la hora en su reloj mecánico, regalo de un viejo amigo relojero: las manecillas, largas y afiladas, avanzaban lentamente—. Ya deberían haber llegado... —murmuró, apretando los dientes por la tensión.

Capítulo (2)

- MÁS ALLÁ DE LA PUERTA DEL TIEMPO -

*El baúl está repleto
de cosas increíbles.
Creo que este perfume
podría ser de Oblivia:*



Hay un pasadizo —dijo Jason, apartándose el pelo mojado de los ojos.
—Y además se ve un poco de luz —añadió su hermana.
Rick, que estaba detrás de los gemelos, se volvió a meter en el bolsillo los cabos de vela que le quedaban.

—Me parece también que aquí hace más calor... Avanzaron por el pasillo, arrebujándose en las ropas que habían encontrado en el baúl de la nave: pantalones y camisas de una talla demasiado grande e incómodas sandalias de madera.

Rick tenía razón: en el corredor hacía mucho más calor que en la gruta de la *Metis*.

Jason se agachó para examinar el suelo.

—Arena —dijo—. Está cubierto de arena.

Su hermana acarició los bloques de piedra de las paredes. Eran de roca oscura, distinta de la del acantilado de Salton Cliff.

—A lo mejor nos estamos adentrando en un volcán... —dijo con una risita burlona.

Rick se dio la vuelta para examinar la puerta por la que acababan de pasar. Se confundía totalmente con la piedra del corredor y, si no hubiera sabido que estaba allí, no habría sido capaz de encontrarla.

Se colocó simétricamente sobre los hombros la cuerda que se empeñaba en llevar consigo y prosiguió el camino.

Jason silbaba, nervioso.

—Vigila dónde pones los pies —le advirtió su hermana—. No vayas a acabar en alguna trampa.

Doblaron una esquina y se encontraron ante un nuevo pasadizo y una escalera angosta y empinada que subía. La luz procedía de una rejilla colocada en el techo. Jason se plantó justo bajo el haz de rayos de sol que caía desde lo alto y dijo:

—¡Por fin un poco de sol!

Rick sacudió la cabeza, perplejo.

—No es posible. No nos hemos pasado toda la noche en la gruta.

Solo entonces Julia se dio cuenta de que su reloj se había parado.

—A lo mejor está amaneciendo —aventuró.

Rick se colocó junto a Jason bajo el haz de luz.

—Desde aquí, se diría que el sol está ya alto. De otro modo, no podría filtrarse por una rejilla que está en el suelo. Es increíble... No puede haber pasado tanto tiempo.

—Al menos eso explicaría por qué estoy tan agotado —dijo Jason, acariciándose suavemente los rasguños del pecho.

—¿Alguno de vosotros tiene la más remota idea de dónde estamos? —intervino Julia, acercándose a ellos.

—Pues yo diría que... estamos todavía bajo Salton Cliff... solo un poco más allá de Villa Argo —reconstruyó Rick, con su sentido práctico.

—Vamos a comprobarlo —sugirió Jason, con un pie ya en el primer peldaño de la escalera.

A mitad de la escalera se pararon de golpe. A través de la rejilla se podía oír la voz de dos personas que estaban en plena conversación:

—... un cargamento de resina de la mejor calidad.

—¿Y ya has hecho que lo lleven al mercado de la mastaba?

—Naturalmente ¡aunque hoy es casi imposible dar un paso con tantos controles!

—¡Demos gracias al faraón por su visita!

—¡El faraón sea loado mil veces... si la próxima vez se queda en su casa!

Las voces se alejaron hasta hacerse imperceptibles y los chicos intercambiaron una mirada atónita.

—¿Habéis oído lo mismo que yo? —preguntó Julia.

—Alto y claro —contestó Jason reemprendiendo el ascenso.

—¿También la palabra... faraón?

—Sí, sí. Han dicho «faraón».

—¿Y tú, Rick?

El chico pelirrojo había abierto el *Diccionario de las lenguas olvidadas* y estaba hojeándolo.

—Un momentito, Julia. Estoy buscando «mastaba».

Al llegar a lo alto de la escalera, Jason se detuvo ante un muro de ladrillos que les cerraba el paso.

—Jason, ¿tú sabes qué es una mastaba? —le preguntó su hermana poniéndose a su lado. Entonces vio el muro y dijo—: ¡No me digas que no hay salida!

Jason, después de dar unos golpecitos en el muro con los nudillos, contestó:

—No hay salida. Pero no creo que este muro nos detenga mucho tiempo. No es sólido. Es un muro falso.

—«Mastaba —leyó Rick, con voz cada vez más débil—: tumba sagrada del Antiguo Egipto en forma de pirámide truncada. Su interior puede estar decorado con frescos o grafitos. La entrada a la cámara sepulcral está disimulada para evitar los saqueos de los profanadores de tumbas.»

Julia, con los ojos desmesuradamente abiertos, preguntó:

—¿Tumba sagrada del Antiguo Egipto? ¿Cámara sepulcral? ¿Profanadores de tumbas? —Se volvió como un rayo hacia su hermano y lo ensordeció con un grito—: ¡Jason!

Rick cerró el *Diccionario de las lenguas olvidadas*.

—Decidme que estoy soñando...

—¡Jason! —repitió Julia—. ¿Nos estás ocultando algo?

En realidad, Jason estaba tan asombrado como ellos pero, como bien había intuido su hermana, el suyo era un asombro rayano en la alegría.

—De modo que... funciona así... —musitó, apoyándose extasiado en el muro de ladrillos.

Se acordó de cuando estaba en la cubierta de la *Metis*, soñando despierto sueños imposibles, y la nave se negaba a moverse. Y de cómo al final había logrado que zarpara cuando había deseado con todas sus fuerzas viajar a... ¡¡¡Egipto!!!

Rick miró a su amigo, miró a Julia y, por último, observó el extraño pasadizo en el que se encontraban y asintió.

—Está claro. Ya no estamos en Kilmore Cove. Esto no puede ser Kilmore Cove...

Julia se quedó rígida.

—¿Qué quieres decir con eso de que ya no estamos en Kilmore Cove?

Rick señaló la rejilla que estaba sobre ellos.

—Has oído a esas personas, ¿verdad? Resina, mastaba, faraón...

Jason se mordió los labios para impedir que se le escapara una risita.

Julia giró sobre sus talones y le apuntó con el índice de la mano derecha.

—Jason, ahora mismo...

Pero no consiguió acabar la frase. Alguien estaba dando golpecitos en el muro de ladrillos.



Poco antes de la medianoche, se encendió el faro de Kilmore Cove. La tormenta arreciaba. En lo alto de la torre brilló una luz naranja, parecida a la

de una bombilla recalentada. Después, tras varios intentos, dos luminosos conos blancos comenzaron a sondear la noche, girando lentamente.

La luz penetraba en el mar, perdiéndose en la lejanía, y pasaba luego por encima de los tejados de las casas, como un ojo blanco, grande y tranquilizador.

El pueblo dormía plácidamente, custodiado por su guardián de luz.

Por las calles desiertas transitaba un solo coche. Era uno de esos coches de gángster, negro e imponente, envanecido de su carísima tecnología de lujo. Sus limpiaparabrisas de última generación corrían de un lado a otro del cristal como veloces patinadores sobre hielo. El coche empezó a descender por la colina y los cristales refractantes nada pudieron hacer contra la violenta luz del faro, que iluminó el habitáculo como si fuera de día. Cegado de improviso, el conductor pisó a fondo el freno.

Desde el asiento de atrás, se oyó bramar de furia una voz femenina, que concluyó su ristra de recriminaciones con un definitivo:

—¡No vuelvas a hacerlo nunca más!

El conductor rumió en voz baja unas palabras, pero se limitó a meter la primera, luego la segunda y a bajar en dirección al centro del pueblo. Costeó el pequeño muelle, dejó el faro a su espalda y por último se introdujo por la segunda de las angostas y tortuosas callejuelas que se adentraban en la oscuridad.

—Por aquí no se puede pasar —le reprendió la mujer sentada en el asiento de atrás.

—Pero por aquí se llega antes —replicó el conductor, observándola por el espejo retrovisor.

Las largas uñas moradas de la mujer lanzaban pequeños destellos.

El coche llegó a una plaza redonda, en cuyo centro se erguía una majestuosa estatua ecuestre. Un pequeño grupo de gaviotas se guarecía de la lluvia bajo la panza del caballo de bronce.

«He aquí para lo que sirve el arte», pensó el conductor, esbozando una sonrisa malévola.

Con un viraje entiló un callejón apenas más ancho que el coche, flanqueado por viejas casas cuyos tejados se rozaban levemente, con gracia. Regueros de agua se precipitaban como cascadas dentro de los canalones.

—Ya hemos llegado —dijo el conductor al salir del callejón.

Entre un movimiento y otro del limpiaparabrisas, se colocó junto a una casa baja de dos pisos con una terraza llena de flores, una deliciosa buhardilla y el tejado inclinado.

—Maravilloso —canturreó la pasajera. Se roció con abundante perfume y abrió ella sola la puerta del coche—. ¡Vamos, rápido!

—¿Yo también?

—¿Ya se te ha olvidado lo que tienes que hacer, Manfred? —murmuró Oblivia Newton mientras se dirigía hacia la vieja casa sin cerrar la puerta.

Capítulo (3)

- EL MURO -

¡¡¡Hay llaves por todas partes!!!

~~El sul mado el pinetero.~~
~~como~~

1822



Se volvieron a oír golpes en el muro. Un golpe. Dos golpes. Un golpe. Dos golpes.
—Volvamos atrás... —susurró Julia. Pero Jason, con un gesto, le indicó que se callara.

Un golpe. Dos golpes.

Eran golpes suaves, como si alguien quisiera asegurarse de que el muro existía de verdad.

—¿Por qué dan todos esos golpes? —preguntó Julia entre dientes.

—Seguramente alguien nos ha oído hablar —le respondió Rick—. Y está calculando el grosor del muro, lo mismo que ha hecho antes tu hermano.

Jason acercó el oído al muro.

—¿Oyes algo? —le preguntó su hermana.

—¡Te oigo a ti! ¿Por qué no te callas un poco?

Después dio dos golpes en el muro.

—Y ahora ¿qué estás haciendo? —preguntó Julia con aire de enfado.

—Responder.

Algo más atrás, Rick sacudió la cabeza.

—A lo mejor no es una buena idea. No sé si deberíamos dejar que supieran que estamos aquí...

Resonaron dos golpes en el muro. Y después un golpe más fuerte, al que Jason respondió con el mismo vigor.

—Jason... —murmuró su hermana—. ¿Has oído lo que ha dicho Rick?

—¡Chissst...! Está haciendo algo...

Se oyeron unos rumores difíciles de descifrar; luego, unos momentos de silencio; por último, un chirrido agudo y penetrante.

—¿Has oído?

—S... sí.

—¿Qué ha sido eso?

—Parecía hierro. Hierro rozando en una piedra.

Permanecieron un rato pendientes de cualquier ruido. Pero, al otro lado, el desconocido parecía haberse detenido. Después, de repente, por debajo del muro, empezó a levantarse algo de polvo.

Jason tuvo una intuición. Se alejó de la pared y gritó:

—¡Rápido! ¡Escapemos!

Hubo un gran estruendo. Y se alzó una nube blanca.

Julia bajó la escalera de un salto. Adelantó a Rick con agilidad y echó a correr entre la polvareda. Sin volverse, oyó que Jason gritaba tras ella:

—¡Escapa! ¡Escapa!

Y notó que también Rick había echado a correr.

Aumentó la velocidad y dobló la esquina; oyó después el ruido de ladrillos que rodaban sobre otros ladrillos y a Rick, que tosía y repetía:

—¡Sigue! ¡Sigue!

Sin pararse a pensar, presa del pánico, Julia llegó a la puerta por la que habían entrado. La abrió tirando del picaporte y voló hacia el otro lado.

Se encontró sumida en la más completa oscuridad, tropezó con algo y perdió el equilibrio.

Cayó al suelo, encima de una alfombra.

¿Una alfombra?

Cuando se volvió, vio cómo la Puerta del Tiempo se cerraba tras ella con un portazo y una bocanada de polvo. Los ruidos, los gritos de Rick y de su hermano desaparecieron, como si no hubieran existido nunca.

Julia, como un resorte, se puso otra vez de pie.

¿La Puerta del Tiempo?

¿Dónde estaba?

Una alfombra, una mesa baja, un armario corrido hacia un lado, un sofá celeste y algunas butaquitas. La lluvia golpeaba contra los cristales de la ventana.

—¿Villa Argo? —se preguntó en voz alta.

Entonces vio la sombra de un hombre y lanzó un grito.

También Nestor gritó, arrojando por los aires las hojas que estaba leyendo.

Cuando se tranquilizaron, el jardinero preguntó:

—¿Julia? ¿Estás bien?

Ella abrió la boca, pero no consiguió pronunciar palabra. Miró fijamente la Puerta del Tiempo y el polvo que flotaba junto a ella, sin lograr entender nada.

Nestor seguía hablando:

—¿Dónde están los otros?

Julia sacudió la cabeza. Tras ella, la Puerta del Tiempo estaba cerrada. Tenía la superficie cubierta de arañazos y quemaduras. Las cuatro cerraduras dispuestas en forma de rombo parecían un rostro burlón.

Rick no estaba allí. Jason no estaba allí. Solo estaba ella. Julia sacudió de nuevo la cabeza.

—No lo sé —respondió—. No lo sé.



La señora Cleopatra Biggles, sesenta y cinco años pasados por entero en Kilmore Cove, se despertó al oír unos golpes en la puerta de entrada. Buscó a tientas la pera de la lámpara de la mesilla, la apretó y encendió la luz.

—¿Qué ha sido eso, Antonio? —preguntó a uno de los dos gatazos que dormían a los pies de su cama—. ¿Lo has oído tú también?

Antonio había dado un salto hasta el alféizar y miraba por la ventana, el espinazo rígido y la cola tiesa. El segundo gato, sin embargo, seguía durmiendo como si nada hubiera sucedido.

—Siento despertarte, César, pero creo que hay alguien en la puerta.

La señora Cleopatra se restregó los ojos y agarró el despertador que presidía la mesilla ante una fotografía de familia. Entornó los ojos y vio que era poco más de medianoche.

—Pero ¿quién podrá ser a estas horas?

Quienquiera que fuera, llamó de nuevo, con mayor vehemencia, a la puerta principal.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —refunfuñó la señora Biggles, mientras buscaba debajo de la cama sus pantuflas de lana. Al hacerlo, le pisó la cola a un tercer gato, que pegó un brinco y se encaramó a lo alto de la cabecera de la cama—. ¡Oh, lo siento! Perdóname, *Marco Aurelio*.

Atusándose con las finas manos el pelo despeinado y sin encender ninguna otra luz, caracoleó escaleras abajo esquivando otros gatos.

—¡Fuera, chicos! ¡Dejadme pasar! —dijo la señora Biggles, despertando así a todos sus gatos. Veinte en total—. ¡Tengo que ir a abrir la puerta!

La lluvia golpeaba insistentemente las ventanas, las macetas de la terraza, la buhardilla. A través del cristal de la puerta de entrada se filtraba la luz tenue de una farola, que delineaba la silueta de una persona.

La señora Biggles se acordó de repente de todas esas series de televisión en las que había visto escenas parecidas y, antes de abrir la puerta, puso la cadena.

—¡Señorita Newton, es usted! —exclamó sorprendida en cuanto identificó la silueta—. ¿Pasa algo?

—¿Nos abre, miss Biggles? —le preguntó Oblivia Newton con una sonrisa glacial, arrebujándose en su abrigo negro de piel—. Está diluviando.

Cleopatra Biggles quitó la cadena y abrió la puerta para dejar entrar a la recién llegada. Los tacones de aguja de Oblivia Newton resonaron sobre el viejo parquet, que crujió a su paso. Nada más verla, los gatos se refugiaron en la penumbra del salón bufando inquietos.

—Señorita Newton, siento mucho presentarme vestida así, pero no la esperaba... La casa está desordenada y... —Hizo ademán de cerrar la puerta, pero una mano robusta se lo impidió, y volvió a abrirla.

Un relámpago iluminó al mal encarado Manfred, quien permanecía inmóvil en el umbral chorreando agua.

Cleopatra Biggles se llevó una mano a la boca, asustada por esa aparición. Detrás de ella, *Antonio* y *Marco Aurelio* enseñaron las garras.

—¡Señorita Newton! ¿Este hombre viene con usted? ¿Qué... qué está pasando?

Oblivia no se dignó responderle. Enfiló con decisión el pasillo que unía el salón con la cocina, se paró delante de la puerta de la bodega y empezó a palpar la pared.

—Pero ¿es que no hay luces en esta casa? —gruñó, antes de darse cuenta de lo que sucedía en el recibidor—. Ah, sí, sí, miss Biggles, ¿sería usted tan amable de dejar entrar también a mi chófer?

Más tranquila, Cleopatra Biggles dio un paso atrás.

—Adelante... —le dijo a Manfred.

Manfred dirigió una mueca de disgusto a los dos felinos que montaban guardia detrás de miss Biggles y entró. Luego se paró, chorreando, en el centro de la habitación y dijo:

—Yo odio los gatos.

Delante de la puerta de la bodega, Oblivia Newton se quitó el abrigo de piel y lo dejó caer al suelo. Iba vestida como una agresiva presentadora de televisión: vertiginosas sandalias atadas a la pantorrilla, falda a media pierna de lino blanco con cinturón de esparto, blusa vaporosa con puños de piel de leopardo y estola de piel. Su largo cuello quedaba resaltado por una espléndida gargantilla de láminas de oro batido.

Ante esta figura envidiable, la señora Cleopatra Biggles, casi como un autómatas, se atusó un poco el pelo y el camisón de flores azules.

—Miss Newton, tiene usted una espléndida...

—¡La luz! —le ordenó con voz tajante Oblivia Newton—. ¡Encienda la luz!

Cleopatra Biggles encendió la lámpara del techo, que iluminó la planta baja con una luz velada, aún más tenue por el temporal.

—¡Por fin! —dijo Oblivia comprobando algo en la puerta de la bodega—. Lo tengo.

La señora Biggles intentó calmar a *Antonio* y *Marco Aurelio*, electrizados por la intrusión, y preguntó cándidamente:

—Perdone, ¿qué ha dicho?

Oblivia acarició la cerradura de la vieja puerta; después, recogió del suelo algunos granitos de arena.

—Nada, nada, querida... —dijo con voz falsamente condescendiente—. ¿Por qué no vuelve a la cama?

Al oír esta frase, Manfred cerró su mano en torno a la boca de miss Biggles, sujetando un pañuelo empapado de cloroformo.

La anciana puso los ojos en blanco, pero fue solo cuestión de un instante. Después, resbaló de entre los brazos de Manfred en medio del alboroto general de los gatos, que se agitaban nerviosos a su alrededor.

—Nos vemos luego, Manfred —susurró Oblivia Newton—. Mientras tanto, ya sabes lo que hay que hacer.

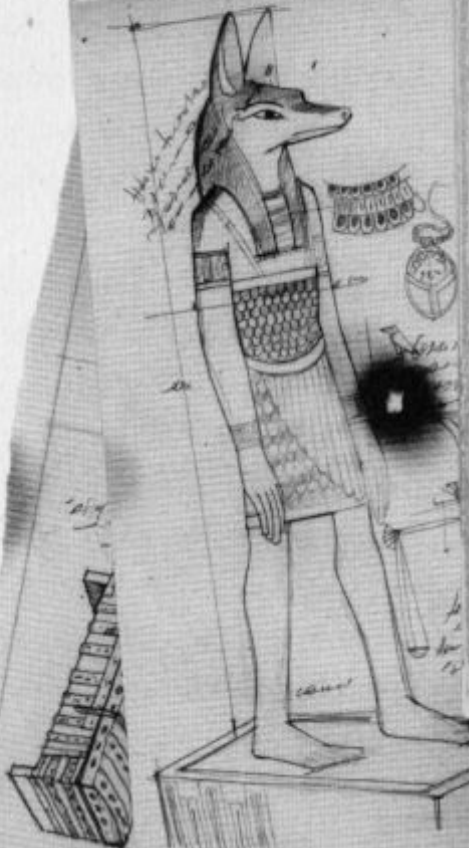
Cogió del bolsillo de la falda una llave oxidada en forma de cabeza de gato, la metió en la cerradura de la puerta de la bodega de miss Biggles e intentó girarla.

¡Clac!, hizo la cerradura.

Capítulo (4)
- LOS HUÉSPEDES -

Esto es un boceto
de la estatua de Anubis.
Probablemente es la
misma que han encontrado
Jason y Rick.

Edo Ulysses?



Cuando el polvo se posó, lo primero que vio Jason fue la cabeza amenazadora de un perro de piedra que sobresalía de entre los ladrillos.

No tardó mucho tiempo en reconocer el rostro de Anubis, el dios chacal del Antiguo Egipto. El dios de los muertos, para ser precisos.

La estatua había derrumbado el muro y había caído hacia el lado donde estaban los chicos.

—¿Julia? —preguntó, poniéndose de pie.

Se alejó de la estatua e intentó orientarse, pero una densa nube de polvo flotaba aún en el aire.

—¿Rick?

Su amigo braceaba afanosamente a poca distancia de él, al fondo de la escalera.

—¿Estás bien?

—Yo sí. ¿Y tú?

—Nada roto. ¿Dónde está Julia?

—No sé —respondió Rick tosiendo—. Estaba delante de mí. Creo que ha llegado hasta la puerta y ha vuelto a la gruta. Voy a ver...

—¡Espera! —le llamó Jason, aguzando el oído. Le parecía haber distinguido una vocecilla al otro lado del muro—. ¿Hay alguien ahí?

Los dos amigos se acercaron a la estatua del dios de los muertos y asomaron la cabeza por entre los ladrillos.

Al otro lado, bajo una pila de ánforas hechas añicos, había una chica que tendría más o menos su edad.

—¡Au... auxilio! —gimió la desconocida.

—¡Vamos, Rick! Creo que necesita que le echemos una mano... —exclamó Jason, saltando por encima del muro de ladrillos.

Los chicos sacaron a la desconocida de debajo del montón de ánforas rotas. Iba vestida con una túnica que antes del accidente era probablemente de un blanco inmaculado y llevaba el pelo completamente rapado, excepto una larga trenza negra en el lado derecho, que le llegaba hasta el pecho.

Con la ayuda de Jason y Rick, la muchacha se puso rápidamente de pie. Luego se sacudió el polvo del vestido y comprobó si tenía algo roto.

—¡Creo que he armado un buen lío! —comentó entre un acceso de tos y otro, mientras el polvo se iba dispersando poco a poco.

Jason y Rick estaban todavía demasiado ocupados contemplando el lugar en donde se encontraban para responder.

Era un pequeño cuarto polvoriento, atestado de muebles de madera con formas extrañas: un gigantesco pie de piedra, baúles con forma de cocodrilo, varias mesas cuyas patas imitaban las de los pájaros y una infinidad de trozos de ánforas rotas desparramados por todo el suelo.

La chica se irguió con los brazos en jarras y entornó los ojos para ver mejor la brecha abierta en el muro.

«Es miope», pensó Rick.

—¿De dónde venís? —preguntó ella.

Su cuerpo emanaba un penetrante perfume de flores y en su piel se veían las marcas rojas que habían dejado las ánforas.

—De allí —respondió Jason.

—¿Y qué hay allí?

Jason y Rick intercambiaron una rápida mirada de complicidad.

—Oh, nada... no hay nada. Lo mismo que aquí. Y además, claro, una buena polvareda...

—¡Qué desastre! —gimió la chica—. Si mi padre se entera, estoy perdida.

—¡Dímelo a mí! —suspiró Jason.

Rick apretó los labios sin decir nada.

La muchacha se puso al lado de la estatua de Anubis y preguntó:

—¿Por qué estabais dando golpes en el muro?

—Oh... —respondió Jason—. En realidad no era por un motivo concreto. Estábamos hablando de una cosa y otra y mientras... toc toc... hemos empezado a dar golpecitos en el muro para comprobar lo resistente que era.

—¡Os he oído enseguida! Esta pared es sutil como un «seba».

—Sí, sutil como un «seba»... —repitió Jason poniéndose rígido.

A su espalda, Rick hojeó velozmente el *Diccionario de las lenguas olvidadas* y le susurró al oído:

—«Seba: pequeña sombrilla de sol. —Y después añadió con tono preocupado—: Antigua palabra egipcia.»

La chica, mientras tanto, les contó lo que había pasado:

—Estaba buscando algún «ostrakon» divertido, cuando he oído vuestras voces.

—«Ostrakon: pedazo de barro cocido utilizado para escribir breves chanzas, lemas o maldiciones —le susurró Rick a Jason. Y después añadió, cada vez más preocupado—: Antigua palabra griega.»

—Entonces me he acercado al muro para dar unos golpes... —continuó ella—. Pensaba que me había equivocado, pero, cuando habéis contestado a mis señales, he buscado algo pesado entre los miles de trastos amontonados

aquí abajo y he encontrado esa antigua estatua de Anubis... Quería usar el pedestal para dar golpes contra el muro, pero... como podéis comprobar, se ha derrumbado todo y... ¡Porras!

Jason sonrió, divertido.

—No quería armar todo este lío —prosiguió la joven—, pero estaba muerta de curiosidad. Creía que había descubierto un pasaje secreto o algo así.

—Y, en lugar de eso, nos has descubierto a nosotros —dijo Rick.

Ella rió con sorna.

—Pues sí. Y de pasaje secreto, nada.

Mientras hablaba, Jason la estudió, y decidió correr el riesgo de fiarse de ella.

—Oye, ya sé que te parecerá raro que te pregunte esto, pero... ¿dónde estamos exactamente? —le preguntó.

—Estamos en los almacenes de la Casa de los Huéspedes.

—Pues entonces... —dijo Rick, indicando el corredor que se abría al otro lado del agujero— no existe ningún pasaje secreto: también allí hay almacenes de la Casa de los Huéspedes.

—Sí, sí —asintió Jason, siguiéndole el juego.

—Y vosotros, ¿qué hacíais ahí abajo?

—Ah... Mmm... Pues... Somos... ¡huéspedes, claro!

El rostro de la muchacha se iluminó.

—¿En serio? ¿Queréis decir que habéis llegado con la última flota?

Jason primero negó y luego afirmó con la cabeza.

Rick votó por el sí y respondió:

—Así es. Con la última ultimísima.

—Pero ¡eso es fantástico! No sabía que hubiera también chicos de mi edad. Creía que, como siempre, solo habían desembarcado los viejos rancios funcionarios de la corte. De todas formas, se nota que sois extranjeros... —sonrió ella, con aire astuto—. Me he dado cuenta enseguida: lleváis una ropa absurda y tenéis el acento más cómico que haya oído nunca.

Rick cortó la conversación para evitar que se volviera peligrosa.

—¿Qué os parece si intentamos volver a levantar el muro? —propuso.

Los tres muchachos se pusieron manos a la obra: arrastrando hasta la pared, por entre los trozos de ánforas rotas, llevaron un largo armazón con un cabecero en forma de media luna que, según la chica, era en realidad una vieja cama ya inutilizable.

Por suerte no bajó nadie a interrumpirles, señal de que el desastre había pasado inadvertido.

Jason estaba preocupado por Julia, pero no le dijo nada a Rick. Y no le diría nada mientras la chica estuviera con ellos.

—Estupendo —afirmó ella, cuando acabaron—. Ha quedado como nuevo. A no ser que a alguien se le ocurra mover todo, es imposible notar el agujero. Si nos largamos de aquí rápidamente, nadie nos podrá echar la bronca. ¿Venís conmigo?

Jason apretó los dientes y decidió ganar tiempo.

—Claro. Tú vete yendo. Nosotros... nosotros recogemos nuestras cosas y te seguimos...

En cuanto la chica salió de la habitación, Rick hizo un fardo con las pocas cosas que llevaban: el *Diccionario de las lenguas olvidadas*, el diario de Ulysses Moore, los cabos de vela y la cuerda que se obstinaba en llevar consigo.

—Rick, ¿por qué crees que Julia no ha regresado? —le susurró Jason a Rick al oído por si la chica aún podía oírlos.

—No lo sé. Pero acabamos de dejarla encerrada al otro lado del muro y ahora salir de este sitio... sea cual sea este sitio... podría ser muy, pero que muy arriesgado para nosotros.

—Hum... En el fondo tú has visto que Julia abría la puerta... No, no creo que mi hermana esté en peligro —declaró Jason—. Es solo que no puede volver aquí...

—¿Cómo lo sabes?

—Soy su hermano gemelo. Lo noto. Lo siento. Vamos a dejarle alguna pista —propuso, señalando los trozos de ánfora—. Vamos a escribir un mensaje en el muro.

—Te recuerdo que acabamos de cerrarlo.

La muchacha egipcia se asomó a la habitación.

—Bueno, ¿qué hacéis? ¿Venís o no?

—¡Ah, sí! ¡Claro, claro! —saltó Jason, yendo a su encuentro. Después lanzó una ojeada cómplice a Rick.

El chico pelirrojo cogió del suelo el asa de un ánfora y levantó la madera que cubría la brecha del muro.

En cuanto Jason y la chica hubieron salido, escribió en letras grandes:

NO TE MUEVAS.
VOLVEMOS ENSEGUIDA.

Después añadió:

P. S. Estoy (casi) seguro de que estamos en Egipto.



En Villa Argo, Nestor había convencido a Julia de que se sentara en el sofá de la habitación de piedra. Estaba todavía trastornada por lo que había pasado. Había sido todo tan rápido que no se había dado cuenta de que ella había sido la única en atravesar la Puerta del Tiempo.

¿Por qué había escapado? En el sitio donde estaban había una especie de...

—¿Una explosión, dices? —se informó Nestor, pacientemente.

Julia se sujetó la cabeza con las manos.

—Sí... Había una escalera que acababa en un muro. «Un muro falso», dijo entonces Jason. Parecía que había alguien detrás de ese muro... alguien que daba golpes en él. Jason respondió dando golpes también él y después... después se oyó un gran estruendo... y se levantó una densa nube de polvo. Jason me dijo a gritos que escapara y yo escapé. Llegué hasta la puerta, la abrí y... aparecí aquí. En el otro lado.

Julia se dio cuenta de que tenía en el bolsillo las cuatro llaves con las que habían abierto la Puerta del Tiempo. Las colocó encima de la mesita baja que estaba delante de ella con manos levemente temblorosas.

—Extraño —murmuró el jardinero, paseando nervioso por la habitación.

—Un momento... —lo interrumpió Julia, levantando la vista de las cuatro llaves—. Extraño... ¿qué es extraño?

Nestor hizo un ademán vago.

—Lo que te ha pasado.

Julia se puso de pie como un rayo, iluminada por una repentina intuición.

—¡Tú lo sabes! ¡Tú sabes lo que hay detrás de esa puerta!

Nestor arqueó las cejas e intentó cambiar de tema.

—¿Quieres una taza de té?

—¡No! Contéstame: ¿qué es lo que te parece extraño? ¿Tú sabes cómo funciona la puerta? ¿Estábamos de verdad en Egipto, como pensaba Jason? ¿Y por qué he vuelto aquí?

—Voy a prepararte una taza de té. Estoy seguro de que te sentará bien —anunció Nestor, escabulléndose a toda velocidad.

—Pero ¿adónde vas? ¡Nestor! ¡Nestor! ¡No quiero ninguna taza de té! ¡Quiero una explicación! —Julia se dirigió a la Puerta del Tiempo e intentó

abrirla. En vano.

—Es inútil —le dijo Nestor desde la puerta de la cocina—. No se abrirá.

Julia sintió que la invadía una oleada de rabia incontrolable. Se fue de nuevo hacia la mesa, agarró furiosa las cuatro llaves y las metió una tras otra en las cerraduras en el orden correcto.

ABRE. Primero el aligátor, luego la bisbita, luego la rana y, por último, el erizo.

—¡Es inútil! —repitió la voz de Nestor desde la cocina—. ¡No se abrirá!

—Eso es lo que dices tú... —bufó Julia, haciendo rechinar los dientes.

Dio la vuelta a las llaves, tiró de la puerta hacia ella y después la empujó, sin lograr que se moviera ni siquiera un milímetro.

Lo intentó una y otra vez, pero la puerta no se abrió.

Cuando Julia llegó a la cocina, Nestor estaba apoyado en el fregadero de mármol, contemplando el jardín por la ventana. En el fuego había un cazo de cobre. El agua hervía.

—El té está casi listo... —susurró él, intentando evitar que sus miradas se cruzaran.

—¿Por qué no se abre? ¿Qué es lo que sabes de la puerta? ¿Dónde están ahora Jason y Rick? ¿Y dónde estábamos los tres hasta hace un momento, antes de la explosión?

Nestor se encogió de hombros.

—Son muchas preguntas. No puedo contestar a todas al mismo tiempo. Suponiendo que pudiera contestar... que es algo que no debes dar por descontado.

Julia fue hasta un taburete cubierto con un tapetito acolchado de cuadros rojos y blancos. Se lo acercó con el pie y se subió encima.

—¿Se puede saber por qué me contestas así? ¿Qué te he hecho yo?

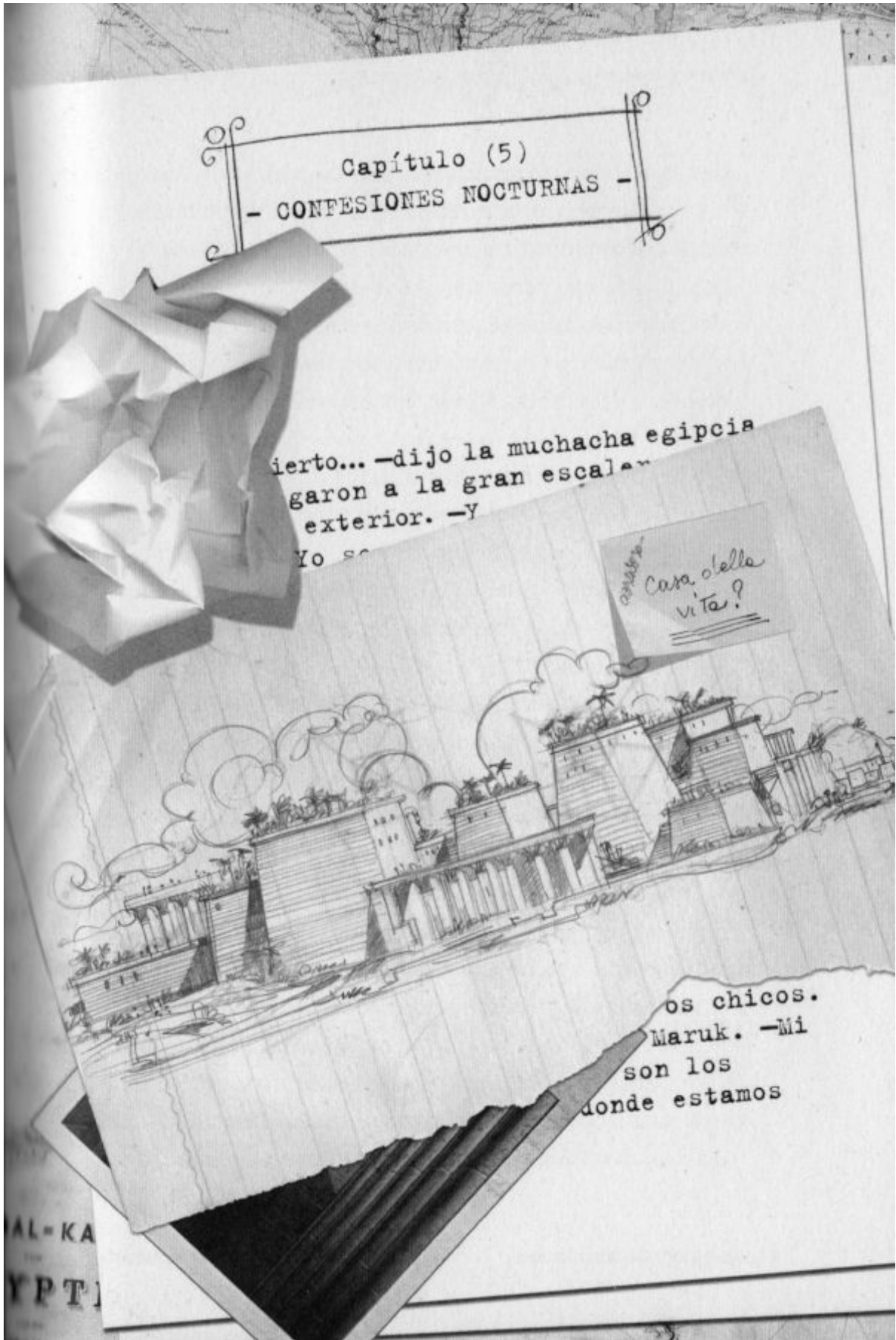
Nestor quitó el cazo del fuego, cogió un puñado de hojitas de té de un recipiente *wedgwood* de porcelana blanca y azul y las echó en el agua hirviendo.

—Nada. No me has hecho nada. Al contrario. Estoy contento de que estés aquí, sana y salva.

—Sana y salva, ¿de qué?

Nestor lanzó un resoplido. El agua del cazo empezaba a tomar el color del cobre.

—Del sitio adonde habíais decidido ir... —respondió Nestor tras unos instantes.



Cuando llegaron a una gran escalera que conducía al exterior, la muchacha egipcia dijo:

—Por cierto, yo me llamo Maruk.

—Hola. Yo soy Jason y él...

Rick los alcanzó después de hacer una marca en el muro por donde habían entrado con un trozo de barro cocido. Una precaución para encontrar el camino de vuelta.

—¡Él es Rick!

—¡Qué nombres tan raros tenéis! ¿De dónde sois? ¿De Nubia? —Maruk empezó a subir los escalones de piedra.

—No —contestaron los dos chicos al unísono.

—Menos mal... —sonrió Maruk—. Mi padre dice que los de Nubia son todos unos ladrones. Y por el modo en que nos hemos conocido...

—Tú también podrías ser de Nubia —bromeó Jason. Maruk aceptó la broma, pero insistió:

—Entonces, para ser más precisos, ¿de dónde sois? La verdad es que tenéis la piel demasiado clara para ser de Nubia. ¿Sois fenicios? ¿Minoicos? ¿Semitas? ¿Libios?

—La verdad... —empezó a decir Rick— es que es un poco difícil de explicar. Digamos que somos de un lugar lejano, muy lejano.

—Yo soy inglés y él es irlandés —cortó Jason tajante.

—¿Irlandés?

—Ir... irlandés. Con erre. Irlanda es una isla. Yo también soy de una isla, pero mucho más grande... Inglaterra.

Maruk movió la cabeza, divertida.

—Pues no había oído nunca hablar de vuestra tierra.

—¿Reino Unido? —aventuró Rick.

—Si te refieres al Alto y Bajo Egipto, sí. Pero que quede entre nosotros: voy fatal en geografía.

—¿O sea que tampoco has oído hablar nunca del Manchester United? —intervino Jason, con tono de asombro. Cuando Maruk le contestó que no, miró a Rick como diciéndole: «Pero ¿cómo es posible que haya todavía alguien que no ha visto jugar al Manchester United?».

Pero su irritación se disipó en cuanto subieron el último peldaño de la escalera y salieron al exterior.

Llegaron a un inmenso jardín, rodeado de murallas ciclópeas. Tan altas eran que semejaban montañas de color rojo fuego, hechas de piedras que parecían incendiarse bajo los rayos de sol. Estaban salpicadas de troneras y otras aberturas más amplias por entre las cuales revoloteaban las gaviotas, tan pequeñas, en comparación, que parecían moscas blancas.

—¡Y nosotros hablando del Manchester United! —balbuceó Rick, sin respiración.

Maruk, totalmente indiferente al espectáculo, se dirigió al centro del jardín: una extensión de palmas, árboles, cañas susurrantes y estanques de agua, donde se levantaban elegantes edificios llenos de columnas. Después tomó una avenida de arena, flanqueada por pequeñas esfinges, cada una de las cuales sostenía la varilla curvada de un parasol que daba sombra al camino.

Jason y Rick la siguieron, titubeantes, mirando a su alrededor con la boca abierta.

—Jason, ¿adónde hemos venido a parar? —farfulló Rick cuando la avenida dio paso a un prado lleno de parterres floridos por los que paseaban indiferentes garzas e ibis de pico puntiagudo.

—No tengo ni idea —respondió Jason, desorientado—. Pero nos conviene seguir a la única persona que nos lo puede explicar...

—Si no os importa, tendría que pasar un momento a ver a mi maestro... —dijo Maruk—. Después, os presentaré a mi padre, el Gran Maestro Escriba.

—Bien... —susurró Jason, lanzándole una ojeada preocupada a Rick—. Nos va a presentar a su padre.

Maruk se detuvo ante una estatua tres veces más grande que un hombre. Era una figura humana con cabeza de babuino que sostenía en la mano un estilete.

—Este es el dios Thot —dijo la chica, saludando al hombre-babuino. Después se dirigió hacia una construcción cuadrada situada detrás de la estatua.

Rick se aclaró la voz y leyó en el diccionario:

—«Thot: antigua divinidad egipcia que enseñó a los hombres la escritura y las matemáticas.»

—¡No me digas que hemos atravesado miles de años solo para ir a parar a una especie de escuela! —prorrumpió Jason.

Rick se encogió de hombros y siguió leyendo.

—Por suerte, al parecer impartía también conocimientos de música y juegos.

—Menos mal... —se tranquilizó Jason.

Alcanzaron a Maruk delante de la construcción cuadrada y alzaron la vista para admirar la luminosa secuencia de jeroglíficos coloreados que decoraba el frontón.

—«Morada de los Escribas»... —leyó Rick, como si fuera lo más normal del mundo—. ¡Pero... Jason...!

—No me preguntes cómo es posible —le respondió su amigo, siguiendo a Maruk dentro de la Morada de los Escribas—, pero yo también puedo leerlos.

El interior de la Morada de los Escribas era fresco y oscuro.

Al llegar la chica y sus amigos, todos se inclinaron ante ellos.

Rick y Jason se quedaron de piedra y por unos momentos intentaron responder a las reverencias. Luego Rick se atrevió a preguntar:

—El hecho de que tu padre sea el Gran Maestro Escriba, ¿significa que... significa que es una persona muy importante aquí?

Maruk sonrió y volvió a echarse la trenza detrás de los hombros.

—Pues yo diría que, después del faraón y el Gran Sacerdote, es la persona más importante del país.

Rick tragó saliva, mientras Jason, detrás de él, sonreía presa de la excitación.

Los tres chicos atravesaron un angosto pasadizo repleto de jeroglíficos y llegaron a una gran sala con el techo salpicado de aberturas de las que llovían cascadas de agua a un estanque central recubierto de azulejos celestes.

—Esta es nuestra sala del agua... —explicó Maruk—. Por ese lado están los salones de la caligrafía. Por ese otro, los estanques floridos. Y encima de esas escaleras está la terraza. Esperadme allí. En cuanto acabe, os alcanzo.



Nestor ofreció a Julia una taza de té humeante y se quedó de pie mirando cómo ella la sujetaba con fuerza entre las manos y cerraba los ojos sobre el vaho aromático.

—Creo que era Egipto... o algo parecido —dijo Julia, después de un rato.

—Egipto... claro... —musitó el jardinero—. ¿Y cómo habéis llegado hasta allí?

Pasó un tiempo antes de que Julia se sintiera con ganas de contar todo lo que había sucedido después de traspasar la puerta oculta tras el armario. Pero

cuando se decidió a hablar, no se dejó nada en el tintero: el cuarto circular, la bajada, el salto en la oscuridad, la rampa, la gruta iluminada por las luciérnagas, la *Metis*.

—Fue Jason el que cogió el timón y... al fin consiguió moverla.

Al oír este detalle, Nestor sonrió, poniendo buen cuidado en disimular la sonrisa tras la taza de té.

—Jason, claro. Y cuando abristeis la puerta de la gruta, la de las tres tortugas encima...

—Había un pasadizo con el suelo de arena... Encontramos la escalera tapiada por el muro falso y luego... Luego el muro se derrumbó y los dejé allí.

—Mmm... —musitó Nestor.

Julia levantó la cara de la taza de té.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿A lo mejor se debe a mi sólida educación británica?

—¡Esto ya pasa de castaño oscuro! —gruñó ella, dejando con un gesto brusco y enojado la taza en la mesa y levantándose del taburete.

—¿Qué haces?

—¡Déjame en paz!

Julia corrió al salón y encendió la luz.

Fuera de Villa Argo arreciaba el temporal. Los postigos de madera de las ventanas oscilaban sobre sus goznes azotados por el viento, que se colaba entre las rendijas. La lluvia batía furiosamente contra los muros de la casa.

Julia atravesó el salón y llegó hasta la mesita redonda del teléfono. Estaba tan nerviosa que se le cayó dos veces el auricular de las manos antes de lograr aferrarlo.

—¿Qué hago? ¡Aquí no hay nadie que me ayude! —dijo sollozando mientras intentaba marcar el número de la casa de Londres donde sus padres se habían quedado a dormir.

Se equivocó de número y colgó.

Oyó que el jardinero apagaba la luz de la cocina y se dirigía al salón.

—¡Estoy llamando a mis padres! —gritó Julia—. ¡Eso estoy haciendo!
¡Al menos ellos me podrán dar algún consejo!

El número de Londres. El número...

Sobre el teléfono empezaron a caer grandes lagrimones cargados de tensión.

Por fin la línea del teléfono estaba libre.

Julia abrió la boca de par en par para coger un poco de aire y tranquilizarse; después se dejó caer en un butacón cercano. Mientras esperaba a oír la voz de sus padres, clavó la vista en el arco que separaba la habitación donde estaba el teléfono del salón.

La línea del teléfono estaba libre y ese sonido lento consiguió en cierto modo calmarla.

Nestor apareció bajo el arco sosteniendo en las manos dos objetos que había cogido de una mesa del salón. Sonreía, si bien su sonrisa era insólitamente triste.

El jardinero alzó el primer objeto.

—Busto de moro. Procedente del bazar de la Tierra de Punt, Antiguo Egipto. Tiene alrededor de tres mil quinientos años. El señor Moore la trajo de su tercer viaje a Egipto a bordo de la *Metis*.

Julia volvió a abrir la boca de par en par y tapó con una mano el auricular del teléfono.

Nestor alzó el segundo objeto.

—Pequeño cofre con incisiones del Papiro de los Muertos. Un texto religioso que actualmente es imposible hallar. Tiene cinco mil años. Lo compró la señora Moore, después de arduas negociaciones, durante su sexto viaje a la Tierra de Punt a bordo de la *Metis*. —Bajó lentamente los dos objetos y le preguntó a Julia—: ¿Entiendes ahora por qué estoy tan tranquilo?

Una vez más, la señal del teléfono indicó que la línea estaba libre.

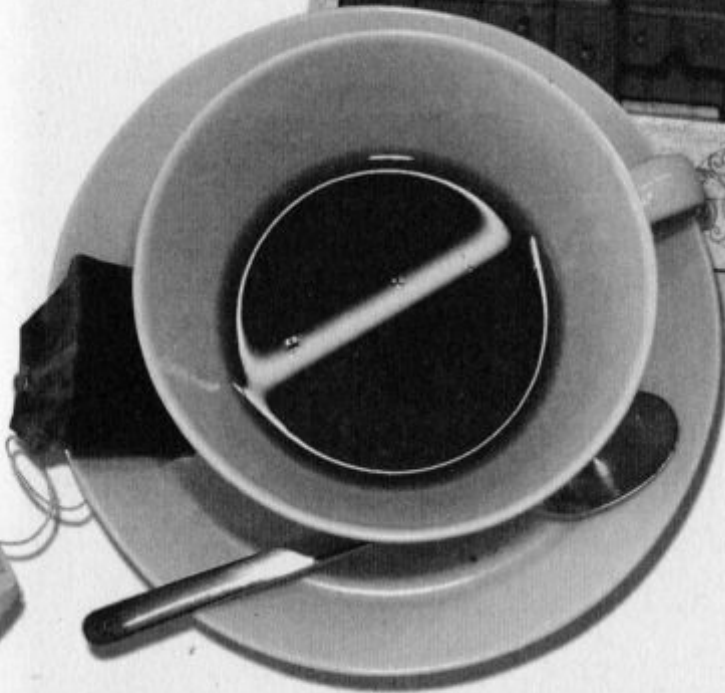
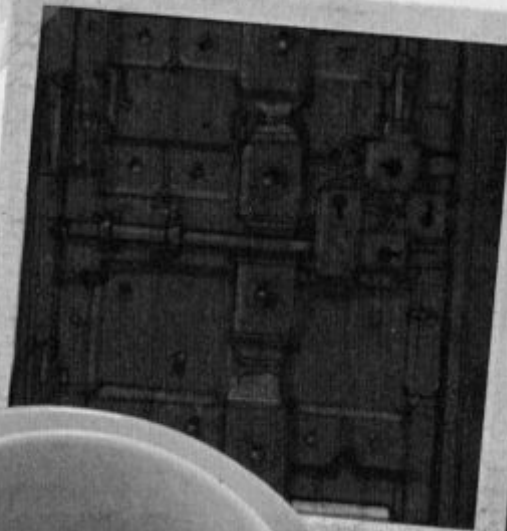
Julia sorbió ruidosamente el aire por la nariz.

Y colgó.

Capítulo (6)
- EN LA TERRAZA -

... Si hay tantas llaves,
¿habrá también otras tantas cerraduras?!

...!!! Aquí hay cuatro!!!



Como había sugerido Maruk, Jason y Rick subieron las escaleras y salieron a la terraza. Se asomaron al jardín y, por primera vez, consiguieron hacerse una idea de aquel lugar. Fuera de las murallas, una caótica ciudad de casas bajas y cuadradas se extendía a ojos vistas hasta un gran espejo de agua.

—Eso debe de ser el Nilo... —susurraron los chicos al verlo.

Era una cinta del mismo azul del cielo, pero surcada por velas triangulares y en la que fulguraban los destellos de las olas.

Los dos chicos dejaron que su mirada vagara por doquier. Sobre sus cabezas lucía un sol implacable.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó Rick.

Jason se rascó la cabeza y respondió:

—Estamos dando una vuelta por el Antiguo Egipto. Y hemos descubierto que sabemos leer los jeroglíficos.

—Mi pregunta era más general —replicó Rick—. ¿Por qué hemos venido a parar aquí?

Por toda respuesta, Jason sacó del morral el diario de Ulysses Moore y se puso a hojearlo.

—Porque el anterior propietario así lo ha querido. —Lo abrió por la página que reproducía la máscara fúnebre de Tutankamón con la anotación «El tesoro del faraón» y se la enseñó a Rick—. Mira, en esto pensaba cuando me puse al timón de la *Metis* en la gruta.

—El faraón niño —susurró Rick.

—No sé qué tiene que ver con este sitio... Y tampoco sé qué tiene que ver el anterior propietario con el faraón —dijo Jason—. Pero me gustaría descubrirlo antes de regresar.

Rick pasó la página del diario. Ulysses Moore había anotado con su menuda y angulosa caligrafía algunos datos sobre un lugar llamado «Tierra de Punt». Un boceto a lápiz reproducía fielmente la avenida de las esfinges con el parasol por donde los chicos acababan de pasar para llegar a la Morada de los Escribas.

—Él estuvo aquí... —murmuró Rick—. Algo habías intuido, ¿verdad?

—Lo había imaginado desde que pusimos pie en la gruta. Sí... Ulysses Moore y su mujer llegaron aquí a bordo de la *Metis*, exactamente igual que nosotros.

Rick asintió y leyó las anotaciones del cuaderno.

—El viejo Moore dice aquí que esta ciudad era un lugar muy amado por los faraones, quienes, atraídos por su belleza, organizaban numerosas

expediciones para visitarlo. Mmm... ¡Ah! Mira lo que pone aquí: «Punt es una especie de ciudad perdida de África... que ningún arqueólogo ha descubierto nunca».

—¿No dice nada de estas murallas ciclópeas?

Rick pasó unas cuantas páginas.

—Ah, sí... Aquí está escrito que las murallas custodian en su interior la mayor riqueza de Punt. Son un laberinto de escaleras y corredores, de pozos y torres, con galerías y pasadizos que se abren por doquier... incluso bajo tierra.

Jason contempló las murallas, atónito.

—¿Y por qué habrá un laberinto ahí dentro?

Rick movió la cabeza.

—Déjame leer. Hum... Aquí... En alguna parte de este jardín se encuentra la entrada al laberinto. Es la «Casa de la Vida», un templo consagrado al dios Thot. En este laberinto de pasadizos y encrucijadas se custodia «la Colección», en la que se recogen todos los conocimientos del Mundo Antiguo... —Rick dio la vuelta al cuaderno para leer un apunte de Ulysses que estaba escrito de través en el margen—. «Mil años más antigua que la gran biblioteca de Alejandría.»

Jason lanzó un silbido, estupefacto.

Rick prosiguió velozmente la lectura:

—«Meta codiciada de todos los viajeros de la Antigüedad, en la Tierra de Punt se podía encontrar cualquier cosa. En sus mercados, en el puerto o en la ruta de las caravanas, se comerciaba diariamente con objetos de todo tipo: papiros, ámbar, resina, oro, marfil, cuarzo, pigmeos...» —Rick se interrumpió de golpe—. ¿Pigmeos? ¿Qué quiere decir con «pigmeos»?

—¡Creo que se refiere a los pequeños hombres de la selva! —respondió Jason.

Rick frunció el ceño y siguió con el cuaderno.

—Y, para acabar, hay una especie de plano rudimentario de la ciudad... O, por lo menos, eso parece.

—Déjame ver.

El chico pelirrojo le enseñó el dibujo a lápiz de una serie de calles, plazas y encrucijadas, con algunas zonas marcadas con un círculo.

En la página siguiente, garabateada apresuradamente, podía leerse esta enigmática indicación:

PARA ORIENTARTE NECESITARÁS
FORTUNA Y BUENA ESTRELLA.
BUSCA EL MAPA EN LA TORRE

DE LOS CUATRO BASTONES.

En ese momento la voz de Maruk los llamó.

Rick escondió el cuaderno dentro del hatillo y susurró:

—¿Qué hacemos?

—Por ahora nos conviene seguirla —respondió Jason—. Luego ya veremos...

Los tres salieron de la Morada de los Escribas y se aprestaron a presentarse ante el padre de Maruk, el cual, en calidad de Gran Maestro Escriba, residía dentro de la Casa de la Vida. En el corazón de las murallas, por tanto.

Mientras atravesaban el jardín, Jason y Rick le hicieron a la chica diversas preguntas sobre la Casa de la Vida, la Colección y Thot, pero ella les respondió vagamente, como si le aburriera hablar de cosas que todos sabían.

Maruk condujo a los dos chicos hasta la Entrada Triunfal de la Casa de la Vida: dos gigantescas estatuas sostenían el arquitrabe y cada uno de los peldaños de la escalinata que conducía al interior estaba esmaltado de un color distinto.

Apenas traspasaron el umbral, se encontraron inmersos en un continuo ir y venir de gente, y Jason tuvo la sensación de entrar en el metro de Londres a una hora punta.

Mudos de asombro, atravesaron una enorme sala a cuyos lados se abrían, en un número infinito de niveles, pasadizos, pasajes, bocas. Decenas de escaleras salpicaban esta habitación sin confines, girando, subiendo y bajando de la Entrada Triunfal a los corredores superiores. A lo largo de las paredes del pozo, montacargas de madera rechinaban transportando arriba y abajo personas y rollos de papiro.

En el aire cálido y polvoriento se respiraba una mezcla indescriptible de olores: cuero, papiro macerado, cinamomo y nuez moscada.

—Bienvenidos al interior de nuestra Colección... —anunció solemnemente Maruk.

—¿Y qué... coleccionáis... aquí dentro? —preguntó Jason, intentando evitar un gran montacargas repleto de rollos de papiro que ascendía del pozo.

—Escrituras, rollos de papiro, tablillas... Y también objetos, muebles, enseres, utensilios de trabajo, monedas... Todo lo que nos dejan para custodiar. Y proteger.

Jason miró a los hombres que, atareados, trepaban por las escaleras hasta hacerse pequeños como insectos o bajaban al subsuelo hasta desaparecer en la

oscuridad, y no pudo evitar pensar en un hormiguero.

—¿Y tu padre administra todo esto? —preguntó Rick, perplejo y fascinado al mismo tiempo.

—Sí —respondió Maruk, orgullosa—. ¡Venid!

La chica condujo a sus nuevos amigos ante dos hombres vestidos con túnicas de color púrpura y altos tocados celestes adornados con una pluma blanca. Los dos estaban concentrados en degustar con deleite sendas tazas de hibisco en un rinconcito oscuro entre las estatuas. En cuanto la vieron llegar, intentaron esconder la bebida detrás de la espalda e hicieron una formal reverencia.

—Honorable Indicadores —les saludó Maruk sin pensar siquiera en responder a la reverencia—, mis amigos y yo deseamos ver al Gran Maestro Escriba en sus aposentos.

El más alto de los dos, delgado como una caña de papiro, se aclaró la voz y arqueó las cejas comedidamente:

—Lo siento, hijita, pero la Regla Treinta y dos nos impide a mi aprendiz y a mí satisfacer vuestra petición.

El otro, más pequeño y rechonchete, movió la cabeza desconsolado.

Maruk frunció el ceño:

—¿Y cuál sería esa Regla Treinta y dos?

—No hacer caso a los niños.

Maruk se puso en jarras.

—Pero ¡yo soy la hija del Gran Maestro Escriba!

El Indicador más alto entornó los ojos para verla mejor y después dio un respingo, fingiendo sorpresa.

—Imagino que tenéis razón, perdonadme. Sin embargo, sigue siendo imposible satisfacer vuestra petición.

—¿Y por qué?

—Regla Cuatro: seguridad. Se dice que el faraón podría llegar de visita de un momento a otro. ¿No veis qué actividad hay hoy en la Casa de la Vida? Los Indicadores estamos trabajando duramente para que todo esté en orden. La gente protesta porque quiere entrar, pero hemos recibido disposiciones precisas. Regla Doce: ninguna entrada más en la Casa de la Vida hasta nueva orden.

El Indicador rechonchete asintió, afligido.

—Pues, la verdad, no me parece que os estéis matando a trabajar... —replicó Maruk aludiendo a la infusión de hibisco.

El más rechonchete esbozó una sonrisa, pero el colega lo fulminó con la mirada.

—Y, de todas formas, mis amigos y yo tenemos que ir a ver a mi padre en sus aposentos —prosiguió Maruk.

—¡Ah! ¡Claro! Los aposentos del Gran Maestro Escriba. El hecho es, querida hijita, que según la Regla...

—¡No me interesa lo que dice vuestra Regla! —gruñó Maruk—. ¡Yo quiero ir a los aposentos de mi padre!

El Indicador más alto se flotó las manos, con afectación.

—Por supuesto, por supuesto. Pero el problema es que tus amigos, por desgracia, no tienen permiso para acceder a la Colección.

—¿Y se puede saber por qué?

—Por la Regla Doce, ¿no habéis oído? Ninguna entrada más hasta nueva orden.

—¡Pues os lo ordeno yo!

—En ese caso... —refunfuñó el Indicador—. Sahu, díselo tú.

—Regla Ocho —canturreó entonces el Indicador regordete—: los huéspedes tienen que llevar siempre consigo sus salvoconductos. ¿No es cierto, Micerino?

—Bien dicho —le respondió el colega, complacido.

Maruk lanzó un resoplido y se volvió hacia Rick y Jason, que no habían abierto la boca.

—Son siempre muy tiquismiquis... De todas formas —insistió la chica—, tenéis razón: mis amigos no tienen salvoconducto. Si tuvieran salvoconducto, ¿podrían pasar conmigo para ver a mi padre?

Los Indicadores se pusieron a mascullar entre sí reglas y reglamentos y, por fin, dieron una respuesta.

—Pues sí, la verdad es que podrían —anunció Micerino.

—No hay ninguna regla que lo prohíba —añadió Sahu.

—¡Estupendo! —exclamó Maruk—. Solo una cosa más: ¿dónde podemos conseguir dos salvoconductos?

—Regla Cuarenta y Uno: basta solicitarlo a un Indicador —respondió Sahu con prontitud.

Micerino volvió a fulminarlo con la mirada.

—¡Perfecto! Entonces, ¿seríais tan amables de entregar dos salvoconductos a mis amigos para que podamos entrar a ver a mi padre en sus

aposentos?



—Buena parte de los objetos que ves en esta casa —estaba diciendo Nestor a Julia— provienen de los viajes que Ulysses Moore y su mujer hicieron a bordo de la *Metis*.

Los dos habían vuelto a la habitación de piedra, sostenían de nuevo en las manos sus tazas de té y estaban mirando la puerta negra empotrada en la pared.

—¿Y tú no fuiste nunca con ellos?

Nestor sonrió, pensativo. Se mordisqueó repetidamente los labios antes de decidirse a contestar:

—No... Yo prefería quedarme aquí, en casa, ocupándome de todo lo demás.

—Pero ¿no te lo pidieron nunca?

Nestor rió entre dientes.

—Ya lo creo que me lo pidieron. Sobre todo Penelope, la señora Moore, insistía siempre en que los acompañara a bordo de la *Metis*. Si supieras cuánto hablaba y hablaba para intentar convencerme. Pero yo... no. Yo prefería quedarme aquí, en Kilmore Cove. Me gustan las cosas que no se mueven, como los árboles y las piedras. Y la verdad es que también le gustaban al señor Moore. Decía siempre: «Solo si permaneces quieto te das cuenta de cuánta gente se mueve continua e inútilmente».

Julia dio un sorbo a su taza de té y dijo:

—Pero él no estaba nunca quieto...

—Era un viajero —la interrumpió el jardinero—. Los viajeros no se mueven. Viajan. Para poder viajar, tienes que tener un punto de referencia, un punto de partida. Y volver siempre allí, para preparar el siguiente viaje. No existe un círculo sin un centro. Y no existe un viaje sin regreso. O, al menos, eso decía él. Lo decía también del viaje más difícil de todos. Ya sabes a qué me refiero.

—A la muerte —dijo Julia.

—Sí. A la muerte.

—Pero ¿cómo era el anterior propietario?

Nestor frunció el ceño, meditabundo.

—Un gran tipo, inteligente. Esta casa era para él lo más importante del mundo. Esta casa y su mujer.

—¿Y Penelope?

—Dulce. Amable. Buena. Soñadora.

Julia asintió.

—¿Y tú? Tú, ¿desde cuándo estás aquí?

Nestor se encogió de hombros.

—¿Y quién se acuerda? Es como si hubiera estado siempre aquí. O mejor dicho... ahí fuera... en mi casa. Aunque en realidad he pasado más tiempo en esta que en la mía: cada vez que los Moore atravesaban la Puerta del Tiempo y se iban de viaje... Estaban fuera diez, quince días, ¿sabes? A veces meses enteros. Yo cuidaba el jardín, pero también me hacía cargo de la casa. De los muebles, las estatuas, los enseres. De todos los objetos que fueron suyos entonces y que ahora pertenecen a tus padres... Me ocupaba del salón, de la biblioteca, de los dormitorios, del desván. La colocación de algunos muebles es mérito mío, mientras que el resto... Bueno, de todo el resto se ocupaba Penny, o sea, la señora Moore.

—¿Qué quieres decir?

—Era ella la que decidía dónde había que poner cada uno de los objetos que traían de sus viajes. «¡Ahí! ¡Ahí encima queda perfecto!», decía. Entonces el señor Moore me miraba como para decirme: «No se moverá de ese sitio». A no ser, naturalmente, que la señora Moore decidiera revolucionar la casa. Y entonces, te aseguro que en Villa Argo se vivían jornadas moviditas.

—Debían de ser una pareja muy original.

—Y que lo digas.

—Me hubiera gustado conocerlos. ¿No hay ninguna foto suya? ¿Ningún retrato? A propósito: creo que sabes que en lo alto de la escalera falta precisamente el retrato de Ulysses Moore. ¿Sabes adónde ha ido a parar?

Nestor se frotó las manos.

—Creo que está en el desván, en algún lado. A Ulysses Moore no le gustaba. Decía que cada vez que lo veía se sentía ya muerto. Y después, cuando en vez de morir él falleció su mujer...

—¿Cómo murió? —le preguntó Julia.

—Resbaló y cayó por el acantilado —dijo Nestor tras un largo silencio.

Capítulo (7)

- LA COLECCIÓN -

A juzgar por la cantidad de bocetos sobre el tema que hay en su cuaderno, Ulysses Moore tiene que haber realizado numerosos estudios sobre Egipto.

Este es ~~de~~ el sarcófago de Tutankamón, 1325 a. C. El plano podría ser de Villa Argo.

Sahu

de

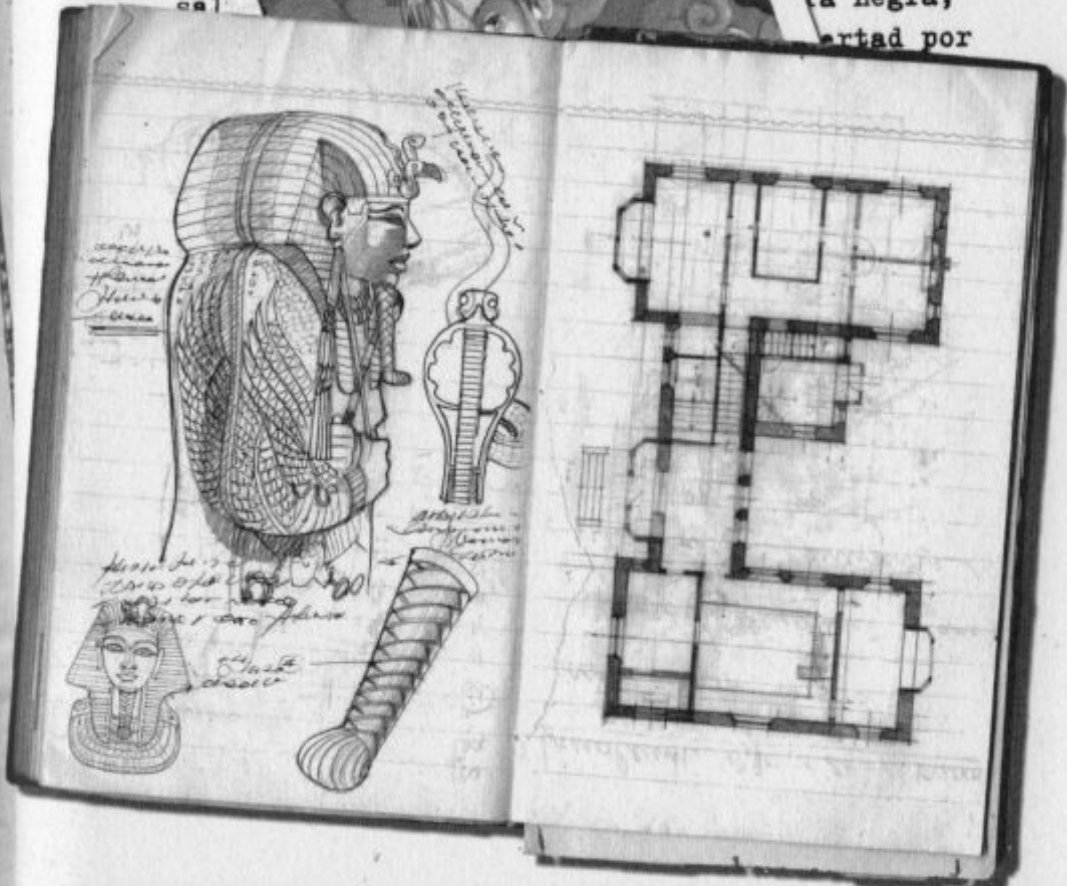
sal

de la Casa

como

ra negra,

ertad por



Sahu y Micerino, los dos Indicadores de la Casa de la Vida, entregaron a Rick y a Jason como salvoconducto dos escarabajos de piedra negra, con los que podían moverse con total libertad por el interior de la Colección.

Después, los acompañaron a través de una vieja y angosta escalera que ascendía a lo largo de la pared interna de la gran sala de recepción y conducía a un pasadizo con el techo bajo y el suelo inclinado.

—Sahu y yo conocemos pasajes que muchos otros ni siquiera imaginan —dijo orgulloso Micerino, cuya pluma iba rozando el techo—. Por aquí, amables huéspedes. Os acompañaremos un rato antes de regresar a nuestras importantes obligaciones.

El pasadizo estaba envuelto en una luz difusa, que se reflejaba mediante un ingenioso sistema de espejos de bronce. Las paredes, pintadas de color ocre, estaban salpicadas de vez en cuando por nichos de diversas dimensiones que contenían rollos de papiro, tablillas de madera e ídolos cubiertos de polvo.

Rick observó que cada nicho se identificaba mediante un símbolo, un número o ambos, e imaginó que con eso le servía al personal de la Colección para archivar el inmenso material.

Muy pronto llegaron a un espacio circular, diáfano, sobre el cual lucía un cielo azul: era como estar en el fondo de la gran chimenea de una nave.

Tomaron el único pasadizo que salía del lucernario y prosiguieron su camino en silencio. Llegaron a un cruce entre dos pasadizos que se abrían en direcciones opuestas y Micerino, sin dudarle un momento, eligió el de la derecha, que ascendía cuesta arriba de manera más pronunciada.

—Exactamente, ¿cuáles son vuestras obligaciones? —preguntó de repente Rick, colocándose al lado de Sahu—. ¿Os encargáis de la seguridad?

—Regla Diecisiete: de la seguridad se encargan los guardias —respondió Micerino en lugar de Sahu, sin ni siquiera darse la vuelta—. Nosotros nos ocupamos de recordar qué es lo que contiene la Colección. —El Indicador indicó con desgana los nichos de ambos lados del pasadizo—. Cada uno de estos nichos contiene algo: solo nosotros sabemos qué y cómo encontrarlo. Lo que sabemos lo transmitimos a nuestros aprendices.

—¿Oralmente? —preguntó Rick.

—Por supuesto... —respondió Micerino—. La escritura solo sirve para empobrecer la memoria.

Rick se rascó la cabeza, incrédulo.

—Pero ¡habrá cientos de miles de nichos! ¿Quieres decir que cada uno de vosotros los conoce todos, uno a uno?

—¡Oh, no, no! Eso sería imposible —contestó Micerino—. Cada Indicador se hace cargo de un único edificio y un número determinado de salas y se dedica solamente a los nichos que son de su incumbencia.

—Pero ¿qué dimensiones tiene este lugar?

—Regla Dos: la Colección se divide en veintidós edificios. Cada edificio tiene veintidós salas. Cada sala tiene veintidós pasadizos. Y cada pasadizo tiene...

—¿Veintidós nichos? —aventuró Rick.

—¿Y por qué habría de tener veintidós nichos? —replicó Micerino, riendo con desdén—. Tiene cincuenta y seis. O ciento doce. O ciento sesenta y ocho.

—¿No podían haber inventado algo más sencillo como diez por diez por diez? —le dijo Jason a su amigo, refunfuñando.

—La Regla Dos, claro está, se refiere solo a la Colección Superior... —añadió Micerino—. Después, están todos los pasadizos subterráneos. Que son muchos, muchos más... Bueno, nosotros os dejamos aquí, porque tenemos que volver al duro trabajo —concluyó el Indicador—. Estáis ya muy cerca, amables huéspedes. Para llegar a los aposentos del Gran Maestro Escriba basta tomar ese pasadizo y seguir todo recto, sin girar nunca. Llegaréis a la pirámide en un abrir y cerrar de ojos.

Rick, Jason y Maruk se dirigieron hacia el pasadizo.

Tras ellos, los dos Indicadores se despidieron con una advertencia.

—Recordad la Regla Nueve: no toquéis nada de los nichos si no es en presencia de un Indicador.

—Entendido —respondió Maruk, con una sonrisita.

—Y... la Regla Diecinueve: si oís las trompetas de los guardianes, salid inmediatamente de la Casa de la Vida.

—Debe de ser fácil perderse aquí, con tantos pasadizos y todos estos nichos —observó Jason mientras se dirigían hacia los aposentos del Gran Maestro Escriba.

—Desde luego —confirmó Maruk—. Para eso sirven los Indicadores, para no perderse.

—Pero ¿ha explorado alguien toda la Colección?

—Mi padre, quizá —respondió la chica, mientras acariciaba el muro con la mano—. Aunque toda, toda, no. Hay pasadizos en los que no entra nadie

desde hace años: los Pasadizos Abandonados.

Maruk trazó un signo en el aire, como para conjurar los malos espíritus.

—Imagino que esos serán los pasadizos subterráneos... —aventuró Rick—
—Donde hay esa especie de pozo...

—Oh, no. Esa es la Colección Inferior. Los Pasadizos Abandonados están arriba...

Maruk se detuvo para mirar a sus amigos. Sus ojos relucientes brillaron con una extraña fuerza, mientras comenzaba a relatar:

—Hace algún tiempo... en esos pasadizos, estalló un incendio, en el que perdieron la vida muchas personas. Los cuerpos de dos Indicadores, marido y mujer, no aparecieron nunca. Fueron pasto de las llamas, como todo lo que contenía esa sección.

—Qué alegría... —masculló Jason, perplejo.

Maruk continuó caminando.

—Igual que en «La balada de los dos enamorados».

—¿Y?

—La balada dice que dos eternos enamorados vagan desde hace siglos por estos pasadizos, uno en pos del otro, sin encontrarse jamás.

—Mientras que nosotros... —se apresuró a preguntar Jason— sabemos por dónde tenemos que ir, ¿verdad?

—Más o menos... —sonrió Maruk—. No había pasado nunca por aquí.

Por suerte, las indicaciones de Micerino eran precisas. Después de unos cien pasos, el pasadizo desembocó en un amplio espacio y los chicos se encontraron en el interior de una pirámide perfecta, de base cuadrada.

—¡Hemos llegado! —dijo Maruk, con un suspiro de alivio por reconocerla—. Ahí están los aposentos de mi padre.

La habitación era sencilla y lujosa al mismo tiempo. El viento henchía los grandes cortinajes de lino que colgaban del techo y dos amplias aberturas se asomaban a ambos lados de las paredes.

En el centro exacto del recinto había cuatro mesas atestadas de objetos y, delante de las mesas, cuatro divanes bajos. En la pared del fondo había otros tantos nichos, parecidos a los de los pasadizos. Cada uno de ellos se distinguía de los demás por medio de un símbolo distinto. Y después rollos y rollos de papiro, similares a gigantescas bobinas de hilo, alineados en las restantes paredes.

—¿Papá? —llamó Maruk, dando algunos pasos por la habitación.

Nadie respondió. Dio la vuelta alrededor de las cuatro mesas y lo llamó de nuevo, sin obtener respuesta.

Jason y Rick se habían quedado esperando en la entrada, atemorizados ante un recinto tan majestuoso.

—Quizá deberíamos largarnos de aquí antes de que su padre nos descubra... —susurró Jason a su amigo.

En aquel momento, por el lado opuesto de la habitación entró una mujer.

—¡Maruk! —exclamó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

La chica se volvió hacia sus amigos y los invitó a entrar. Rick y Jason, caminando con pasos circunspectos sobre el pavimento de lapislázuli, se detuvieron junto a una de las mesas.

—Tu padre no está... Ha ido a recibir al faraón —dijo la mujer a Maruk.

Jason y Rick la miraron y sonrieron, cohibidos. Llevaba una vestidura larga y blanca y sus ademanes eran extraños y elegantes al mismo tiempo: tenía el brazo izquierdo inmovilizado, sujeto al cuello con una cinta de tela blanca, mientras el derecho acompañaba cada una de sus palabras con un gesto armonioso.

—La asistente de mi padre perdió la movilidad del brazo durante el incendio del que os hablaba antes. Y dicen que, a consecuencia de un golpe que se dio en la cabeza, perdió también la memoria... Por eso, si oís que dice cosas un poco raras, no le hagáis mucho caso... —susurró Maruk a sus amigos—. ¿Cuándo volverá mi padre? —preguntó después en voz alta.

—No depende de él, sino del faraón. Si quieres esperarle aquí... ¡a lo mejor puedes conocer a Tutankamón! —respondió la asistente.

—¿Tutankamón? —la interrumpió Jason, dando un paso hacia ella. Después se giró de golpe hacia Rick—. ¿Qué te había dicho? ¡Estaba seguro de que había una relación entre él y este sitio!

La mujer sonrió.

—Maruk, ¿quiénes son tus amigos?

—Son huéspedes. Llegaron ayer con la flota.

—¿Con la flota real?

—S... sí —balbuceó Jason—. ¿Verdad, Rick?

Rick se hizo a un lado para evitar la reverberación del sol. Pudo así distinguir más claramente a la interlocutora de Maruk: era una señora de mediana edad, con un rostro de facciones regulares y delicadas que dejaba traslucir una profunda dulzura.

—¿Verdad, Rick? —repitió Jason.

—Ah, sí, sí, claro... Con la flota. Llegamos ayer con la flota...

—Estupendo —dijo con tono alegre la mujer—. ¿Y con qué nave, para ser más precisos? —Alzó la mano para indicarle a Rick la mesa que estaba junto a él.

En ese momento, Rick se dio cuenta de que los objetos que atestaban la mesa eran maquetas de veleros y pequeñas embarcaciones.

Maruk notó su estupor y fue hacia él.

—¿Te gustan, Rick? Los construye mi padre. ¡Son su gran pasión!

El chico pelirrojo se había quedado de piedra.

Recorrió con la mirada las numerosas maquetas que había en la mesa y no pudo evitar compararlas con las que, solo pocas horas antes, había visto en la torrecilla de Villa Argo.

Un escalofrío serpenteó por su espalda y le hizo susurrar:

—Hemos venido a bordo de esta... —Indicó con el dedo una embarcación que parecía la copia perfecta del *Ojo de Nefertiti* de Villa Argo.

Jason estaba tan boquiabierto como él.

—Ah, bien, entonces... ¡habrá sido un viaje maravilloso! —dijo la mujer, acercándose a ellos. Su largo vestido de lino rozaba el suelo de lapislázuli.

—Sí, un viaje maravilloso —dijo Rick, sintiendo de repente que le faltaba la respiración.

Levantó la maqueta del *Ojo de Nefertiti* y se la dio a Jason, quien murmuró sin salir de su asombro:

—No es posible... No es posible...

La mujer sonrió.

—El Gran Maestro se alegrará de saber que os gusta tanto.

—¿Hace mucho tiempo que el Gran Maestro Escriba se dedica a construir maquetas? —preguntó Rick.

—¡Desde siempre! —respondió Maruk—. En cuanto puede, se planta en esa mesa de ahí con todas sus piezas y sus herramientas. Dice que mientras construye cosas pequeñas se concentra en las grandes, ¿verdad? —añadió, dirigiéndose a la mujer.

Ella sonrió.

—Tu padre dice también que le gustaría tener más tiempo libre para poder completar la flota. Hace meses, mejor dicho, hace ya casi un año que no consigue acabar una maqueta. ¿Queréis ver la que está construyendo?

Rick asintió y la mujer dio media vuelta, precediéndolo. Fueron hasta la mesa de trabajo del padre de Maruk.

En el centro de la mesa había una maqueta tapada con un lienzo. La asistente del Gran Maestro Escriba lo levantó cuidadosamente con la mano derecha.

De repente, al ver la embarcación, Rick tuvo la sensación de que los pies se le habían quedado clavados en el suelo.

—¿No es preciosa? —preguntó la mujer.

Sobre la mesa del Gran Maestro Escriba había una maqueta de la *Metis*.



—Háblame de la puerta —dijo Julia al jardinero en la habitación de piedra de Villa Argo.

Nestor posó la taza de té en la mesita baja.

—A decir verdad, solo sé lo que me contaron los señores Moore. Esa pared, la pared en la que está la puerta, forma parte del ala más antigua de la casa, cuya construcción es anterior al desembarco de los romanos en Inglaterra. Anterior incluso a los celtas. Quizá existía ya antes de que se levantaran las piedras de Stonehenge.

Julia cruzó los brazos y preguntó con cierta suspicacia:

—¿Y quién la construyó?

—No-lo-sé —silabeó Nestor—. Y tampoco lo sabían los Moore. Es más, creo que viajaban en la *Metis* para descubrirlo.

—¿Quieres decir que la puerta está ahí desde siempre?

—Es posible...

—¡Dime la verdad!

—Es todo lo que sé —insistió el jardinero—. Pero el señor Moore no ha sido el primer habitante de Villa Argo. En este promontorio ha habido siempre un asentamiento: un castillo, una torre, algo. Si te interesa, en la biblioteca está el árbol genealógico de la familia. Leyéndolo puedes perderte en los meandros de la historia.

—¿Hasta qué época llega?

—Yo lo he visto solo un par de veces, cuando Penelope lo sacaba de su sitio para quitarle el polvo. Pero es tan antiguo y está tan lleno de ramas que llega hasta los tiempos en los que el apellido de su marido era simplemente «More», con una sola «o».

—Significa «más» en inglés.

Nestor negó con la cabeza.

—No, no es inglés. Proviene de una palabra latina que significa «costumbre, tradición, antigua usanza». Puedes buscarla en el diccionario, si quieres.

—El diccionario lo tiene Rick —replicó Julia bruscamente—. Y ahora quiero ir a buscarlo.

Al oír estas palabras, Nestor se puso en pie de golpe.

—Se ha hecho tarde. Creo que ya es hora de que subas a acostarte.

Julia lo miró con los ojos muy abiertos.

—Pero ¿cómo se te ocurre? Mi hermano y Rick están todavía en Egipto, en algún lugar de la... de la...

—Tierra de Punt —precisó Nestor, en un tono indiferente mientras abría las ventanas para comprobar si aún seguía lloviendo.

—¡Pues, eso! ¿Y mientras ellos están en la Tierra de Punt, se supone que yo tengo que irme a dormir? Podrían estar en peligro.

—Un noble propósito —asintió Nestor—. Pero no puedes ir.

—¿Qué?!

—Mientras ellos estén allí, la puerta permanecerá cerrada por este lado.

—¡No te creo!

Nestor le mostró las quemaduras y arañazos que afeaban la madera.

—Es imposible abrirla hasta el momento en que los viajeros vuelvan a casa o hasta el momento en que no puedan regresar. Tres viajeros salen de aquí. Tres viajeros han de volver atrás antes de que la puerta pueda volver a abrirse. Lo siento, pero funciona así. Lo único que podemos hacer es esperar.

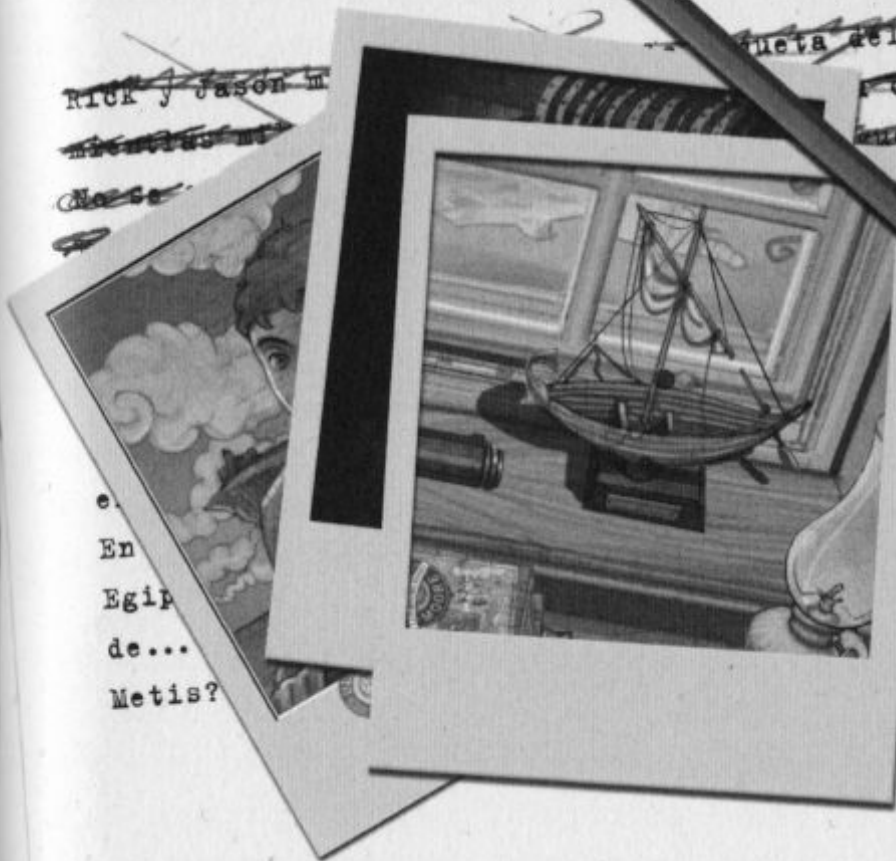
Julia estaba completamente aturdida.

—Quieres decir que se puede abrir... solo...

—Desde el otro lado. Sí —dijo Nestor, volviendo a la salita del teléfono.

Capítulo (8)
- EL MAQUETISTA DE BARCOS -

~~RICK y Jason m~~ ~~huetta del barco~~
~~mentas m~~ ~~cajeza.~~
~~Noce~~



La
r
da
de
lucción
uo
gmento
s, la

e.
En
Egip
de...
Metis?

Rick y Jason miraban fijamente la maqueta del barco mientras mil pensamientos les bullían en la cabeza. No se equivocaban: sobre esa mesa del Antiguo Egipto descansaba la inconfundible silueta de la nave que habían guiado en la tormenta, en el mar interior de la gruta de Salton Cliff. Y apoyada en los diarios de Ulysses Moore, en el cuarto de la torrecilla de Villa Argo, había una reproducción exacta del *Ojo de Nefertiti*.

En Kilmore Cove había un fragmento del Antiguo Egipto. Y en el Antiguo Egipto había un fragmento de... ¿de qué exactamente? ¿Qué era, entonces, la *Metis*? ¿Cuántas personas la conocían?

—Es un barco verdaderamente... raro... —farfulló Rick, cuando la asistente volvió a cubrir la maqueta con el lienzo—. No había visto nunca uno igual.

—Pues sí... —respondió la mujer—. De hecho, creo que se trata de una especie de nave imaginaria, fruto de la fantasía del Gran Maestro. Y debe de ser por eso por lo que está tardando tanto en acabarla...

—En realidad, mi padre la ha construido copiando un diseño —soltó Maruk.

Rick y Jason la miraron electrizados:

—¿Un diseño? ¿Estás segura? ¿Lo podemos ver?

La asistente los miró de hito en hito con expresión divertida.

—¡Qué gracioso, tus amigos! —exclamó, acercándose a una de las estanterías de la pared del fondo. Buscó durante unos instantes y sacó un largo rollo de papiro—. Aquí está el dibujo al que se refería Maruk —dijo, desenrollándolo.

Dentro del papiro, había una hoja de papel con un boceto de la *Metis*. Era una banal y modernísima hoja de cuaderno, que parecía arrancada de uno de los diarios de Ulysses Moore.

Al verlo, Jason no pudo contenerse y, antes de que su amigo consiguiera taparle la boca, exclamó:

—¡Pero si es un diseño de U...!

—¿Conocéis a su autor? —les preguntó la mujer.

—Oh, no, no —se apresuró a decir Rick—. Mi amigo quería decir que es un diseño de u... un valor incalculable. Incalculable.

Maruk sonrió.

—Eso pensamos también nosotras. Es bonito, ¿verdad?

—Pero ¿cómo diantres habrá llegado esa hoja de papel hasta aquí? —susurró Jason al oído de Rick cuando las dos egipcias se dieron la vuelta para volver a colocar en su sitio el rollo de papiro.

—Ni lo sé ni lo quiero saber —replicó el chico pelirrojo, dando unos pasos hacia atrás—. Creo que lo mejor es que nos larguemos de aquí y volvamos a donde está tu hermana sin perder un minuto.

—Espera un momento... —le dijo Jason, fingiendo contemplar algunos papiros que estaban en el lado opuesto de la habitación. Luego añadió en voz baja—: Maruk nos ha dicho que la Casa de la Vida sirve para custodiar y proteger cosas... ¿No crees que el anterior propietario...? —Jason sonrió y el amigo intuyó lo que estaba pensando.

—¿Tú crees —empezó a decir Rick— que Ulysses Moore vino aquí para esconder algo?

—Piénsalo bien: podría haber venido aquí, a esta habitación, y haber hablado con el Gran Maestro Escriba. Podría haber cambiado el diseño de la *Metis* por la maqueta del *Ojo de Nefertiti*. Eso explicaría muchas cosas, ¿no crees? Por ejemplo, por qué estamos aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Que Ulysses... podría habernos hecho venir aquí... para que recogiéramos algo que ha dejado guardado en la Colección.

Rick asintió.

—Tiene sentido. Podría tener sentido. Es una pena que el antiguo dueño haya muerto.

—Eso lo dices tú —replicó Jason, recordando los ruidos que había oído en la torrecilla de Villa Argo.

—¿Qué estáis tramando vosotros dos? —Maruk los interrumpió, apareciendo de repente tras ellos.

—Nos preguntábamos una cosa... —le respondió Rick, con una sonrisa en los labios—. Antes nos has dicho que a la Casa de la Vida llegan objetos procedentes de todos los rincones del mundo...

—Así es.

—O sea que cualquiera puede dejaros algo en custodia, ¿no?

—Pues sí. Basta con que lo entregue a uno de los Indicadores, dé su nombre y pague una cantidad de *deben* según lo que quiera conservar y por cuánto tiempo —explicó Maruk, atusándose la trenza.

Rick continuó:

—Y entonces, conociendo el nombre de una persona, ¿se puede llegar a saber si ha dejado algo guardado en la Colección?

—¿Bastaría preguntarle a un Indicador? —aventuró Jason.

—Oh, no hace falta... —intervino la asistente del Gran Maestro Escriba, que los había oído—. Los nombres se escriben en los papiros, que se colocan

en orden por las estanterías.

Jason y Rick se acercaron a unos paneles de madera identificados mediante símbolos jeroglíficos que se iban transformando en letras comunes del alfabeto a medida que los leían.

Se detuvieron ante el símbolo de la «M».

—«Moore»... Creo que podría estar aquí —musitó Jason.

—¿Queréis que os ayude a buscarlo? —preguntó la asistente.

—No, no hace falta... Es solo una bobada. No queremos molestarla... —respondió Jason, en cuya mente resonó una señal de alarma—. Si nos da usted permiso, lo buscamos nosotros y después volvemos a poner todo en su sitio.

—Pues claro que os doy permiso, basta con que os ayude Maruk —confirmó la asistente, risueña, y se alejó de ellos con un suspiro.

Dentro de las estanterías había muchos rollos de papiro envueltos en pesadas telas. Cada rollo contenía una lista de nombres, como una moderna guía de teléfonos. Para leerlos todos, sin embargo, era necesario sujetar el rollo por un extremo e irlo desenrollando lentamente por el otro hasta desplegarlo sobre el suelo. En cada uno de ellos, anotado con una caligrafía menuda y ordenada, figuraban los nombres de diversas personas, seguidos del tipo de objeto que habían dejado en custodia en la Colección, la cifra abonada para que fuera aceptado y el breve lema con el que concluía el registro.

Según Maruk, ese lema indicaba el nicho en el que se había colocado el objeto.

—¿No habría sido más fácil escribir simplemente «nicho n.º 16.450» —murmuró Rick, leyendo uno de los lemas— en lugar de «El loco busca en el mundo dos copas para brindar»?

Pero más tarde comprendió que aquellas frases servían precisamente para memorizar los datos relativos al nicho. Es más sencillo recordar una historia que un número.

En los primeros tres rollos no encontraron ningún «Ulysses Moore» y comenzaron a dudar de su intuición.

Estaban a punto de renunciar cuando a Rick le llamó la atención una mancha oscura que estaba en el centro mismo del cuarto rollo.

—¡Lo tenemos! —exclamó, incapaz de contener la emoción que le asaltó.

Bajo el dedo le había parecido leer el nombre del anterior propietario de Villa Argo escrito en jeroglíficos. Solo un instante después, un escalofrío le recorrió la columna vertebral: alguien había intentado borrar todo el registro.

Con un largo trazo de tinta negra habían tachado parte del nombre y buena parte del resto, con lo que el texto era prácticamente ilegible.

—No es posible... —murmuró Jason, levantando delicadamente el papiro y poniéndolo a contraluz—. No se lee nada... excepto... sí... «Ulysses Moore» y esta palabra: «ma»... «pa»... ¡«mapa»! ¡Mapa! ¿Ves lo mismo que yo, Rick? ¡Aquí está escrito «mapa»!

Rick se acarició el mentón, pensativo. Podía ser... A lo mejor Jason tenía razón. Sin duda, el misterioso personaje que había borrado el registro del papiro tuvo poco tiempo para hacerlo, porque había trazado una raya apresurada sin llegar a tachar por completo los jeroglíficos y hacerlos ilegibles.

«Ulysses Moore: mapa.»

Eso era lo único que podía leerse.

Más de lo que les hacía falta para entender que lo que tenían que encontrar en el interior de la Colección era algo verdaderamente importante.

Jason y Rick volvieron a poner en su sitio los papiros y se despidieron de la asistente del Gran Maestro Escriba. Maruk los condujo fuera de la habitación, hacia la puerta de salida de la Casa de la Vida.

Al llegar a un recinto bajo con el suelo oscuro del que partían tres pasadizos, la chica tomó el que estaba custodiado por una estatua que sostenía sobre la cabeza una especie de cielo estrellado.

—¿De verdad no sabes cómo están ordenadas estas salas y estos pasadizos? —le preguntó Rick—. Quiero decir que si has decidido ir por este lado y no por ese otro algún motivo habrá, ¿no?

—Sí, que por aquí vamos bien —le respondió Maruk—. Es el Pasadizo de la Estrella. Es inútil que te inquietes, Rick: la disposición de estos pasadizos es uno de los secretos mejor guardados por los Indicadores.

—Que usan frases particulares para acordarse de lo que están buscando —insistió Rick— como... «Después del sacerdote, ve al Pasadizo de la Estrella», o bien... «El nicho está bajo las estrellas.» —Observó las dos estatuas que hacían guardia ante las restantes salidas de la habitación y añadió—: O bien: «Recorre el Pasadizo de la Sacerdotisa y gira después en el de la Torre...»

—¿Has dicho «torre»? —intervino Jason.

Rick observó con más detenimiento la estatua que había llamado «torre».

—Torre, sí. ¿Cómo la llamarías tú? ¿Faro? ¿Edificio más alto que ancho?

—Torre, torre... —repitió Jason, hurgando en el morral que Rick llevaba colgado a la espalda—. Espera un momento...

Abrió el cuaderno de Ulysses Moore y leyó en voz alta la anotación que habían encontrado en la página que estaba al lado del esbozo de la ciudad de Punt.

PARA ORIENTARTE NECESITARÁS
FORTUNA Y BUENA ESTRELLA.
BUSCA EL MAPA EN LA TORRE
DE LOS CUATRO BASTONES.

—¿No podría ser esto el lema de los Indicadores?

Maruk observó con curiosidad el diario.

—¿Qué es eso? ¿Dónde lo habéis encontrado?

Jason y Rick la ignoraron y empezaron a discutir entre ellos.

—A lo mejor el antiguo propietario, después de haber depositado el mapa en la Colección... —comenzó Rick.

—Ha vuelto a Villa Argo y...

—Ha copiado en su diario el lema del Gran Maestro Escriba para no olvidarlo.

—O quizá sospechaba que alguien podía jugársela...

—Sí, puede ser.

Se volvieron hacia Maruk, que tenía pintada en el rostro una expresión divertida y suspicaz.

—¿Se puede saber qué es lo que os pasa por la cabeza?

—¿Podrías llevarnos de nuevo ante Sahu y Micerino? —le preguntó Jason—. Queremos descubrir si esta frase puede conducirnos a un nicho.

Maruk frunció el ceño.

—Pues sí, pero hoy no. ¿No habéis visto el aleo que hay?

—Es verdad... el faraón... —Jason movió la cabeza antes de mirar a su alrededor y atreverse a aventurar—: ¿Y si... «Busca el mapa en la torre» significara que tenemos que buscarlo precisamente en este pasadizo?

—No creo, Jason... —murmuró Rick—. Sería demasiada coincidencia.

Pero su amigo no le hizo caso; se metió por el Pasadizo de la Torre y exclamó:

—Tardo solo un segundo. ¡Tú quédate aquí!

—¡Que te lo has creído! —exclamó Rick, siguiéndolo de inmediato—. ¡No tengo ninguna intención de dejar que desaparezcas como tu hermana!

—¿Qué hermana? —preguntó Maruk, caminando a pequeños pasos tras ellos.

En el Pasadizo de la Torre, Rick y Jason se pusieron a observar con atención los símbolos que servían para distinguir unos nichos de otros y a contarlos. Había dos hileras de nichos en cada lado: en un lado, la hilera inferior se caracterizaba por llevar el símbolo de un cáliz y la superior por llevar una espada. En el lado opuesto, había una moneda y un bastón.

—Bastón... —exclamó Rick—. ¡Lo que tenemos que buscar son cuatro bastones!

No resultó difícil. Tuvieron tan solo que proseguir hasta llegar al cuarto nicho del lado derecho.

—¡Menudo chasco! —resopló Jason mientras miraba en su interior. No hacía falta agacharse para comprobar que el nicho estaba completamente vacío—. Habría sido demasiado fácil.

Rick dio unos pasos más, contando en voz alta:

—Cinco bastones, seis, siete, ocho, nueve bastones, diez bastones y... ¡Atiza! —se interrumpió de golpe.

—¿Qué has encontrado? —gritó Jason.

—Esperaba encontrar once bastones y sin embargo... hay una especie de niño apoyado en un bastón.

—¿Y luego?

Rick dio algunos pasos más, dobló la esquina y desapareció.

Maruk los seguía divertida.

—Nadie puede entender nada, excepto los Indicadores. ¡Ya os había dicho que era un secreto!

—¡Hay un joven a caballo! ¡Luego una señora! —gritó Rick—. ¡Luego un señor con barba! ¡Todos llevan un bastón! Y después el pasadizo se acaba.

—¡Vuelve aquí! —lo llamó Jason.

Rick apareció corriendo desde el fondo del pasadizo, con su hatillo a cuestas.

—¡Por eso hay cincuenta y seis nichos en cada pasadizo! —dijo Rick casi sin resuello, poniéndose al lado de Jason y Maruk.

—No entiendo.

Rick tomó aliento e indicó los nichos:

—Imagínate una baraja de cartas con todas las cartas que conoces, ¿vale? Va del uno al diez... luego están la sota, el caballo, la dama y el rey. ¡Como

aquí! Del uno al diez, luego el niño, el caballero, la señora y el señor con barba. He comprobado que el niño, el caballero, la señora y el señor aparecen también con los otros símbolos.

Al oír esta explicación, Jason observó los símbolos de los nichos bajo una nueva luz.

—Los cálices son las copas... las monedas, los oros... los bastones que buscamos son los bastos y... las espadas siguen siendo espadas.

—Esas, por desgracia, no cambian nunca —dijo Rick.

—¿Y este es vuestro código secreto? ¿Una baraja? —preguntó Jason a Maruk.

—No he entendido una sola palabra de lo que habéis dicho... —respondió ella.

—¿No has jugado nunca a las cartas?

La chica negó con la cabeza.

—No sé de qué estáis hablando.

—¿Y a qué juegas entonces?

—Al *senet* o a las tabas.

Rick y Jason cruzaron una mirada perpleja. Al rato los tres volvieron a la habitación de la que habían salido.

—Tiene sentido, Jason —murmuró Rick—. Maruk no ha jugado nunca a las cartas, porque a lo mejor no se han inventado todavía. Mmm... Nichos numerados como una baraja de cartas, aunque no conocen las cartas. Un buen enigma, diría yo. —El chico se colocó delante de la entrada del Pasadizo de la Torre, enfrente de la estatua que hacía guardia en el umbral. Se rascó la cabeza, confuso.

—En cualquier caso, todavía no hemos resuelto el problema. Incluso si nuestra suposición de que los nichos están numerados como las cartas fuera cierta... ¿qué son estas estatuas?

—¿Qué me decís si nos movemos? —propuso Maruk, que estaba empezando a impacientarse. En aquel momento el silencio del edificio quedó roto por un imprevisto resonar de trompetas—. ¡Rápido! —exclamó entonces la chica, agarrando a sus amigos por las mangas.

—¿Qué pasa?

—Regla Diecinueve: ¡emergencia! ¡Al oír el toque de trompetas, todos tienen que salir inmediatamente de la Colección!



No muy lejos de los tres muchachos, en la entrada de la Casa de la Vida, dos personas discutían animadamente.

—Podría tratarse de un mapa, es verdad, señora... pero... —sonrió Sahu, esperando que su maestro acudiese en su ayuda. Micerino, sin embargo, parecía haberse evaporado entre el caos de gente que se agolpaba ante la Entrada Triunfal de la Colección.

—Y se encuentra aquí dentro, ¿verdad? —insistió la mujer que tenía enfrente, con un poco de impaciencia, mientras se subía las mangas de la blusa con puños de piel de leopardo.

—Sí, sí, seguro —balbuceó él con evidente apuro—. El único problema es que la Regla Cuatro...

Oblivia Newton no lo dejó continuar. Su mano, de largas uñas moradas, se clavó en la de Sahu y la inmovilizó al borde de la mesa.

—¿Problema?

El Indicador la miró con los ojos fuera de las órbitas e intentó retirar la mano. Pero no lo consiguió. Sus dedos estaban aprisionados bajo los de la desconocida.

—Pues... el hecho es que en este momento no es posible en... en... en...

—¿Entrar? —concluyó por él la mujer.

—Eso, sí, exactamente. Estamos esperando la llegada del faraón y nos... nos... nos han ordenado suspender las c... consultas hasta que el Divino no haya visitado nuestra Colección...

La presión sobre los dedos aumentó.

—No he entendido bien —susurró Oblivia.

—Perdone pero me está haciendo usted un poquito de daño... —gimió Sahu, azorado.

La mujer se enderezó de golpe y le soltó la mano. Seguidamente se quitó la estola de piel y la puso en la mesa, entre los dos.

—¿Me está diciendo que he venido hasta aquí para nada? ¿Que he recorrido toda esta distancia solo para que usted me diga ahora que no puedo entrar? ¡No me haga reír!

Sahu apartó las manos de la estola. La mujer se la acercó de nuevo a los dedos.

—Eh... no... no... gracias... —farfulló el Indicador—. La comprendo. Y le aseguro que me gustaría hacer todo lo posible por usted... Y estas son, sin duda, unas pieles magníficas... pero...

Los ojos de Oblivia Newton desprendieron un brillo magnético.

—Tengo que entrar. Tengo que encontrar ese mapa. Ten-go-que-encontrar-ese-mapa.

Sahu jadeaba.

—Yo... yo... yo no estoy autorizado. Soy un simple aprendiz y, además, dentro de poco entrará en vigor la Regla Diecinueve. Es tajante, créame. Tenemos que hacer que salgan todos los que están dentro de la Colección y no podemos dejar entrar a nadie.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta la llegada del faraón.

—Me bastaría con una ojeadita. Solo una pequeña ojeadita. —La mujer se inclinó hacia delante, agarró la pluma de pavo real de Sahu y empezó a alisársela hacia atrás, sobre la cabeza—. Y además yo conozco muchos modos de recompensar más que generosamente a quien es amable conmigo... —le susurró al oído, meliflua.

Sahu se puso rígido, pero, justo cuando estaba a punto de ceder definitivamente, de pronto resonaron en el aire las trompetas.

Como por encanto, la pluma de pavo real se partió en dos. Sahu se apartó hacia atrás, tambaleándose, y en aquel preciso momento reconoció la figura de Micerino, que merodeaba entre la gente agolpada a la entrada.

—¡Lo siento, pero no puede entrar! —jadeó—. ¡No es posible!

Y, sonrojado y abochornado, dio media vuelta y se fue corriendo hacia su maestro.

Oblivia Newton se quedó con media pluma de pavo real en la mano. La tiró al suelo. Oyó nuevamente las trompetas y vio que acompañaban afuera a todos los huéspedes de la Casa de la Vida.

—Tiene que haber un modo... —masculló entre dientes, apretando tanto los labios que se le pusieron blancos. Se miró los dedos de los pies, con las uñas envidiablemente esmaltadas de manchas de leopardo. Después lanzó un resoplido, sin saber qué hacer. No podía quedarse esperando. Y no tenía ninguna intención de rendirse tan fácilmente.

En ese momento advirtió la presencia de un joven sonriente, que estaba apoyado en una columna a pocos pasos de distancia. Daba la sensación de que se estuviera mofando de ella.

—¿Qué quieres? —le espetó bruscamente.

El joven no cambió de expresión. Sus ojos tenían ese brillo típico de las personas inteligentes y sin escrúpulos. Se apartó de la columna con calculada

lentitud y, haciendo caso omiso del ir y venir de gente que fluía ruidosa junto a ellos, se le acercó.

—He oído que buscas una cosa que está dentro de la Colección... —dijo.

—Puede ser.

—He oído también que se trata de un mapa.

—A lo mejor no has oído bien.

—Conozco una tienda, fuera de aquí, donde se venden muchos mapas.

Oblivia recuperó su estola de piel con gesto desdeñoso.

—Gracias por intentarlo, guapo, pero no creo que en tu tienda tengan el mapa que estoy buscando. Hay un solo ejemplar... Y, desgraciadamente, está allí dentro —dijo, indicando la Casa de la Vida.

El joven la dejó pasar, aspirando su penetrante perfume. Después añadió:

—En ese caso, conozco el modo de entrar ahí dentro y buscarlo, si sabes dónde se encuentra.

Oblivia lo calibró con la mirada.

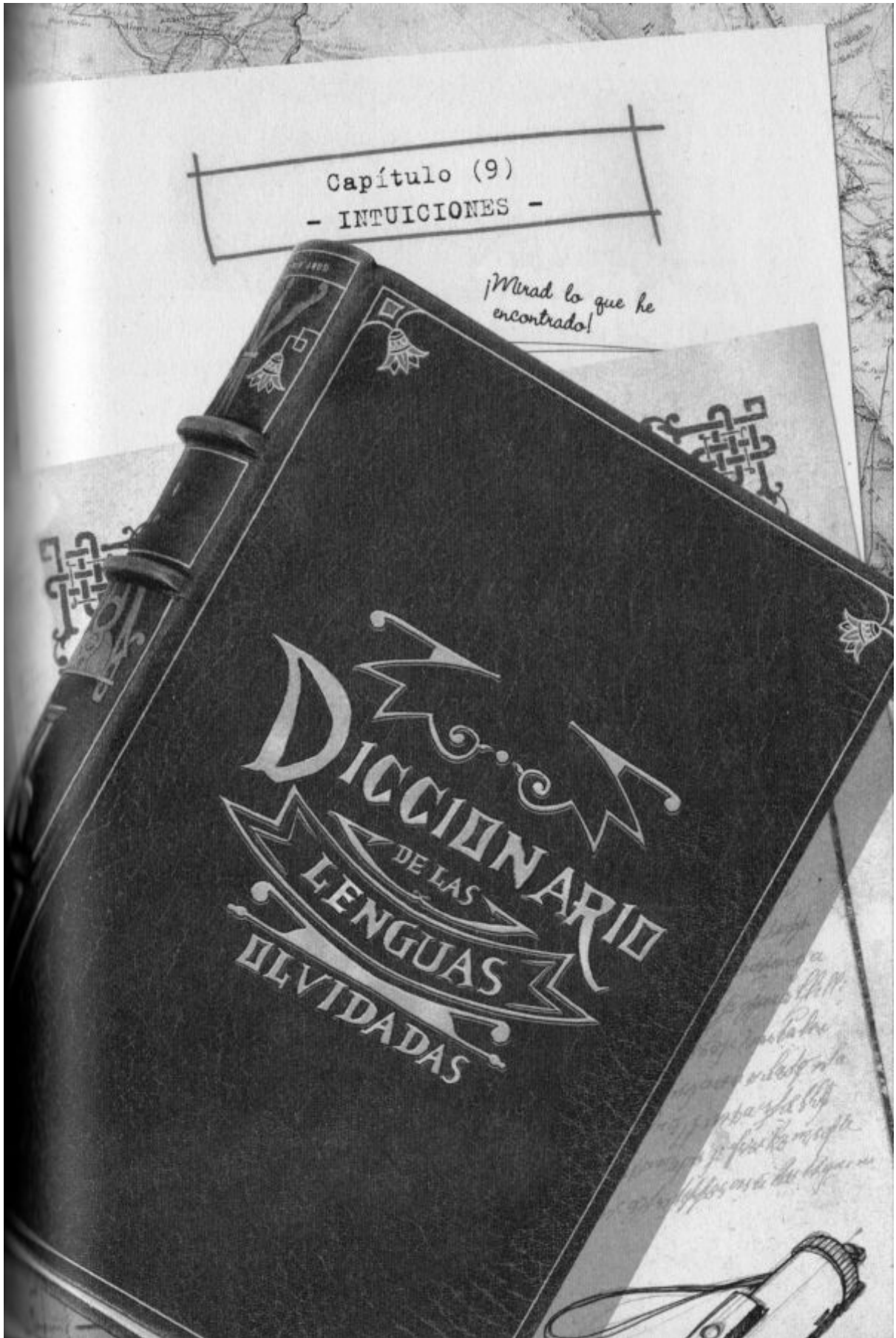
En el aire se volvieron a oír toques de trompeta para recordar la orden de abandonar el palacio. De repente, a la altura del gran pozo central, algo se rompió. Hubo gritos y alaridos y más toques de trompeta. La guardia acudió para ver qué había sucedido.

Era el momento justo para entrar a hurtadillas en el interior de la Colección.

—¿Ahora? ¿Aprovechamos para entrar? —le preguntó la mujer al joven.

El joven dibujó una amplia sonrisa.

—Y tú, ¿aprovechas para pagarme ya mismo y... generosamente?



Los chicos echaron a correr y llegaron hasta una escalera de caracol. Bajaron por ella a un enorme corredor, ya evacuado. Una vez allí, atravesaron, totalmente a oscuras, un pasadizo que los condujo a una gran sala con el techo estrellado y un ventanal que daba al jardín.

Resonaron de nuevo las trompetas por tercera o cuarta vez. Corrieron aún más rápido.

De buenas a primeras, Rick se detuvo.

—¡Tenemos que salir de aquí! ¡Vamos! —gritó Maruk—. ¡El faraón está al llegar!

—Solo un momento... —suplicó Rick, mirando a su alrededor. No estaba cansado. Al contrario: era como si la carrera le hubiera dado nuevas fuerzas. Como decía siempre su padre: «Cuando no sepas qué hacer, corre. Es la mejor manera de llevar oxígeno al cerebro».

Para Rick correr no significaba escapar. Significaba no perder tiempo, reflexionar.

El chico dejó el morral en el suelo de la cámara con el techo estrellado y sacó el *Diccionario de las lenguas olvidadas*.

Jason retrocedió hasta él, jadeando.

—Pero ¿qué haces?

—Estoy mirando una cosa. Tú ocúpate de la chica.

Jason asintió con la cabeza y abrió los brazos para que Maruk no viera el libro.

—Oye, Maruk, ¿sabes guardar un secreto? —le preguntó para distraerla—. Es que nosotros no hemos llegado aquí con la flota real, ¿sabes?

Rick miró a su alrededor para asegurarse de que no hubiera nadie. A continuación abrió el diccionario y empezó a pensar. «¿Qué estoy buscando?» Lanzó una mirada penetrante a las dos estatuas que estaban cerca de él. Una estaba colgada cabeza abajo de un árbol; la otra parecía una representación de la muerte. Consultó el índice del diccionario, en busca de una idea. Miró bajo el epígrafe «Lenguas del Antiguo Egipto»...

Jason, mientras tanto, no paraba de hablar con Maruk.

—Te hemos dicho que llegamos con la flota porque de otro modo no nos habrías creído. En realidad... —Miró lo que estaba haciendo su amigo y, luego, siguió hablando—: En realidad, llegamos aquí en otro barco. Y no sabemos exactamente por qué estamos aquí. Pero tú puedes ayudarnos. Solo te pido que te fíes... que te sigas fiando de nosotros.

Maruk se mordió los labios y miró con el rabillo del ojo por encima de Jason.

—¿Qué está haciendo Rick? ¿Qué es eso que tiene apoyado en las piernas?

—El *Diccionario de las lenguas olvidadas*... —dijo Rick mecánicamente, hojeando las páginas.

—¿Queréis explicarme...? —protestó Maruk.

—Rick está intentando entender cómo funciona el código de la Colección —le explicó Jason, sonriendo—, porque así podremos encontrar el mapa. El mapa de los cuatro bastos.

Maruk sacudió la cabeza con fuerza:

—¡Pero no podemos buscarlo ahora! ¡Tenemos que salir de aquí!

—Si nos vamos ahora —dijo Rick, pasando las páginas—, a lo mejor no volvemos a tener nunca más la oportunidad de volver a entrar.

—¿Y por qué? ¿No podemos volver mañana?

Jason negó con la cabeza.

—No podemos quedarnos aquí mucho tiempo. Tenemos que volver al lado de Julia.

—¿Julia?

—Mi hermana. Se ha quedado atrás. Pero, antes de volver a su lado, tenemos que hacer algo aquí.

—¿Qué?

—No lo sabemos exactamente. Pero es importante.

—¿Y quién os ha mandado?

—Tampoco lo sabemos con precisión. Tenemos solo una pista. Una pequeña pista que hemos descubierto en los aposentos de tu padre. El nombre que buscábamos en los papiros, ¿sabes? Es... un amigo. Y creemos que hay alguien que nos quiere impedir ayudarlo.

—¿Quién?

—Tampoco lo sabemos —respondió Jason.

—Pero ¿sabéis algo de algo? —refunfuñó Maruk.

Jason negó con la cabeza y se echó a reír.

—A decir verdad, no, Maruk. Créeme, es así. Piensa que hace solo unas horas estábamos...

Las paredes de la Casa de la Vida vibraron bajo el enésimo resonar de trompetas.

La chica agarró a Jason de la mano y tiró de él.

—No sé dónde estabais hasta hace solo unas horas, pero, si no nos largamos de aquí, dentro de poco estaremos metidos en un buen lío. Está prohibido desobedecer una llamada de la guardia real.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Rick.

—¡¿Qué?!

—Lo he encontrado.



En el saloncito de la señora Cleopatra Biggles, Manfred bostezaba. Arrojó por los aires la enésima revista de ganchillo y se estiró en el sillón para desperezarse.

La señora Biggles dormía en el sofá, con la boca abierta de par en par y una expresión beatífica, mientras los gatos daban vueltas a su alrededor como hacen los leones con el domador.

Manfred los apartó con un brazo.

—¡Dichosas bestias!

Se puso de pie y fue a la cocina. En la nevera había solo verduras y barquillos de chocolate. Mordisqueó unos cuantos y, después, tiró los que sobraban a los gatos.

En una caja de latón había caramelos de azúcar. En otra, galletas de mantequilla duras como una piedra.

Un juego de porcelana decorada con flores, un par de bandejas decoradas con flores, dos cortinas decoradas con flores y, para acabar, una enorme coliflor en el centro de la mesa.

Manfred no encontró nada que fuera de su interés y fue hasta el aparador del salón. Figuritas, un querubín, cuatro ejemplares de las *Selecciones del Reader's Digest*, un libro todavía envuelto y la enésima caja de latón, esta vez llena de alfileres.

Se pinchó un dedo y tuvo la sensación de que los gatos se reían de él.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡Malditas bestias! —gritó.

Después se chupó la yema del dedo y miró la hora.

El automóvil estaba aparcado a pocos metros de la entrada. Su gabardina, apoyada en un radiador, ya se había secado.

Se la puso, abrió la puerta de par en par y salió. Cuando metió la marcha atrás, vio que los gatos de la señora Biggles estaban todos en el umbral, con los ojos clavados en él.

—Yo odio los gatos —gruñó entre dientes.

Capítulo (10)
- EL ARCANO DESVELADO -



ULYSSES MOORE
LA ARGO
MOORE COVE 74820
SALTON CLIFF
WALL (UK)

ARCANO
1 adj. Oculto, misterioso
2 s.m. Secreto, misterio: he aquí
quien puede desvelar el arcano
3 s.m. Cada una de las cartas
del tarot
del lat. «*arcarius*» (lo que está
contenido en un arca)

De un solo salto, Jason llegó hasta donde estaba Rick y se arrodilló a su lado. En la página del *Diccionario de las lenguas olvidadas* había una tabla con unas figuras numeradas del cero al veintiuno.

—Los arcanos mayores del tarot... —murmuró Rick—. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

El diccionario explicaba que el tarot era el juego de cartas más antiguo del mundo, del que derivaban todas las barajas modernas. Algunos sostenían que el tarot era las Tablas de la Sabiduría mediante las cuales el dios egipcio Thot había enseñado a los hombres los secretos de la escritura, la aritmética, la música y el juego. Por este motivo, cada una de las cartas del tarot se denominaba «arcano», es decir, «misterio, secreto».

Rick leyó con avidez:

—«Las cartas del tarot se dividen en cincuenta y seis arcanos menores y veintidós arcanos mayores. Los cincuenta y seis arcanos menores se dividen a su vez en cuatro palos: copas, oros, espadas y bastos»... como los nichos de los pasadizos.

—«A su vez, los veintidós arcanos mayores... —continuó Jason en voz alta— son figuras de significado desconocido. Arcano mayor número veintiuno: el Mundo. Arcano mayor número doce: el Ahorcado. Arcano mayor número trece: ¡la Muerte!»

El Ahorcado y la Muerte eran las estatuas que los estaban observando desde la cámara estrellada.

—Es por eso por lo que dicen que el trece da mala suerte... —sonrió Rick, poniéndose de pie—. Vuelve a leer el lema de Ulysses Moore.

Jason abrió el diario y lo releyó muy lentamente.

—Entonces... —pensó Rick en voz alta, buscando las figuras en el diccionario—. Ahora tenemos que...

—¡Tenemos que irnos! —gimió Maruk, lanzando una ojeada a los pasadizos desiertos.

Rick no le hizo caso e intentó concentrarse.

—Micerino ha dicho que la Colección está dividida en veintidós secciones, cada una de las cuales tiene veintidós salas, cada una de las cuales tiene veintidós pasadizos. Veintidós... como los arcanos mayores.

—¡Chicos! No sé de qué estáis hablando, pero...

Jason volvió a leer el diario y exclamó:

—¡Solo un momento, Maruk! Si tenemos que encontrar el mapa de los cuatro bastones, o sea de los cuatro bastos, el nicho que buscamos podría estar marcado con este símbolo. Sabemos que el mapa está en la torre...

—«La Torre: arcano mayor número dieciséis» —leyó Rick—. El lema dice que para encontrarlo necesitamos fortuna y buena estrella...

Rick cerró el diccionario de golpe.

—La Rueda de la Fortuna es el arcano diez; la Estrella, el diecisiete. ¡Clarísimo! Antes, entramos en el Pasadizo de la Torre, pero ¡no era el pasadizo correcto! Nos equivocamos. —Se acercó a Jason y Maruk y resumió lo que acababa de descubrir—: El mapa está en el Pasadizo de la Torre, pero tenemos que partir de la Cámara de la Estrella, en la Sección de la Fortuna... Nicho de los Cuatro Bastos. Parece fácil, ¿no?

Maruk se quedó boquiabierto.

Jason se echó a reír.

—No te preocupes, Rick es así. Lo importante es que lo haya entendido él.

Y Rick parecía haberlo entendido de verdad, tanto que miró a su alrededor y dijo:

—Entonces, lo único que tenemos que saber es dónde estamos ahora. ¿Tú lo sabes, Maruk?

Ella balbuceó una respuesta, que repitió en voz alta.

—Deberíamos estar justo en la Sección de la Fortuna.

—¡Estupendo! —exclamó Jason—. ¡Lo que se dice un nombre apropiado! ¿Entonces?

El chico pelirrojo se acercó al pasadizo señalado por la figura de la Muerte. El arcano mayor número trece.

Dirigió la mirada al techo de la sala, con sus estrellas de oro.

—Si esta es la Cámara de la Estrella, estamos muy muy cerca. Solo tenemos que encontrar el Pasadizo de la Torre, o sea ir...

Jason miró a su alrededor, nervioso.

Maruk movió la cabeza.

—Por allí, creo... —aventuró Rick.

Al oír eso, la chica egipcia pateó el suelo repetidamente.

—¡NO! Tenemos que ir exactamente hacia el lado opuesto, ¡hacia la salida! Y antes de que llegue la guardia...

Rick y Jason le dirigieron una mirada implorante.

—Por favor —dijo uno de ellos.

—Podría ser importante —añadió el otro.

Maruk tragó saliva con dificultad.

—No me habéis contado más que un hatajo de mentiras. ¿Por qué tendría que haceros caso ahora?

—¿Porque, a pesar de los pesares, te caemos... simpáticos? —sugirió Jason, con un gesto de súplica.

Maruk suspiró.

—De acuerdo, os acompaño... Pero solo hasta que vuelvan a sonar las trompetas, ¿de acuerdo?

Echaron a correr de nuevo. Se oía el resonar de las sandalias contra el suelo, bajo las bóvedas vacías del edificio, y el ritmo entrecortado de su respiración. Guiados por Rick, llegaron primero a un pasadizo custodiado por la estatua de un hombre que parecía un ángel, después a otro que se distinguía por un demonio alado y, por fin, al de la torre. Se abalanzaron dentro, esta vez con Jason a la cabeza, y se pusieron a contar en voz alta los números de los nichos:

—Un basto, dos bastos, tres bastos... ¡Cuatro bastos! ¡Es aquí!

Se detuvieron ante dos nichos. El de los Cuatro Oros, abajo, rebosaba de papiros y rollos. El de los Cuatro Bastos, arriba, parecía contener solo gigantescas telas de araña.

Rick sacó de su zurrón el último cabo de vela que les quedaba, lo encendió con una cerilla bajo la mirada estupefacta de Maruk y lo pasó a Jason.

—¡Toma! ¡Mira tú dentro! —le dijo.

Juntó las manos para servirle de apoyo y lo ayudó a auparse un poquito, lo justo para mirar dentro del nicho.

—¡Ten cuidado! —susurró Maruk, mientras Jason se asomaba al nicho sosteniendo la vela delante de él.

—Date prisa... —gimió Rick, jadeante por el esfuerzo de sostenerlo—. No sé si aguantaré mucho...

—No... veo... nada... —dijo Jason, guiñando los ojos.

El nicho parecía abandonado desde hacía años. Y tenía un aspecto desoladamente vacío. Jason estaba por decirle a Rick que lo bajara, cuando vio una pequeña hoja de papiro embutida en el rincón más alejado. Alargó la mano libre y lo cogió.

—¡Bingo!

En ese preciso instante, Maruk agarró a Rick por el hombro y susurró alarmada:

—¡Nos han descubierto! ¡Salgamos de aquí!

Rick perdió el equilibrio y Jason se le cayó encima, sin dejar de asir con fuerza el papiro.

Maruk escapó corriendo a través del pasadizo, mientras Jason y Rick apenas tuvieron tiempo de ponerse de rodillas. Después, oyeron pasos que se acercaban.

—¡Rápido! ¡Ahí dentro! —musitó Rick, indicando el Nicho de los Cuatro Oros.

Se metió dentro con su hatillo y se escondió entre los rollos de papiro.

Jason lo imitó, mientras los pasos de los desconocidos se acercaban inexorables.



—¿Cuánto falta todavía? —preguntó Oblivia Newton, molesta, al joven después de recorrer el enésimo pasadizo igual a los anteriores.

—Eres muy impaciente, mujer. Y muy ruidosa... —la reprendió—. Si quieres encontrar tu mapa, tienes que confiar en mí y estar calladita.

—¿No te ha enseñado nadie buenos modales? —replicó Oblivia, enojada.

El joven se detuvo de golpe en mitad de la Cámara de la Estrella. Sobre ellos, se veía el techo salpicado de astros.

—Escúchame bien: si alguien me hubiera enseñado buenos modales, no estaría aquí llevándote a escondidas hasta tu mapa.

Oblivia lo fulminó con la mirada, sin saber si contestarle o no.

Desde que habían entrado en la Colección, a través de todos esos pasadizos en mal estado que habían sometido sus tacones de aguja a una dura prueba, el chico la había tratado en todo momento con menosprecio.

—Escúchame tú, jovencito: no te he pagado para dejar que me trates así.

—Y yo no he aceptado traerte aquí para que me descubran los guardias. Si no estás calladita, nos encontrarán. Y te garantizo que no es agradable pudrirse en una mazmorra húmeda infestada de ratas.

Ante la idea de las ratas, la mujer se puso rígida.

—No tengo ninguna intención de dejar que me encierren en una mazmorra...

—Veo que nos entendemos, entonces —respondió él—. Cierra la boca y sígueme. Ya casi hemos llegado.

Tomaron el Pasadizo de la Torre y llegaron al nicho marcado con los cuatro bastos.

—Es este —dijo el joven.

Ella lo apartó con vehemencia y, con una voz que dejaba traslucir cierta emoción, preguntó:

—¿Cuál? ¿El de abajo? —Señaló el nicho repleto de rollos de papiros.

—No, el otro.

La mujer se alzó de puntillas sobre sus sandalias vertiginosas.

—¡Finalmente! —exclamó. Y dejó escapar una estridente carcajada. Luego añadió—: Estás acabado, Ulysses. ¡Palabra de Oblivia Newton!

A sus palabras siguió un ruido extraño, como de una exclamación ahogada.

—¿Qué has dicho? —preguntó Oblivia.

—Yo no he dicho nada.

La mujer movió la cabeza.

—Qué extraño... Me había parecido oír algo...

El joven egipcio lanzó una mirada nerviosa a su alrededor.

—Coge lo que tengas que coger. Y rápido. Hay qué largarse de aquí.

—Hacía años que esperaba este momento... —murmuró ella, poniéndose de nuevo de puntillas para mirar dentro del nicho. Sacó un mechero y lo encendió.

El joven miró el objeto, boquiabierto.

—No es posible... —refunfuñó Oblivia, después de unos segundos—. ¡AQUÍ NO HAY NADA DE NADA! ¡SOLO UN CABO DE VELA!

—¡Chissst! —la reprendió el joven—. O harás que acuda aquí la guardia del faraón al completo.

La mujer, con el rostro encendido de rojo púrpura, repitió arrojando al suelo el cabo de vela:

—¡NO ESTÁ! ¡EL MAPA NO ESTÁ AQUÍ!

—Yo me largo... —le espetó entonces el guía.

Pero Oblivia saltó como una pantera y lo agarró por el brazo antes de que consiguiera dar un paso.

—Quieto ahí, jovencito. ¿Adónde te crees que vas? Me has tomado el pelo, ¿verdad? ¿Adónde me has traído?

—Donde me has dicho tú... —farfulló él, intentando en vano soltarse.

Pero Oblivia lo tenía bien sujeto.

—¡No te hagas el listillo conmigo, mocososo! —gruñó Oblivia lanzándolo contra el muro como si fuera un saco de patatas—. Dime, ¿por qué no está

aquí el mapa de Kilmore Cove?

En el otro nicho, los rollos de papiro crujieron.

—¡No lo sé! —exclamó el joven egipcio—. No sé quién es... Kilmore Cove... Yo... yo solo te he traído al sitio que me habías indicado...

Oblivia lo fulminó con la mirada, sin saber si creerle o no.

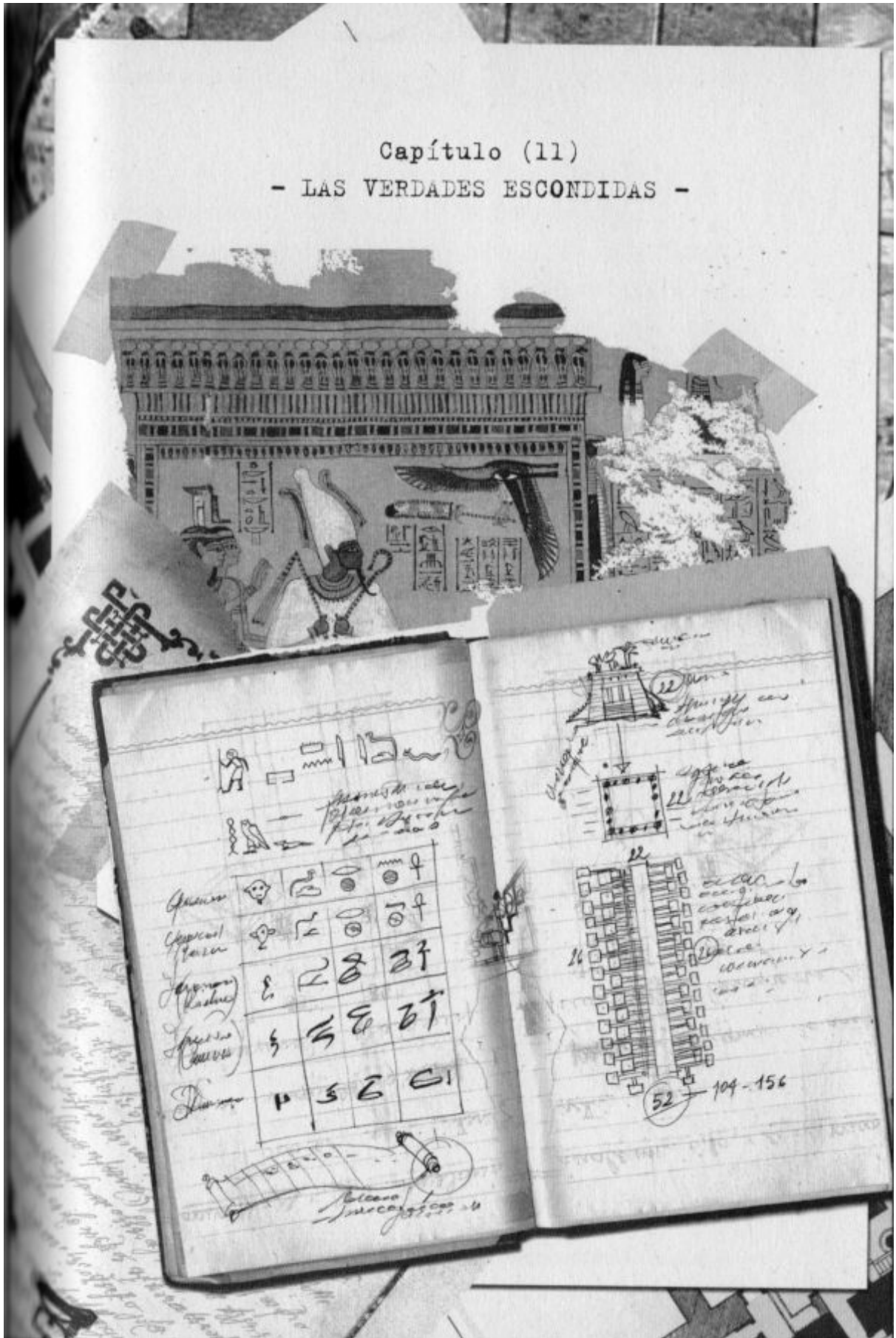
En ese instante se oyó un rumor de pasos lejanos y el entrecocar de escudos de bronce y largas lanzas de soldado. La guardia.

—Creo que nos han oído... —musitó el joven.

Oblivia Newton pensó en la mazmorra infestada de ratas y echó a andar.

—De acuerdo —murmuró, agachándose a recoger del suelo el cabo de vela—. Te creo. Y ahora sácame de aquí.

Capítulo (11)
 - LAS VERDADES ESCONDIDAS -



La guardia del faraón llegó a toda prisa. Exploraron el pasadizo con las puntas de las lanzas, conversaron rápidamente entre sí y luego se dividieron y empezaron a correr de nuevo en busca de los intrusos. Muy pronto el ruido de sus pasos se fue alejando, hasta desaparecer del todo.

Jason y Rick permanecieron agazapados en el fondo del nicho. Al cabo de un rato que les pareció interminable, se atrevieron a apartar los papiros tras los que se ocultaban para mirar afuera.

Ya no había nadie.

En silencio, Jason se deslizó por el suelo, seguido por su amigo.

Miraron a su alrededor en busca de Maruk, pero, al igual que los demás, había desaparecido. Era como si el polvoriento laberinto de corredores se la hubiera tragado.

—¿Has oído lo mismo que yo —susurró Rick— todo o ha sido un sueño? ¿Cómo es posible que Oblivia Newton esté aquí?

Después olisqueó el aire, sorprendido por un perfume que le trajo a la mente su primer encuentro con Oblivia, cuando ella casi lo había arrollado con su automóvil en el camino que conducía a Villa Argo.

Jason mostró a su amigo la tira de papiro que había encontrado en el nicho.

—Hemos conseguido llegar antes que ella solo por un pelo —murmuró.

Desenrolló el papiro y descubrió que dentro había un breve mensaje, escrito en los mismos caracteres que los mensajes que habían encontrado en la cajita del acantilado y en el paquete postal de Calipso.



—¡Estos son los jeroglíficos del disco de Festo! —murmuró Rick en cuanto lo vio.

—Diría que la búsqueda del tesoro continúa...

—Ahora no tenemos tiempo para traducirlo. La guardia podría volver de un momento a otro. Tenemos que salir de aquí.

Llegaron al fondo del pasillo y, antes de continuar, echaron una ojeada por detrás de la esquina. Parecía que no había nadie. Decidieron regresar a la Sala de la Estrella. Si no encontraban a Maruk por allí, buscarían la salida.

Apretaron en el bolsillo su escarabajo salvoconducto, mientras daban vueltas y más vueltas a lo que habían oído.

—Pero ¿quién es exactamente Oblivia Newton? —preguntó Jason al cabo de un rato.

—La verdad es que no lo sé... —respondió Rick—. No la había visto nunca antes de ir a verte, ayer... Podría preguntárselo a mi madre. Seguramente lo sabrá. O quizá... habría que preguntárselo a Gwendaline, la peluquera de Kilmore Cove. Mi madre dice que si en Kilmore Cove echa a volar una mosca Gwendaline se entera.

—Oblivia Newton... —repitió Jason—. En Egipto.

—Aún no consigo creerlo... —añadió Rick. Tomaron el pasadizo custodiado por un demonio alado—. ¿Has oído lo que ha dicho?: «Estás acabado, Ulysses. ¡Palabra de Oblivia Newton!».

—Lo he oído, lo he oído... Por poco no se me escapa un grito —murmuró Jason—. Ahora sabemos que Oblivia odia al antiguo propietario.

—Ahora que lo pienso —dijo Rick—, cuando llegué a Villa Argo, ella y el jardinero estaban discutiendo violentamente.

—¿Por qué?

—No lo entendí bien, pero tenía que ver con Villa Argo.

—Dices que Oblivia... ¿podría saber lo de la puerta, la gruta y... la nave? —Jason pegó un brinco.

—Quizá... —musitó Rick—. Pero ahora vámonos de aquí, ¿vale?

Mientras caminaban prestando atención al mínimo ruido, y teniendo mucho cuidado cada vez que doblaban una esquina del corredor, Jason no dejaba de darle vueltas a la cabeza.

«Abandono.» La palabra le acudió de golpe a la mente y le hizo ver bajo una nueva luz toda una serie de detalles: la Puerta del Tiempo cubierta de arañazos y quemaduras, disimulada tras un armario, el paquete postal que nadie había reclamado, el pasadizo subterráneo derrumbado en parte, la rejilla de ventilación en la gruta, el diario del capitán de la *Metis* que anunciaba su último viaje.

—¡Está todo abandonado! —exclamó—. Abandonado y eliminado. Fíjate, Rick: el muro que tapiaba el pasadizo, el registro borrado, el nicho vacío. Está todo cerrado, escondido... como si se tratara de algo que no hay que encontrar. Algo peligroso.



Villa Argo se estremecía bajo el temporal.

Julia, en el porche, miraba a través de los cristales. Nestor se acercó silenciosamente y se puso detrás de ella a contemplar la lluvia que caía y la luz del faro que, perezosamente, giraba sobre sí misma.

—La luz del faro, ¿se enciende todas las noches? —preguntó Julia.

—No, solo de vez en cuando, siempre que Leonard se acuerda de hacerlo... —respondió el jardinero, encogiéndose de hombros.

—¿El faro no funciona bien?

—Perfectamente. El problema es el guardián.

—No entiendo...

—Leonard es tuerto. —El viejo jardinero esperó a que el haz de luz blanca pasara por el borde del jardín para perderse después en el mar—. Sufrió un percance con un tiburón.

Julia se estremeció.

—Cosas que pasan en la mar —musitó el jardinero.

—Puedes quedarte aquí si quieres... —sugirió Julia después de un rato.

Pero cuando se dio la vuelta, vio que Nestor se había ido y la había dejado sola. Julia se apoyó en la estatua de la pescadora, absorta; después volvió al vano frío de la escalinata. Los retratos que colgaban en las paredes la miraban con gesto adusto. Oyó un ruido y se detuvo.

Había oído un golpe en el piso de arriba, en su cuarto. Intentó no pensar en ello.

«No hay nadie en casa», se dijo.

Ante ella se abría la procesión de salones y salas de la planta baja, que finalizaban en la cocina. Solo había una luz encendida.

—¿Nestor? —susurró con un hilo de voz.

El temporal arreciaba.

Julia oyó otro ruido procedente también del piso de arriba. Se agarró con fuerza a la barandilla de hierro y subió el primer peldaño.

—¿Nestor?

Dio algún paso más, hasta que, por la única ventana que iluminaba la escalera, vio una luz fuera, en el jardín.

Después oyó el ruido de un motor.

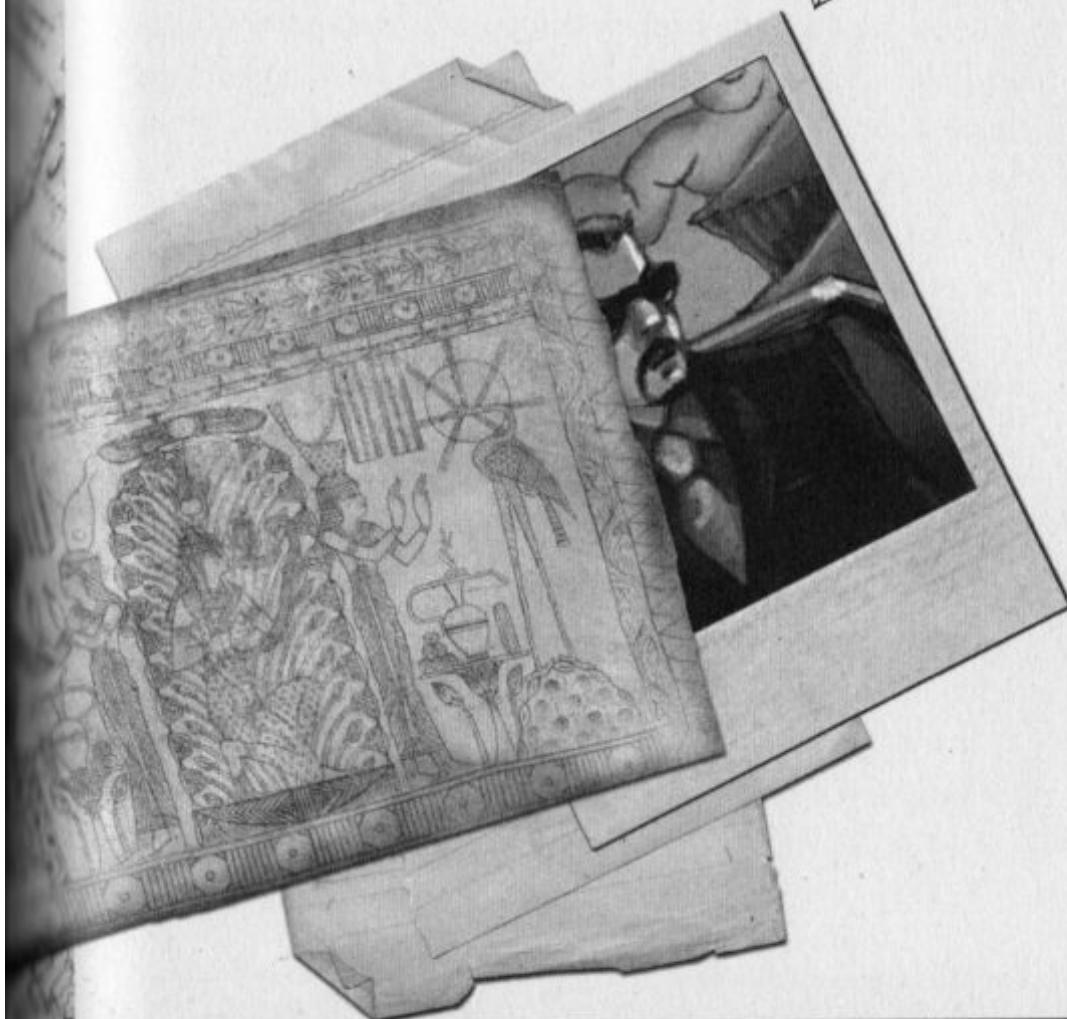
Con los ojos fuera de las órbitas, Julia echó a correr de nuevo hacia el porche.

—¡Nestor! —gritó—. ¡Nestor!

Al patio de Villa Argo había llegado un automóvil.

Capítulo (12)
- LUCES EN EL JARDÍN -

*Foto tomada en Cornwallles.
¡La verdad es que el
chofer de Oblivia Newton
no tiene una cara muy
simpática que digamos!*



Rick y Jason se pararon de golpe. Un toque de trompetas, seguido de una ovación que sonaba muy cercana, rompió el silencio de la Casa de la Vida.

Con mucho cuidado, echaron un vistazo antes de doblar la esquina y vieron una gran sala completamente amarilla con una abertura que daba al jardín. La ovación provenía de fuera.

Rick se mordió los labios y miró hacia atrás, cauteloso. Se había equivocado de camino...

Los dos chicos se acercaron con cierto recelo a la ventana: una muchedumbre festiva invadía los jardines y se congregaba al borde de la avenida principal. Entre una maraña de pétalos y banderas avanzaba un carruaje dorado, tirado por dos magníficos corceles negros.

—¡Es él! ¡Tutankamón! —exclamó Jason cuando lo vio de pie en el carruaje.

El faraón niño, vestido de oro y blanco, saludaba a la muchedumbre haciendo amplios ademanes con la mano. Junto a él, un hombre majestuoso con una poblada barba blanca sujetaba las riendas de los caballos.

—Y ese debe de ser el padre de Maruk... —dijo Rick.

Si consiguieran hablar con el Gran Maestro Escriba... Probablemente aquel hombre era uno de los pocos que habían conocido a Ulysses Moore.

Jason contempló la escena con el corazón henchido de emoción. ¡Lo que habría dado por estar allí abajo, en el jardín, y poder mirar al faraón a los ojos!

—Creo que ha llegado la hora de que nos movamos... —dijo Rick—. Lo mejor es que volvamos atrás; por aquí no llegaremos nunca a la Sala de la Estrella.

—¡Chissst! —susurró en ese momento una vocecilla.

—¿Qué has dicho?

—No he dicho nada.

—Me ha parecido oír una especie de siseo...

—Quizá haya venido de fuera —sugirió Jason.

—¡Chissst! —repitió la vocecilla.

Rick miró fijamente la estatua que montaba la guardia ante el pasadizo.

—He vuelto a oírla.

—Esta vez la he oído yo también —dijo Jason.

—¡Chissst, chicos! —dijo entonces la vocecilla—. Estoy aquí abajo.

La cabeza de Maruk asomó por un nicho que estaba a sus pies.

—¿Se ha ido la guardia?

—¡Maruk! —exclamó Rick—. ¿Qué haces ahí dentro?

La chica comprobó más de una vez que no hubiera nadie en el pasadizo. Cuando estuvo segura de verlo desierto, se decidió por fin a salir.

—¡Por poco nos arrestan a todos! —exclamó mientras se ponía en pie y se quitaba una telaraña del brazo—. Os lo había dicho...

—Así que era aquí donde te habías metido... —refunfuñó Jason.

No fue difícil reconstruir lo que había pasado. Al oír pasos, Maruk había echado a correr y se había escondido cerca de una estatua. Luego había visto llegar a Oblivia y al joven egipcio y, presa del pánico, se había metido en el primer nicho que había encontrado.

—Y ahora, ¡larguémonos de aquí, por favor! —dijo la chica atusándose la trenza.

Maruk los condujo hasta una escalera de pendiente muy pronunciada.

—¿Les has oído decir algo? —preguntó Rick.

—¡Desde luego! Ella estaba furiosa. El chico, en cambio, intentaba calmarla. Han dicho que iban a la Tienda de los Mapas Olvidados, fuera de la Casa de la Vida.

—Interesante... —murmuró Jason.

La escalera acababa poco después en una abertura por la que se filtraba la luz del sol. Jason, Rick y Maruk se arrastraron fuera y salieron a los jardines de la Casa de la Vida, por detrás de la muchedumbre que había aclamado al faraón.

De Oblivia Newton y su acompañante no había el menor rastro.

Se sacudieron el polvo como buenamente pudieron y buscaron un lugar tranquilo.

Sentados con la espalda contra una palma enana, Rick y Jason tradujeron el mensaje del papiro en menos de cinco minutos.

Rick leyó en voz alta esta frase sibilina:

*P. S. He preferido guardar el mapa en un lugar seguro:
en la Cámara que no existe.*

—Entonces, ya sabemos cuál es nuestra próxima etapa —sonrió Jason—: la Cámara que no existe.

—No creo que esta pista os vaya a ayudar mucho... —observó Maruk—. Al contrario. Creo que vuestro amigo os ha tomado el pelo.

—¿Por qué? —preguntó Jason.

—Si ha guardado el mapa en la Cámara que no existe... quiere decir que lo ha destruido.

—No entiendo...

Maruk soltó una risita.

—«Guardar una cosa en la Cámara que no existe» es una frase hecha. Significa... tirarla, guardarla en un lugar que no existe.

—¿Estás segura?

—Segurísima. Todo tiene su origen en una leyenda, como la de la balada de los dos enamorados que vagan perdidos esperando volver a encontrarse.

—Y sin embargo, nuestro amigo dice que quería guardarlo en un lugar seguro...

—No hay modo más seguro de esconder algo que destruirlo. A lo mejor era eso lo que en realidad quería decir vuestro amigo...

—No es posible... —murmuró Jason—. Sabemos que el mapa de Kilmore Cove está escondido aquí, en Egipto... Y sea lo que sea lo que está dibujado en él, es importante. Quizá explique el misterio de la Puerta del Tiempo y de la *Metis*... En cualquier caso, tenemos que encontrar la Cámara que no existe antes que Oblivia Newton.

—¿Entonces...? —intervino Rick.

—Entonces, ¡estáis chiflados! —concluyó Maruk—. ¡Y esa Oblivia Newton todavía más! Buscar la Cámara que no existe es como buscar un grano de arena en mitad del desierto. Por favor, acomodaos... —dijo, señalando las gigantescas murallas de la Casa de la Vida—. Aunque pudierais pasar todas las salas por un cedazo, os haría falta toda la vida.

—No tenemos toda la vida... —murmuró Rick—. No tenemos ni siquiera toda la tarde.

Maruk se puso en cuclillas en la hierba.

—Ya, ya... A propósito, creo que ya va siendo hora de que me contéis con pelos y señales quiénes sois y de dónde venís, ¿no os parece?



Julia se escondió detrás de la estatua de la pescadora y permaneció agachada, mirando.

En el patio estaba aparcado un coche deportivo, negro y amenazador. En su interior, había un hombre con gafas de sol. Cuando abrió la puerta, la luz

interior del coche dejó ver una silueta robusta, baja y gruesa, con una larga gabardina arrugada.

El hombre bajó del coche, corrió hasta la entrada de Villa Argo... pero no llamó a la puerta.

Julia oyó que hurgaba en la cerradura, como para comprobar si la puerta estaba abierta o no. Después dio la vuelta a la casa y desapareció de su vista.

En ese momento, una mano la agarró por detrás y la alzó del suelo.

—No digas nada... —murmuró Nestor, soltándola después lentamente—. A lo mejor piensa que no estamos en casa.

—¿Quién es?

—¡Chissst!

Nestor la hizo retroceder hasta la penumbra. Se detuvieron a los pies de la escalera. Hubo un relámpago y el hombre con la gabardina apareció tras el cristal. Julia estuvo a punto de soltar un grito, pero de nuevo la mano de Nestor le impidió hacerlo.

El desconocido pegó la cara al cristal y miró dentro.

—No puede ver nada... Y los cristales son a prueba de golpes... —susurró Nestor.

El hombre aferró el pomo de la puerta de cristal e intentó girarlo.

Cerrada.

—Está todo cerrado... —cuchicheó Nestor—. No puede entrar.

El hombre de la gabardina empezó a bordear el perímetro externo del porche para probar con las otras puertas.

—¿La entrada de la cocina...? —murmuró Julia.

—Cerrada. Lo he cerrado todo. No puede entrar.

—¡La ventana de la habitación de piedra! —susurró Julia—. La has abierto hace un rato para comprobar si estaba lloviendo.

—No te muevas de aquí... —le ordenó Nestor, desapareciendo en la oscuridad.

Julia permaneció inmóvil, escuchando los pasos de Nestor que se alejaba para ir a comprobar si la ventana de la habitación de piedra estaba cerrada.

Permaneció inmóvil, mirando al desconocido que, metódicamente, repasaba todos los pomos y picaportes de las puertas del porche.

Cerrada. Cerrada. Cerrada.

El hombre se dirigió lentamente hacia la última puerta, con el perfil del cuerpo y los rasgos de la cara borrosos por la lluvia. Julia podía distinguir el

ruido de sus pasos en el estruendo de la tormenta.
Llegó hasta la cuarta puerta y bajó el picaporte.
Julia se quedó de piedra.
La puerta estaba abierta.

Sin pararse a pensar en lo que estaba haciendo, saltó fuera de su escondite.
—¡NO! —gritó, arremetiendo contra él de cabeza.
El desconocido permaneció inmóvil, estupefacto.
Había abierto la puerta de cristal solo a medias, dejando entrar en casa ráfagas de viento y lluvia, y se había agachado para echar una ojeada dentro.
—¡Eh! —exclamó.
Un rayo iluminó el cielo a su espalda.
Julia cogió la puerta y le dio con ella en las narices.
Los cristales de las gafas de sol se hicieron añicos. Después el hombre cayó rodando hacia atrás, sujetándose la nariz con los dedos.
Julia cerró de golpe y puso el seguro.
Entonces oyó pasos a su espalda y la voz de Nestor:
—Julia, ¿qué ha pasado? ¡Oh, no...!
Al otro lado del cristal, Manfred había caído de rodillas sobre la hierba empapada. Se tapaba la nariz ensangrentada con la mano y palpaba el suelo en busca de sus queridas gafas de sol.
—¡Me has roto la nariz! —gritó, intentando ponerse de pie—. ¡Me las pagarás!
Tambaleándose, arremetió contra la cristalera del pórtico con todo el peso de su cuerpo: ¡PUM!
Nestor y Julia retrocedieron hacia la escalera, pero los cristales no se rompieron.
—¡Lo voy a romper todo! ¡TODO! —gritó Manfred, bajo la lluvia.
—Tranquila... —le dijo Nestor a Julia, intentando animarla—. No pasa nada. Son cristales antichoque. No puede romperlos.
¡PUM! El ruido se repitió.
—¡ME LAS PAGARÉIS! —gritó el desconocido.
La luz del faro giró en el jardín y Julia preguntó:
—Nestor, ¿quién es ese hombre? ¿Y qué quiere?
El jardinero hizo una mueca.
—Quiere entrar —respondió.

Capítulo (13)

- FUERA -

He intentado traducir los jeroglíficos grabados en las estelas de este boceto de Ulysses Moore.

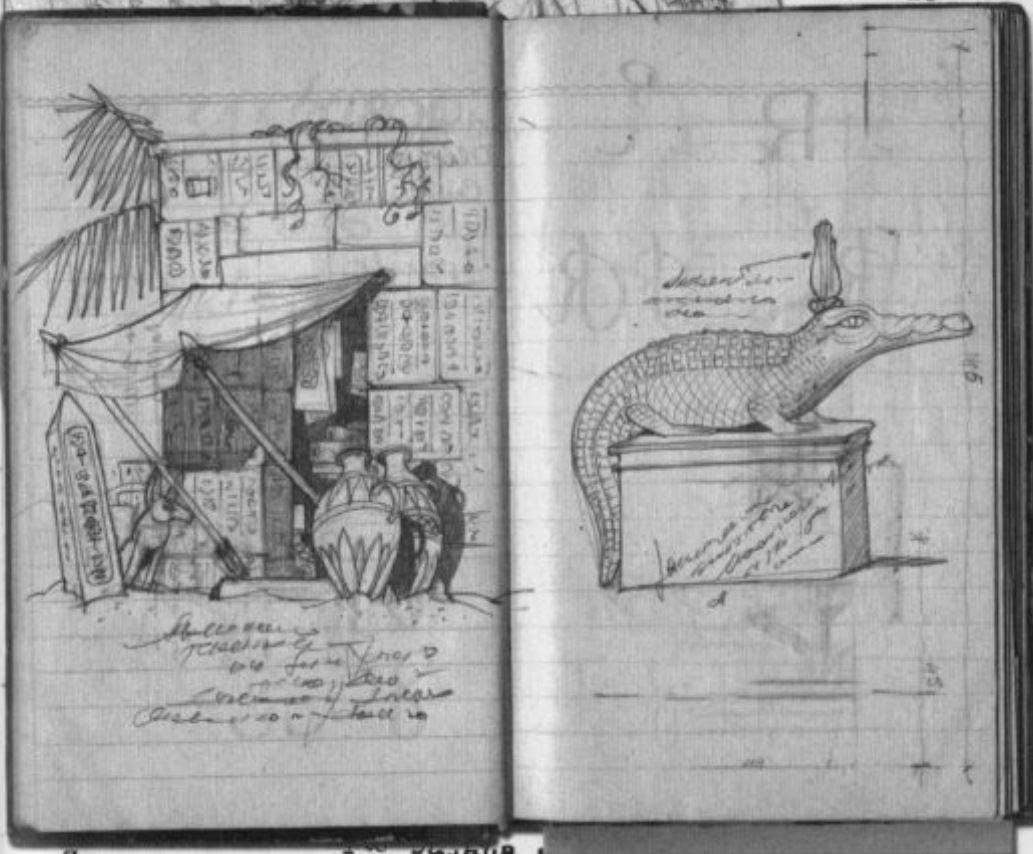
Puede leerse

corresponde al texto que estoy descifrando

LA TIENDA DE MAPAS OLVIDADOS

Los tres chicos volvieron
Ric

ardines y las esfinges. cómo habían
ole jurar blaron de



Casa de los Huéspedes para decidir qué hacer.

Los tres chicos atravesaron los jardines y volvieron a recorrer la avenida de las esfinges.

Rick y Jason le explicaron a Maruk cómo habían llegado a la Tierra de Punt, haciéndole jurar que no se lo contaría a nadie. Le hablaron de Julia y de cómo había desaparecido más allá de la Puerta del Tiempo. Le contaron también lo que sabían sobre el antiguo propietario. Jason le confió que sospechaba que seguía con vida, en alguna parte, tal vez en Kilmore Cove, o prisionero quién sabía dónde.

Maruk se quedó tan sorprendida que no consiguió pronunciar palabra. Desde el principio había sospechado que Jason y Rick le ocultaban algo, pero esto iba mucho más allá de lo que había podido imaginar. Y, sin embargo, no sabía por qué, esos dos chicos tan extraños le inspiraban confianza...

Se detuvieron en lo alto de la escalera que bajaba a los almacenes de la Casa de los Huéspedes para decidir qué hacer.

A un lado quedaba la escalera que los conduciría hasta Julia; al otro, la salida de las murallas hacia la ciudad exterior. Hacia la Tienda de los Mapas Olvidados.

—Si queréis ir a buscar la tienda, yo no puedo acompañaros... —dijo Maruk—. No tengo permiso para alejarme de los jardines de la Casa de la Vida.

—Lo de la tienda no es más que una bobada —murmuró Rick. Y al ver que Jason no replicaba, repitió en voz alta—: UNA BOBADA.

—Pues será una bobada... —replicó Jason entonces—, pero es la única pista que tenemos. ¡Y somos muy rápidos!

Rick sacudió la cabeza, pensativo.

Parecía todo tan difícil... Al fin y al cabo, tenían una sola pista, una frase: «P. S. He preferido guardar el mapa en un lugar seguro: en la Cámara que no existe».

Una frase que además tenía algo raro respecto a las escritas con los mismos caracteres que habían encontrado antes: esta no tenía rima, no parecía una especie de poema. Tenía un estilo llano, neutro, sin tono ni color. Un estilo práctico.

Pero no era menos enigmática.

Fue Maruk quien los sacó de su indecisión.

—Mirad, podemos hacer esto: yo me quedo aquí, delante de los almacenes de la Casa de los Huéspedes esperando a Julia, por si llega

mientras no estáis. Solo tenéis que decirme qué le cuento para que no dude de mí y sepa que estoy de vuestra parte.

Podía ser una solución. Endeble, incompleta, pero era al menos una solución.

—Sí... —dijo Jason tras unos instantes—. Quedamos así: si Julia vuelve, lo hará por la misma habitación. La habitación en la que nos hemos visto nosotros la primera vez.

Maruk sonrió.

—Eso ya lo había entendido.

—Puedes decirle que... que Rick y su hermano han ido a hacer un recado. Puedes decirle que no se preocupe. Que estamos bien.

—Y que estábamos preocupados por ella.

—Sí —repitió Jason—. Dile que estábamos preocupados por ella. Y que no tiene que escapar tan rápido cuando le digo que escape.

Jason le dio a Maruk un toque con el puño cerrado en el hombro.

—Gracias. Eres una amiga.

Antes de alejarse, Rick añadió:

—A propósito, Julia es idéntica a Jason. Es fácil reconocerla, puesto que son gemelos. Solo que ella es mucho más... —Contuvo a tiempo la palabra «guapa»—. Ella es mucho más alta.

Sin decir palabra y mostrando los dos escarabajos salvoconducto a la guardia, Rick y Jason salieron de la Casa de la Vida y se hallaron inmersos en la ciudad de Punt. Las calles que se encontraban al abrigo de las murallas estaban literalmente plagadas de puestos repletos de todo género de mercancías. Había de todo: animales que balaban, mugían, escarbaban y aullaban encerrados en jaulas de mimbre. Y además, estatuillas y platos de alabastro, cucuruchos decorados que exhalaban dulces perfumes, cántaros colmados de aceite de ricino, mesas con pan crujiente, cestos de dátiles e higos, alfombras de cañas entretejidas, capas de lana y de tejidos brillantes, mujeres que hacían alarde de piedras preciosas engastadas en joyas para venderlas a los ricos compradores que acudían al mercado.

Jason pasó media hora en medio de esta caótica abundancia sin dignarse echarle ni una ojeada, mientras Rick, a su espalda, se paraba a observarlo todo, acosado por los vendedores. Mirara donde mirara, había gente, colores, gritos, cortinajes, bordados, alboroto, bullicio, algazara.

Pero tenían poco tiempo para mirarlo con calma.

De repente, Jason se paró en un claro del mercado. Ante él, un gigante de piel color ébano vigilaba a cuatro personas, tristemente sentadas en el suelo y encadenadas.

—¡Oh, no! —gimió Rick—. ¡Nos hemos metido en el mercado de esclavos!

En efecto, en torno a ese claro había otros puestos parecidos donde se comerciaba con personas de carne y hueso.

Más allá, la calle se transformaba en un laberinto de encrucijadas atestadas de puestos de vivos colores recortado entre dos edificios torcidos.

—Rick —exclamó Jason—. La tienda... ¿podría ser esa?

Señaló un edificio bajo y cuadrado, que parecía construido con los ladrillos sobrantes de la Casa de la Vida. En los muros externos estaban dibujados los jeroglíficos del mar, del cielo y del recorrido nocturno del Sol.

Una estela clavada en el suelo, delante de la entrada, anunciaba:

LA TIENDA DE LOS MAPAS OLVIDADOS
Ocasiones raras, insólitas, únicas
para encontrar el camino

—Yo diría que sí —respondió Rick.

—Bien. En ese caso, entremos.

Jason y Rick bajaron los cuatro peldaños de entrada y corrieron la cortina. Llegó hasta ellos una vaharada de incienso y otros perfumes que ardían en un pebetero. Del techo de la habitación pendían centenares de mapas colgados de cadenas plateadas. Había una enorme mesa baja repleta de papiros con bocetos de costas, ciudades, ríos, puertos y bosques de nombres exóticos y misteriosos.

Los chicos avanzaron titubeando entre atlas imaginarios dibujados por locos viajeros de Oriente y tablillas blanqueadas, en las que otros visionarios habían ido señalando las etapas de sus viajes. Acariciaron los planos detallados de la ciudad de Babel, donde se hablaban todas las lenguas del mundo, y pudieron ver cómo era Ur, la ciudad más antigua de la humanidad. En una pared estaba colgado el plano de las murallas negras de una ciudad maldita, construida por hombres con un cuerno en medio de la frente. En la otra, el de una aldea edificada en el cielo, donde se podía ir solo en invierno, cuando la lluvia se helaba y formaba un puente muy frágil que unía las montañas más altas con las nubes. El Nilo, sinuoso e infinito, ocupaba gran

parte de los mapas fluviales, cuyas indicaciones estaban escritas en demótico o en elegantes jeroglíficos dorados. Algunos mapas estaban redactados en el alfabeto de los fenicios, los grandes comerciantes del norte; otros, en lenguas desconocidas. En la tienda, los mapas, mezclados unos con otros, acercaban mundos lejanos entre sí.

En cuanto la cortina de la entrada se cerró tras ellos, los rumores del bazar fueron sustituidos por las voces imaginarias procedentes de los mapas y planos. Los dos chicos sintieron que se apoderaba de ellos de manera inmediata la fascinación de aquellos lugares, aquellos nombres y las infinitas historias que allí se escondían. Ninguno de los pasadizos de la gran Casa de la Vida tenía esa poderosa aura de misterio.

Ya dentro de la Tienda de los Mapas Olvidados, Jason acarició la tela áspera de un plano que reproducía centenares de cámaras de un edificio unidas entre sí por escaleras y pasadizos. Rick, por su parte, se sintió atraído por un mapa pintado en una tabla de madera que representaba rumbos y puertos marinos.

Los dos chicos dieron un brinco, asustados, cuando una voz ronca y estentórea les interrumpió bruscamente:

—*¡Har!* ¿Habéis venido solo a mirar y toquetear, jovenzuelos, o tenéis también intención de comprar algo?

Jason se giró de golpe hacia la dirección de la que provenía la voz y, en el rincón que estaba junto a la entrada, vio a un viejo de ojos vidriosos y cabello ralo, arrellanado en un trono repleto de cojines.

Sus pies estaban inmersos en una palangana llena de agua humeante, junto a la cual, sujeto al trono con una gruesa soga, se encontraba la estatua de un cocodrilo.

—Bu... buenos días, señor... —balbuceó Jason, dando un paso hacia el viejo.

Cuando estaba a punto de dar un segundo paso, la estatua del cocodrilo abrió lentamente unos ojos como platos. Tenía dos enormes iris amarillos partidos por la mitad por unas pupilas verticales negrísimas. Jason se quedó de piedra, mientras Rick, detrás de él, dejó escapar un tembloroso:

—¿Esa cosa de ahí está viva?

El viejo soltó una carcajada.

—*Har har...* —dijo, poniendo en el hocico del cocodrilo una mano enorme, tan gruesa que la carne de los dedos ocultaba los anillos que llevaba—. Este señorito ha preguntado si estás vivo, *Talos*.

Talos, para subrayar lo absurdo de la frase, abrió de golpe sus fauces, mostrando varias decenas de dientes afilados dispuestos en tres hileras.

Jason y Rick retrocedieron aterrorizados.

El cocodrilo cerró las fauces haciendo el mismo ruido que una guillotina. Su dueño movió los pies en la palangana de agua.

—Entonces, jovencitos... decidme qué hacen dos extranjeros como vosotros en una tienda como la mía.

Al ver que ambos vacilaban, el viejo añadió:

—Basta observar la punta de vuestra nariz para comprender que sois extranjeros y que, probablemente, os habéis perdido. Así que, en cierto sentido, habéis entrado en el sitio justo...

Jason respiró hondo, y después decidió replicar:

—En realidad os equivocáis, señor. Ni somos extranjeros ni nos hemos perdido. Somos dos muchachos de Punt... que están buscando algo muy especial, ¿verdad? —añadió, dirigiéndose a Rick.

—Así es. Mmm... Estamos buscando un... mapa.

—¡Un mapa! ¡*Har har har!* —ladró con fuerza el viejo, acomodándose mejor en el trono—. Este debe de ser mi día de suerte. ¿Puedo preguntaros, entonces... qué tipo de mapa andáis buscando?

—Estamos buscando el mapa de Kilmore Cove —respondió Jason muy serio.

—¡Por todos los dioses del Alto y del Bajo Egipto! —exclamó el viejo dando unas palmaditas a *Talos* en el lomo—. Entonces sí que es mi día de suerte. ¡Dos personas me piden el mismo mapa en solo medio día! Y debe de ser un mapa importantísimo si se dedican a buscarlo también las mujeres y los niños.

Jason y Rick ignoraron el insulto y le preguntaron:

—¿Quiere decir que ya ha venido alguien por el mapa?

—¡*Har har!* ¡Así es! —El viejo sacó un pie de la palangana, lo observó con asqueada atención y se apresuró a sumergirlo de nuevo en el agua—. La mujer esa ha venido con uno de mis muchachos... Tendríais que haberla visto: parece una especie de sacerdotisa y además está histérica: ha conseguido sacar inmediatamente de quicio a *Talos*... *Talos* es muy sensible a los histerismos.

Jason y Rick cruzaron una mirada de complicidad: Oblivia Newton y el joven egipcio.

—Y a ella, ¿qué le ha dicho?

—Lo mismo que os digo a vosotros. Que no poseo ese mapa y que, sinceramente, tampoco creo que exista. Si hubiera formado parte de la Colección y hubiera tenido algún valor... uno de mis muchachos me habría mencionado ya su existencia o me habría hecho una copia.

—Aunque usted prefiera que roben los originales, ¿verdad? —le espetó Jason con tono insolente.

—*¡Har har!* Tienes una lengua muy afilada, muchachito. Pero ten cuidado, no te vayas a cortar. —En cuanto el viejo acabó de pronunciar la frase, *Talos*, detrás del asiento, dio un coletazo—. Y, además... «robar» es una palabra tan fea... ¿No estáis de acuerdo en que es un verdadero despilfarro dejar que ciertos mapas se pudran en la Casa de la Vida cuando hay tantas personas que pagarían su peso en oro para hacerse con ellos?

—La Casa de la Vida es de todos —replicó Rick.

—Pero los mapas no. Los mapas son solo de quien sabe leerlos. Cada uno tiene su mapa. Cada uno, jovenzuelo, tiene su propio camino... y debe encontrarlo.

Rick y Jason prefirieron esperar un poco antes de volver al ataque.

La cara del viejo quedaba parcialmente oculta por la oscuridad que reinaba en la tienda y por la tupida red de arrugas que la surcaba: se veía solo la boca, que a menudo se abría de par en par para emitir esa grotesca risotada que intercalaba entre sus frases.

—Nosotros, en cambio, estamos seguros de que ese mapa existe —afirmó Jason.

—Lo mismo me ha dicho la sacerdotisa histérica de hace un rato. *¡Har har!* Y yo le he contestado que, en ese caso, vaya a buscarlo. Que consulte el pórtico de los Indicadores o se sumerja en los Archivos Sepultados, donde yacen los objetos sin catalogar aún o cuyo pago ha caducado. He enviado con ella a mi aprendiz, con la condición de que la sacerdotisa histérica me pagara a mí el servicio, naturalmente...

—No creo que ese mapa se encuentre en los Archivos Sepultados y los Indicadores no sabrán decirle mucho más —declaró Jason.

—Lo mismo le he dicho yo, Lengua Afilada, pero ella estaba tan furiosa y tenía tantas ganas de pagar a alguien para que la ayudara a buscarlo que no he tenido más remedio que echarle una manita. *¡Har har har!*

—Nosotros sabemos con toda seguridad que el mapa formaba parte de la Colección —intervino Rick—. Pero alguien lo ha cambiado de sitio.

—¡Har! ¿Y dónde lo habría guardado, según tú?

Jason y Rick cruzaron una larga mirada. Después, con un suspiro, Jason asintió y Rick dijo:

—En la Cámara que no existe.

De repente, el viejo dejó de reír y, por un momento, pareció que iba a levantarse. Agachó la cabeza hacia delante y se inclinó, mostrando su rostro a plena luz.

—¿Qué has dicho, jovencito?

Rick lo repitió, esta vez con voz levemente temblorosa.

—¡Ah! —concluyó el viejo, dejándose caer pesadamente contra el respaldo—. Si es así, todo cambia.

—¿Por qué?

—Sois jóvenes, muchachitos, demasiado jóvenes para esto —gruñó el viejo con tono excitado—. ¡Salid de aquí! ¡Vamos! ¿Por qué no os juntáis con otros chicos de vuestra edad y vais a arrojar piedrecitas al río? ¿O cogéis un tablero y echáis una partida de *senet*? ¿O jugáis a las tabas? En fin, haced lo que se os antoje, pero ¡olvidaos de ese mapa! Y, sobre todo, olvidaos de la Cámara que no existe.

—No podemos. Es demasiado importante para nosotros.

—Hay una sola cosa importante para vosotros... —rezongó entonces el viejo—. ¡El tiempo! ¡Vosotros tenéis tiempo! ¡Y no deberíais malgastarlo buscando algo que no existe! ¡Venga, fuera! ¡Fuera de aquí! ¡FUERA!

El viejo volcó la palangana con los pies y dio un tirón a la cuerda de *Talos*, que saltó hacia delante arrastrando la panza por el suelo.

Rick no retrocedió ni un milímetro. Ni siquiera cuando la palangana se volcó con un ruido sordo, Jason lanzó un grito y el cocodrilo, con sus treinta mil dientes puntiagudos, se abalanzó sobre él. Al contrario: logró incluso pensar y lo que se le ocurrió fue que el animal acorazado que le estaba atacando se movía por el suelo de la tienda de manera torpe y desgarbada.

Y cuando las fauces de *Talos* hendieron el aire a tan solo un palmo de su nariz, él permaneció completamente inmóvil.

El ataque cesó tan súbitamente como había empezado.

El viejo gritó una orden seca y el animal retrocedió, temeroso, y fue a agazaparse de nuevo a sus pies.

El olor acre de su aliento repugnante permaneció suspendido en el aire.

Rick no había dado ni siquiera un paso atrás y cuando, mucho tiempo después, le vino a la memoria ese momento, no consiguió entender qué le había sucedido exactamente. Quizá no creyó en la posibilidad de que un

cocodrilo de salón atado con una cuerda a la silla de un viejo ladrón fuera capaz de devorarlo. O quizá estaba tan aterrorizado que había elegido, inconscientemente, la salida más rápida: dejar que lo devoraran de un solo bocado para poner rápidamente fin al sufrimiento.

En cuanto *Talos* se calmó, el viejo se acercó tambaleándose al chico pelirrojo. Su rostro surcado de arrugas dejaba traslucir admiración y auténtico estupor.

—¡Por los dioses del Alto y del Bajo Egipto! ¡*Har!* —exclamó. Avanzando a tumbos sobre sus piernas enfermas, se acercó al rostro impasible de Rick hasta casi rozarlo—. Juro por mi madre, a quien Anubis y los dioses de ultratumba tengan en su gloria, que no había visto nunca nada igual. ¿Quién eres, jovencito? ¿Un héroe o un loco?

El ojo derecho de Rick se cerró y se volvió a abrir en un tic. La coraza de lúcida locura que le había impedido realizar ningún movimiento empezaba, lentamente, a resquebrajarse y a dejar filtrar la conciencia de la realidad de la que acababa de librarse por un pelo.

Detrás de él, Jason asomó la cabeza por entre una montaña de antiguos mapas apilados bajo la mesa. Al ver que Rick estaba sano y salvo, se sacudió con dignidad la ropa y se puso a su lado.

El viejo le dirigió también a él una mirada de admiración.

—Lengua Afilada y Corazón Impertérrito —exclamó—. ¡No había visto nunca nada igual! ¡*Har!* ¡Bravo! ¡Así me gusta!

Y dicho esto, volvió a hundirse en su trono y se acercó con los pies la palangana vacía.

Jason notó que Rick estaba a punto de desmayarse e intentó evitarlo llevándole un taburete para que se sentara.

Luego cogió otro para él y clavó los ojos en el rostro sombrío del dueño de la tienda.

—Bueno... —murmuró—, ¿podemos continuar ahora la conversación?

—Lengua Afilada y Corazón Impertérrito... —masculló el viejo, acariciando la cabeza de su cocodrilo—. ¡Nadie se había atrevido nunca a tanto en presencia de *Talos*! Por lo que parece, os he juzgado mal. ¿Os gustaría hacer negocios conmigo? ¿Qué me decís? Me vendría bien algo de savia nueva entre mis muchachos...

Jason decidió explotar hasta el fondo la credibilidad que se habían ganado y lanzó su envite con claro tono de superioridad:

—No nos interesa, señor. Hemos venido aquí para saber cómo podemos encontrar la Cámara que no existe.

—¡Har! ¡Esa cámara es mi obsesión, Lengua Afilada! Cada vez que oigo hablar de ella... es como si percibiera de nuevo el olor del fuego y volviera a ver las llamas, altas, altísimas, que consumen años de trabajo y de ideas, de ideas, de ideas... —Repitió las últimas palabras en tono cada vez más bajo.

—¿De qué incendio está hablando? ¿El de la Colección de hace unos años?

El rostro del viejo se iluminó de repente.

—¿Lengua Afilada conoce ya la historia?

—Una parte, probablemente —respondió Jason. Después apretó la mano de Rick para darle fuerza y para indicarle que, si quería desmayarse de miedo, era mejor que esperara aún algunos minutos.



—¡Cof! ¡Cof! ¡AYYY! —chilló Oblivia Newton, sin dejar de toser, cuando oyó el ruido que hacía el tacón de una de sus sandalias al romperse.

—Bienvenida a los Archivos Sepultados... —sonrió el joven egipcio, que iba a su lado. Esperó a que la mujer dejara de chillar y se quitara las dos sandalias antes de lanzarle una de esas sonrisas que tanto la enfurecían.

Oblivia arrojó lejos de sí las sandalias y observó, con los ojos irritados por el polvo, el lugar en que se encontraban.

Era un gran espacio subterráneo, un túnel excavado en la roca, mal iluminado por lamparillas de aceite de ricino que el joven iba encendiendo a medida que avanzaban y que esparcían tenues haces de luz ámbar. La arena del desierto se colaba por las rendijas de las paredes y el techo, y se amontonaba sobre los objetos apilados descuidadamente en el suelo de piedra.

—Un verdadero asco —comentó Oblivia intentando mantener el equilibrio de puntillas, demasiado aterrorizada para apoyar la planta de los pies en el suelo—. ¿Y cómo se orienta uno aquí dentro?

—Se pregunta —dijo el joven—. Y por cada respuesta...

Oblivia hizo un gesto con la mano.

—Ya, ya. Por cada respuesta, se paga.

Sabía cómo funcionaba el mundo y había salido de Kilmore Cove bien provista de vulgares mecheros, que había revendido a peso de oro en el mercado de Punt. El mercader que había visto cómo se encendían le había

dado una montaña de *deben*, la moneda local, convencido de que había hecho el negocio del año. Y ahora esos *deben* le estaban sirviendo para comprar los servicios de todos los personajes corruptos de la Tierra de Punt.

Mientras caminaba con gran cautela detrás de su guía, Oblivia se puso a pensar en el cabo de vela que había encontrado en el nicho. Cuanto más lo miraba, más se convencía de que alguien había llegado antes que ella. Alguien que llevaba consigo una moderna vela *made in China*. Pero ¿quién podía haber sido? ¿Y cuándo?

—Al fin hemos llegado... —murmuró el joven, interrumpiendo de golpe sus cavilaciones—. Este es nuestro hombre.

Oblivia arqueó las cejas.

—¿Hombre? —preguntó.

El joven le susurró al oído que no era cuestión de ponerse a criticar su aspecto, dado que había nacido y crecido ahí abajo.

—Y además... —añadió divertido— es muy vanidoso. —Oblivia asintió. Era probable que el ser que estaba ante ella no se hubiera mirado al espejo en su vida. En caso contrario, habría visto reflejado un cuerpo flácido y deforme, una cabeza en forma de pera y un par de ojos legañosos, del mismo color que la leche agria.

Las presentaciones fueron muy rápidas. El hombre subterráneo, más que mirarla, la olfateó, y cuando Oblivia le tendió la mano, en lugar de estrechársela, se puso a examinarla como si fuera una piedra preciosa. Oblivia intentó dominar su repugnancia y convencerse de que, gracias a esa criatura lechosa, conseguiría encontrar algo útil.

—Sssí —siseó el hombre subterráneo soltándole la mano—. ¿Y qué esstáiss busscando exactamente?

Se lo explicaron, haciendo hincapié en el nombre de Kilmore Cove.

El hombre permaneció en silencio un buen rato, meneando la cabeza.

El joven le hizo un gesto a Oblivia para indicarle que era el momento de echar mano del monedero. Las manos del hombre subterráneo se abalanzaron sobre las monedas como lenguas de serpiente y las escondieron en los bolsillos.

«¡A saber para qué le sirven aquí abajo!», pensó Oblivia, pero decidió que era preferible no entrar en la cuestión.

—Quizá haya aquí algo para usted... —masculló el hombre subterráneo, escoltándolos a través de los objetos apilados en los Archivos Sepultados.

Pasaron por entre estatuas decapitadas y viejos muebles patizambos, urnas de piedra repletas de pergaminos, ánforas dentro de las cuales se oía un

correteo frenético de ratones.

—Decidme que aquí abajo no hay ratones... —murmuró Oblivia Newton, repentinamente consciente de ir descalza.

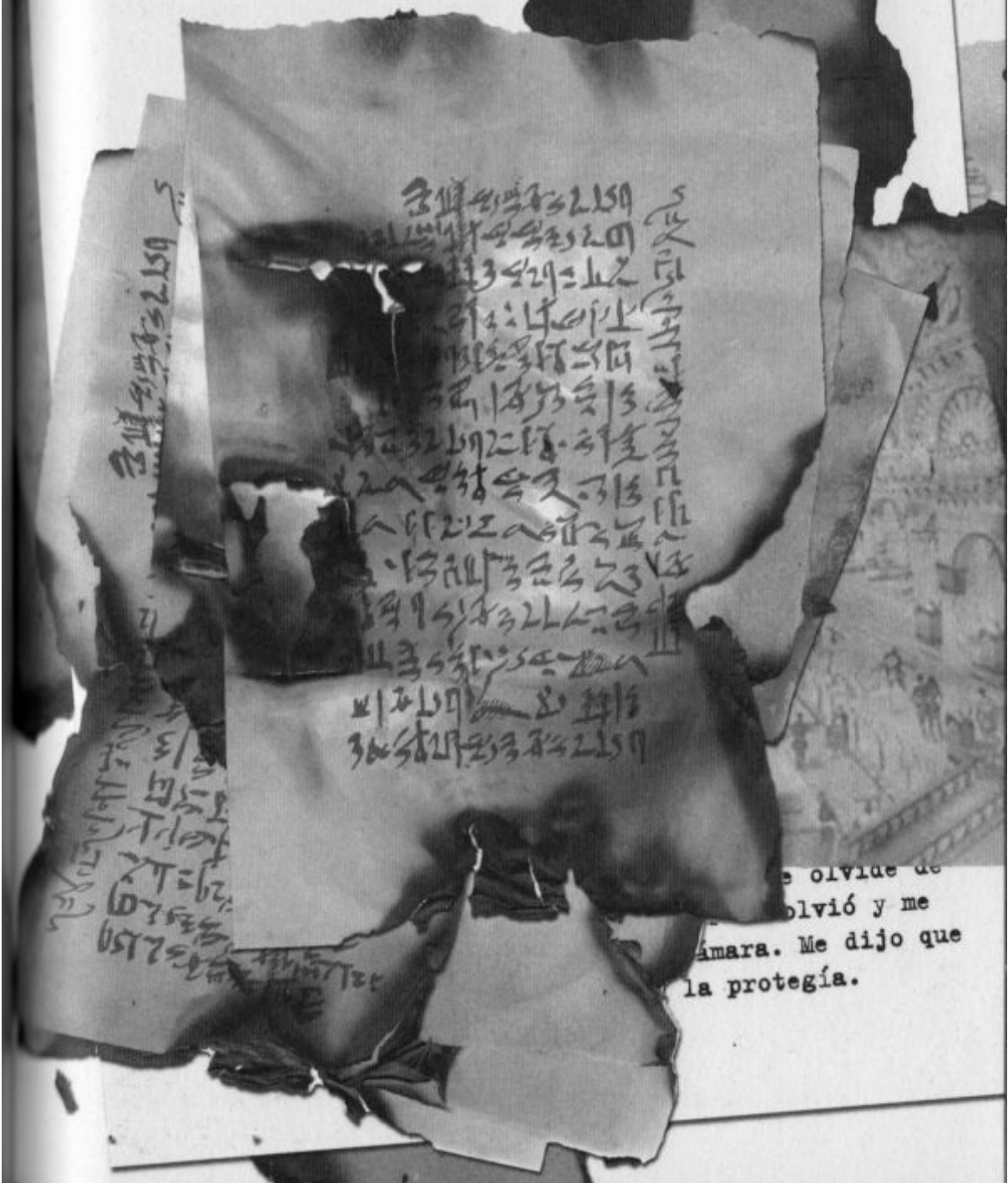
—Sssí... —le respondió el hombre subterráneo, que debía de estar dotado de un excelente oído—. Hay muchos ratones, ratones magníficos... Por aquí... Venid conmigo... Magníficos, enormes ratones.

Su joven guía la obsequió con otro gesto burlón, pero Oblivia fingió no verlo. Siguió caminando tras ellos, pálida como el papel, pensando solo en su objetivo.

Después se acordó de Manfred. ¿Por qué no se lo había traído? Manfred era un excelente cazador de ratones. Apretó el cabo de vela que tenía en el bolsillo y se detuvo de golpe. Poco antes de salir, Manfred le había dicho que había visto resplandores en el acantilado de Salton Cliff, bajo Villa Argo. Y el mapa de Kilmore Cove había desaparecido de la estantería donde tenía que estar.

¿Era posible que...?

Capítulo (14)
- EL BUSCADOR -



e olvide de
olvió y me
Amara. Me dijo que
la protegía.

Mientras hacía tintinear la palangana vacía con los pies, el viejo empezó a contar su historia:

—Hubo un tiempo en que yo era uno de los Índices más apreciados... y los mayores estudiosos acudían a mí y solo a mí... para encontrar los escritos más antiguos, los mapas de los lugares más lejanos y para descubrir los secretos del mundo de las estrellas... Hasta que, un día, se presentó ante mí un hombre... ¡Har! Aún lo recuerdo perfectamente. ¿Cómo podría olvidarlo? Aquel hombre estaba estudiando desde hacía algún tiempo el Papiro de la Fundación de Punt, la crónica de los primeros hombres que llegaron por mar y que, con la ayuda de los dioses, edificaron la Casa de la Vida. ¡Har! Sí, jovencitos, la Casa de la Vida es más antigua que cualquier otra construcción de Punt, más antigua que la arena misma, que llegó muchos años más tarde, traída aquí por el viento envidioso tras la marcha de los Fundadores... ¡Har! Pero en el Papiro de la Fundación...

—¿Qué había escrito?

—Había un error. El Papiro contenía una lista de las cámaras de la Casa según la cual había una cámara más. Un lugar que ningún Indicador había explorado nunca y del que, al parecer, ni siquiera los Grandes Maestros Escribas sabían nada. Consultando las antiguas listas, llegué a la conclusión de que el Papiro estaba equivocado y así se lo comuniqué al estudioso. Pero el hombre no se quedó convencido del todo. Dijo que aquella cámara tenía que existir por fuerza y que su existencia debía de estar celada por algún enigma. Pero el enigma, *har*, no existía. Ningún enigma. ¿Entendido, jovencitos? El enigma no existía, porque ni siquiera existía la cámara. Era solo un error del Papiro de la Fundación. Se trataba de la Cámara que no existe. —El viejo se rascó la nariz, pensativo—. ¡Har! Creí que el estudioso bromeaba y me olvidé de él por unos días. Pero el hombre volvió y me dijo que había encontrado la cámara. Me dijo que había resuelto el enigma que la protegía. «¿Qué enigma?», pregunté. ¡Har! Anda de boca en boca y está a la vista de todos. ¡Har! Esto fue lo que me dijo. ¿Sabéis por qué? ¡Para desafiarme! Yo era el mejor de los Indicadores. —El hombre abrió los brazos—. Y por buscar esa cámara me he convertido en un viejo enfermo que vive en compañía de un cocodrilo.

—Pero ¿cómo podía ese hombre hacerle creer que había encontrado de verdad la Cámara que no existe? —preguntó Jason.

—¡Har har! Me dijo: «Cuando la encuentres y entres, en su interior verás un emblema con tres tortugas. Y entonces comprenderás que te he dicho la verdad».

—¿Tres tortugas? —preguntó Jason, acordándose de que había un emblema igual esculpido sobre el arquitrabe de la puerta por la que habían salido de la gruta de Villa Argo.

—¿Lo conoces, Lengua Afilada? ¿Lo has visto?

—Una sola vez —admitió Jason.

—Has tenido más suerte que yo, entonces, porque yo no lo he encontrado nunca. A pesar de haberlo buscado durante meses, años, descuidando mi trabajo de Indicador y haciendo que mis compañeros acabaran odiándome. Busqué la cámara solo para probar a ese hombre... ¿Qué? ¿Que era mejor que él? ¿Que era el mejor buscador del mundo? Hoy no sabría daros una respuesta, jovencitos, pero entonces mi tiempo voló rápidamente, devorado de rabia por mis fracasos, mientras recorría día y noche los infinitos corredores de la Casa de la Vida, hasta dibujar todos los pasadizos, todas las escaleras secretas, hasta conocer cada rincón, cada escondrijo y cada puerta. —La historia del viejo discurría sin interrupciones—. Es por todos estos años de pesquisas por lo que me conozco la Casa de la Vida al dedillo. Pero, ahora que tengo los pies hinchados y que mis tobillos aúllan de dolor cada vez que camino, estos secretos no me sirven ya de nada. ¡Har har! Puedo enviar dentro a mis muchachos siempre que quiero, pero... Puedo conducirlos a cualquier sitio, por cualquier corredor, a través de centenares de pasadizos. Y hay una sola cosa que os puedo garantizar: ¡no existe la Cámara que no existe!

—¿Y el incendio? ¿Qué tiene que ver con esta historia? —preguntó Jason.

El dueño de la tienda movió la cabeza de un lado a otro, como si esa pregunta le hubiera recordado, de repente, todo el peso de sus años.

—La última vez que entré en la Colección como Indicador pensé que había encontrado el enigma. «Anda de boca en boca», había dicho el hombre... Yo había encontrado algo que andaba de boca en boca y pensaba, quién sabe por qué, que era lo mismo que había descubierto él. Así que me precipité allí donde, ingenuo de mí, pensaba que podía estar la solución... ¡Ah, sí! ¡Har! —exclamó el viejo, sacudiendo con furia los brazos de su trono—. Pensaba que sabía lo que hacía. Estaba seguro de estar a punto de dar con la solución. —Su voz se ensombreció de repente—. Me quedé a dormir dentro de la Casa y esperé a que llegara el alba. Entonces moví los espejos. Los espejos capturaron la luz del sol y los rayos... incendiaron los papiros. Así fue como se declaró el incendio. Sí. Fue culpa mía. Y de mi obsesión insensata. Los primeros papiros se prendieron y enseguida un viento malvado alimentó el fuego, propagando las llamas de nicho en nicho, de papiro en

papiro, de tabla de madera en tabla de madera. En poco tiempo, toda la sección de la Colección ardía... ¡ARDÍA! —El viejo siguió hablando con un hilo de voz—. Me vi obligado a dejar para siempre la Casa y, entonces, me refugié aquí, para crear mi propia colección de enigmas. Mi colección personal de sueños rotos que regalar a otros locos soñadores como yo... — Por fin sus ojos recobraron un brillo vital—. Siempre que estén dispuestos a pagar por ellos.

Siguió un largo silencio.

—¿Cuál era... el enigma? —preguntó Rick. Había recobrado su color habitual y parecía incluso más vivo que antes.

—¡*Har har!* —gimió el viejo, acomodándose mejor en el trono—. Corazón Impertérito escucha pero no entiende... No existe ningún enigma. Y no existe ninguna Cámara que no existe.

—Pero usted ha dicho que el hombre que la encontró...

—¡NO ENCONTRÓ NINGUNA CÁMARA QUE NO EXISTE! —gritó el viejo, haciendo que vibrara la soga de *Talos*.

—Y sin embargo el estudioso dijo que la cámara estaba protegida por un enigma que andaba de boca en boca... —insistió Rick—. Y usted pensaba que lo había encontrado. ¿Cuál era el enigma?

—A lo mejor resulta que eres demasiado bobo, muchachito, para entender que no hay ningún enigma.

Jason se levantó del taburete.

—En ese caso, no queremos hacerle perder más tiempo. Gracias por habernos contado la historia. Vamos a leer el Papiro de la Fundación ese.

El hombre se echó a reír con ganas.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo? El Papiro de la Fundación se quemó en el incendio. Y junto con él todas las demás pistas sobre la Cámara que no existe...

—Entonces iremos a algún otro lado... —replicó Jason.

—... excepto una —concluyó ladinamente el dueño de la tienda.

Dicho esto, se puso a rascar con parsimonia la cabeza de *Talos*.



En el jardín de Villa Argo, Manfred gritaba amenazadoramente.

Julia se tapó los oídos.

—¿Por qué chilla? ¿Qué le hemos hecho? ¿Quién es ese hombre, Nestor?

Manfred corría como un loco alrededor de la casa, intentando entrar por todos los medios. Aporreó la puerta de la cocina, la puerta principal, las cristaleras del porche. Todo cerrado.

La rabia de Nestor aumentaba con cada nuevo golpe. Pero el jardinero sabía muy bien que, si se enfrentaba cara a cara con aquel energúmeno, se llevaría sin duda la peor parte.

Julia y Nestor tuvieron que resignarse a permanecer encerrados en casa como dos asediados, mientras Manfred descargaba toda su furia contra las puertas y contraventanas de Villa Argo.

Cuando dejó de gritar fue aún peor.

No se dieron cuenta enseguida, pero cuando el silencio se hizo demasiado largo, Julia aventuró:

—¡A lo mejor se ha ido!

Pero le bastó salir al porche para ver el coche aparcado todavía en el patio.

Nestor no dijo nada. Caminaba tras ella como una sombra, los brazos rígidos a lo largo de los costados y el rostro endurecido por la cólera. Eso le hacía parecer muy frágil y, por primera vez desde que llegara a Villa Argo, Julia se dio cuenta de que era mayor.

—¿Qué estará haciendo? —preguntó.

Sin responderle, Nestor subió la escalera y abrió la puerta de espejo de la torrecilla. Entró en la habitación y se puso a escrutar el jardín desde cada ventana.

Julia lo siguió hasta la puerta. Algo crujió sobre el tejado. O quizá en el desván.

La chica notó que alguien había reforzado con una cuña de madera el cierre roto de la ventana de la torrecilla.

—¿Quién es ese hombre, Nestor? —preguntó de nuevo con un hilo de voz.

—Es una vieja historia.

—Cuéntamela.

—Ahora no, jovencita... Ahora no...

—Cuéntamela —insistió Julia.

El viento soplaba sobre la torrecilla como si quisiera arrancarla.

—Fue una equivocación —dijo Nestor—. Una equivocación de la señora Moore, hace ya mucho tiempo. Quería traer aires de modernidad a Kilmore Cove.

—¿Modernidad? Cuando llegamos aquí por primera vez, Jason y yo pensamos que el tiempo se había detenido en el siglo pasado.

El jardinero se echó a reír; luego, salió cojeando de la torrecilla y se dirigió hacia las otras ventanas de la casa.

—Siento desilusionarte, pero no es así. Por desgracia, el tiempo no corre: vuela.

Julia le siguió hasta el cuarto de sus padres. Nestor había abierto las contraventanas y miraba afuera. Contemplaba la lluvia, esperando a que pasara la luz del faro para distinguir los detalles.

Julia fijó la mirada en la habitación en penumbra, recordando de memoria cómo estaba amueblada: la gran cama con dosel color verde esmeralda y los viejos cuadros de paisajes colgados en las paredes, color amarillo sol.

—¿A qué equivocación te refieres? —preguntó Julia.

Nestor miró aún durante unos instantes a través de la ventana, antes de decidirse a cerrar de nuevo las contraventanas y contestarle:

—La señora Moore invitó a algunas personas a tomar el té. El señor Moore no estaba de acuerdo, pero la señora... La señora era tan ingenua para algunas cosas... Bastó esa invitación para no podérselos quitar de encima.

Julia asintió.

—¿Ese hombre es una de esas personas?

—El chófer, sí... Pero es solo un ridículo fante. O, al menos, eso creía yo...

Nestor atravesó la habitación y fue a echar una ojeada al lado opuesto de la casa.

—¿Ha estado aquí antes?

El viento silbaba cargado de lluvia.

—Varias veces, pero no ha entrado nunca. Acompañaba a su señora, Oblivia Newton. Ella sí ha entrado. Una sola vez. Después se le negó siempre el permiso. Por un motivo muy concreto.

Julia se puso a su lado y miró hacia fuera con él. De repente, lo había entendido todo.

—Se lo diremos a papá y mamá, Nestor. No te preocupes. No venderemos nunca esta casa.

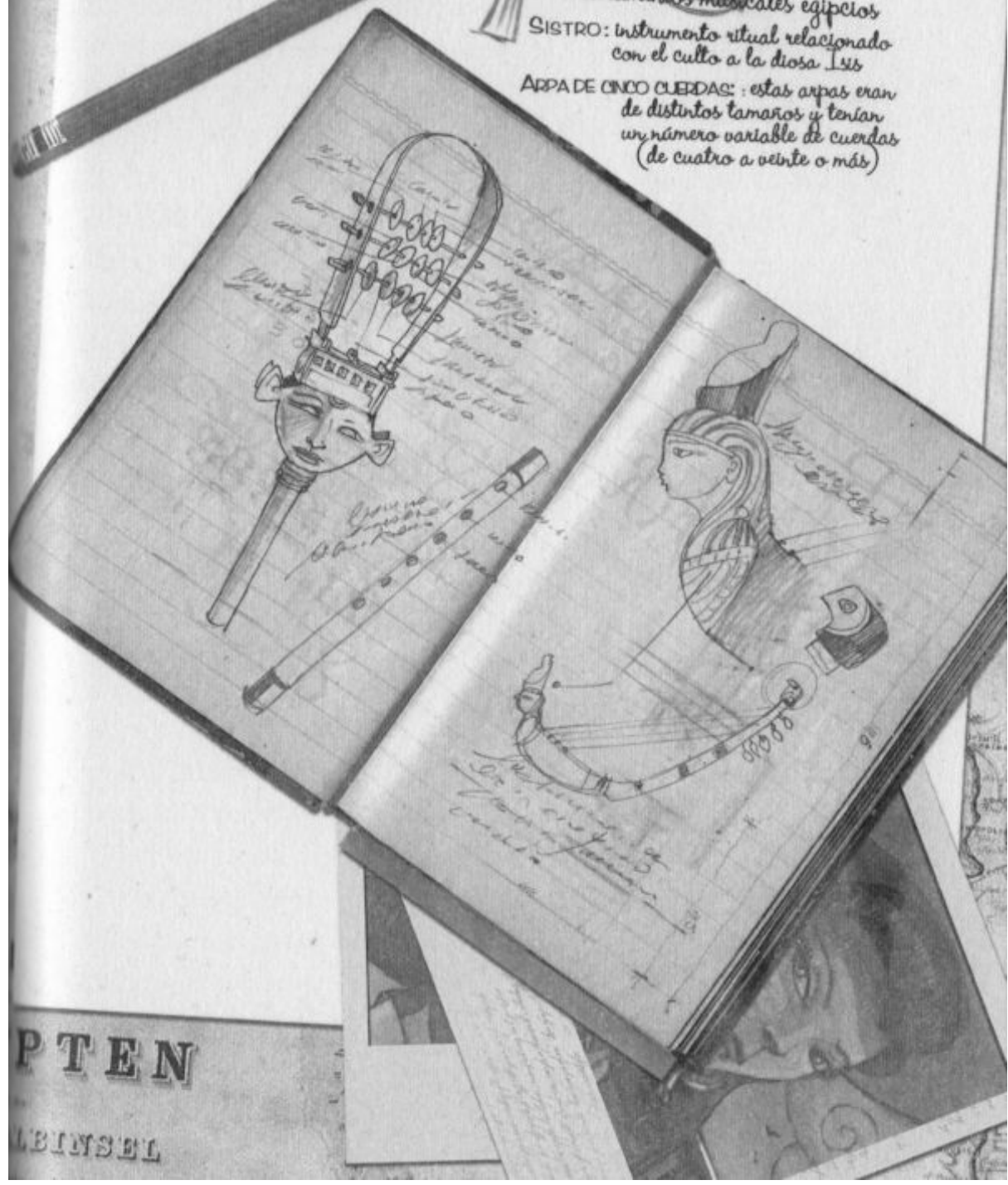
—Bien dicho, jovencita. Bien dicho.

Se oyó una especie de estruendo que venía del jardín.

—La caseta de las herramientas... —prorrumpió el jardinero, reconociendo el ruido—. Está intentando entrar.

Capítulo (15)
- LOS MENSAJEROS
DE PUNT -

Instrumentos musicales egipcios
SISTRO: instrumento ritual relacionado con el culto a la diosa Isis
ARPA DE CINCO CUERDAS: estas arpas eran de distintos tamaños y tenían un número variable de cuerdas (de cuatro a veinte o más)



PTEN
LEINSEL

Una vez fuera de la Tienda de los Mapas Olvidados, Rick exclamó:
—¡Jason, no podemos!

Jason se detuvo para consultar el plano de la ciudad de Punt que había en el cuaderno de Ulysses Moore.

—¿Por qué no dejas de lamentarte y me echas una mano con este plano? Yo no entiendo nada. Pásame el morral ese, anda, hazme el favor.

—Pues resulta que «el morral ese» contiene lo poco que nos queda de Kilmore Cove. Y si seguimos así serán lo único que nos queden. Es más: es altamente probable que dentro de siglos y siglos un arqueólogo lo desentierre de debajo de la arena del desierto y ¡no entienda nada de nada!

Jason resopló.

—¡Ufff...! ¡Qué humos! Te pareces a mi hermana.

—¡Quizá porque tu hermana no tiene solo serrín en la cabeza!

—Somos gemelos.

—¿Y?

—Es «altamente probable» que el serrín nos lo hayamos dividido en partes iguales.

—Entonces es que había en abundancia —gruñó Rick, colgándose el morral a la espalda y controlando con la mano un bulto que llevaba sujeto al cinturón.

—Vale, en cuanto vea a mi hermana, se lo digo...

—¡Ni se te ocurra, Jason! —exclamó Rick, tomando el diario de Ulysses.

—¡Y tú ten cuidado con eso! ¿Has oído lo que ha dicho el viejo?

—Pues claro. Ha dicho: «¡*Har har!*!». Y después ¡ha echado un escupitajo en la palangana! —Rick estudió el plano del diario; después, miró a su alrededor, nervioso. Mujeres y hombres ataviados con ropas de vivos colores pasaban junto a ellos sin dignarse dirigirles ni una mirada. Un obelisco, erguido en el centro de la plaza, marcaba el cruce de cuatro caminos de tierra, en medio de los cuales corría una acequia de agua—. ¿Dónde estaremos ahora?

—¡*Har har!* —respondió Jason.

Rick intentó mantener una actitud decorosa y seria, pero le entró la risa. Luego, cuando se le pasaron del todo los nervios, empezó a caminar dando tumbos.

—¡*Har har!* ¡*Talos*, ven aquí! A lo mejor tenemos un encarguito para estos dos jóvenes.

—¡*Har!*

Los dos rompieron a reír. Rick guardó el diario y dijo:

—Si ese es el obelisco, el puerto debe de estar por allí.

Lo que habían pactado con el viejo de la tienda era muy simple: ellos se encargaban de hacer un par de entregas en la ciudad y él les revelaba la única pista que aún quedaba sobre la Cámara que no existe.

«Solo dos entregas: no tardaréis mucho tiempo y podréis quedaros con la propina. ¡*Har har!* Siempre y cuando seáis de verdad dos chicos de Punt.»

Los dos habían aceptado y ahora llevaban consigo dos bultos de piel que contenían sendos mapas. Tenían que entregar el primero al capitán de una nave fenicia, a punto de zarpar rumbo a Micenas. El segundo era para un *semu*, o sea, un médico, que estaba organizando una expedición en busca de nuevos ingredientes para sus recetas.

No fue difícil encontrar el puerto. Al este del obelisco, la ciudad de Punt descendía hacia una serie de muelles y puentes que surgían de las aguas rutilantes del Nilo. Mientras bajaban por entre casas de adobe y carretas tiradas por bueyes, el aire se hacía más fresco y respirable. Tras un día calurosísimo, el sol empezaba a ocultarse y de las aguas llegaba de vez en cuando un soplo de brisa fresca. Fue precisamente esta brisa la que hizo que a Jason le asaltara una duda.

—El aire está salado —dijo caminando al lado de Rick a saltitos—. Y no debería.

Rick no respondió. Estaba demasiado concentrado intentando no equivocarse de dirección.

—Es agua de mar... —observó al llegar a la playa.

Fue así como descubrieron que la Tierra de Punt no se encontraba junto al Nilo, sino a orillas del mar Rojo.

La nave fenicia donde tenían que efectuar la primera entrega tenía el casco alargado y una proa que a los chicos les recordó la esbelta silueta de la *Metis*. El capitán, un libanés de larga melena negra y rostro curtido, los recibió con una carcajada.

—¿A quién tenemos aquí? ¡Dos nuevos *uput* de la tienda! ¿Ha logrado el viejo restaurar mi mapa?

Rick le entregó el rollo de papiro.

—Tiene una bonita nave, señor —añadió, estudiando con ojo experto la arboladura y las chumaceras de los remos.

—¿Adónde se dirige? —le preguntó Jason.

—Al puerto de Micenas, costeano las tierras inferiores... —El hombre desenrolló el papiro a sus pies y comentó—: Bien... bien... un trabajo excelente.

Un puñado de *deben* levantó el vuelo de sus bolsillos para ir a parar a las manos de los muchachos.

Un instante después, las monedas se habían trocado en dos cucuruchos de pan ázimo rellenos de carne de cordero, especias picantes, verdura y pescado del mar Rojo. Jason y Rick se concedieron una pausa y se sentaron en el muelle, con los pies colgando. Mientras disfrutaban de su comida, observaban las piraguas, guiadas por medio de largas pértigas de madera, y la flota dorada del faraón, anclada en el centro exacto del puerto. Esa extraña mezcla era lo más sabroso que habían comido en su vida.

Poco después, con la boca reseca por la sed, volvieron al obelisco y se dirigieron hacia el barrio donde vivía el doctor.

Rick descubrió que en Punt era muy fácil orientarse: las colosales murallas de la Casa de la Vida se divisaban prácticamente desde cualquier cruce, así como el mar en el lado opuesto. Las calles eran perpendiculares entre sí y las más anchas subdividían los distintos barrios. Las casas más pequeñas pertenecían a los albañiles; las casas bajas de las afueras, a los campesinos, y los edificios más imponentes, de dos o incluso tres pisos, pertenecían a los funcionarios, a los sacerdotes y también, precisamente, a los médicos.

Mientras buscaban al destinatario del paquete, los chicos se encontraron con una pequeña muchedumbre apiñada alrededor de dos músicos que tocaban «La balada de los dos enamorados». Uno de los dos, con el rostro maquillado de blanco, punteaba un instrumento de cuerda y, de vez en cuando, entonaba un aire lastimero con su flauta de madera. El otro, vestido completamente de negro y con la cara embadurnada de tierra oscura, estaba concentradísimo tocando tambores y platillos de estaño o agitando un sistro, con una percusión tintineante.

Jason y Rick escucharon algunas estrofas de la balada y descubrieron que se trataba precisamente de la leyenda de los dos enamorados que vagaban perdidos en la Casa de la Vida.

—No he podido entender nunca por qué las canciones de amor son siempre tan dramáticas... —comentó Jason mientras se alejaban del grupo—. Si no se muere uno de los dos amantes, no las oye nadie.

Rick no hizo ningún comentario. Sabía lo mucho que había sufrido su madre cuando su padre había desaparecido en el mar. Y pensó en lo que habría dado por no escuchar esa hermosa canción de amor.

Reconocieron la casa del *semu* por la fila de gente que había en el patio exterior: niños, ancianos, mujeres y hombres esperaban pacientemente su turno de visita o un remedio.

Rick y Jason se identificaron como mensajeros y entraron los primeros en el estudio, sin tener que esperar.

Los acogió una habitación perfumada llena de pilas de agua vigiladas por dos muchachos con la cabeza rapada, con una infinidad de plantas y hierbas de todo tipo y una serie de frascos llenos de polvos machacados. Escrito en símbolos jeroglíficos se leía: alumbre, cobre, óxido de hierro, cal, carbonato y bicarbonato de sodio, azufre, arsénico, carbón. En otros recipientes había cerveza fermentada, miel, médula espinal y arcilla líquida.

El médico, un tipo rechoncho y rubicundo, estaba preparando una cataplasma para una señora que se había desollado una canilla. Al verles entrar, el doctor reconoció enseguida el papiro que llevaba Jason.

Se olvidó de la señora y de su herida y voceó:

—¡El mapa! ¡El mapa! ¡Ya creía que no llegaría nunca!

Se lo arrancó de las manos a Jason sin ni siquiera mirarlos a la cara y empezó a leerlo ávidamente en voz alta.

Jason se aclaró la garganta una y otra vez hasta que, por fin, logró interrumpir el soliloquio del doctor.

—Nos habían dicho que nos darían una propina...

—¿Propina? —gargajeó el doctor, mientras su rostro se sonrojaba aún más—. ¿Propina por un mapa incompleto... y entregado con retraso? ¡Podéis dar gracias si no os mando azotar! ¡Fuera de aquí!

Los dos salieron y Jason se encargó de comunicar a todos los pacientes que esperaban en fila que se dieran prisa en entrar porque el doctor ese día los iba a atender a todos gratis.



—¿No tenemos más remedio que subir...? —preguntó Oblivia Newton, intentando no estremecerse.

El hombre subterráneo los había conducido a una especie de brecha en el terreno, un enorme pozo vertical que bajaba y bajaba y del que no se veía el fondo. A sus lados se abrían centenares de pasadizos unidos entre sí por pasarelas de madera o de cuerda, poleas y rampas torcidas, suspendidas mediante una maraña de cuerdas atadas entre sí.

Oblivia y sus guías estaban delante de una especie de vagonetas bajas de madera que consistían en una tabla apenas más grande que la tapa de una alcantarilla atada a cuatro cuerdas.

—Sssííí tenemos que usarla —dijo el hombre subterráneo, invitando a la mujer a subir a la rudimentaria vagoneta. Las cuerdas a las que estaba atada atravesaban el pozo de lado a lado y llegaban, en la parte opuesta, hasta un túnel que prometía ser aún más oscuro que el que los había conducido hasta allí—. Lo que buscas está allí, al otro lado. Pero para usar transporte hace falta pagar transporte.

Oblivia miró al joven egipcio, que la obsequió con una sonrisa desabrida:

—Dejo que vayas tú sola. Así ahorras.

—Simpático. Muy simpático... —lo recriminó ella, buscando unos *deben*. Le bastó sacarlos del bolsillo para que el hombre subterráneo se apoderase de ellos con la misma viscosa rapidez con la que una salamandra caza un mosquito.

—Sssííí... Ahora puedes sssubir al transporte.

Oblivia apoyó la punta del pie sobre la plataforma de madera, que crujió inclinándose peligrosamente, como si estuviera a punto de precipitarse en las profundidades.

—¡Ay! ¿Aguantará esto?

—Aguantará, aguantará. Sujétate fuerte a las cuerdas —susurró el hombre subterráneo.

Oblivia tiró de una cuerda con cautela para ver si resistía.

—Y ahora, vamos —anunció el hombre subterráneo, empujando a la mujer a la vagoneta.

Después, sin dejarle tiempo para gritar, se colocó a su lado en la plataforma de madera y desenganchó el engranaje de freno, que cayó hacia abajo. La vagoneta rechinó y se inclinó, deslizándose con fatiga a lo largo de la cuerda principal, que, increíblemente, resistió. Oblivia se encontró en un túnel al otro lado del pozo, casi completamente a oscuras.

Poco a poco, sus ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad. El túnel estaba lleno de vasijas de barro.

El hombre subterráneo olisqueó el aire y se adentró entre dos hileras de vasijas gigantescas.

—Sssiii quieres venir... —dijo—, pero cuidado con dónde pones los pies.

Antes de seguirlo, Oblivia se dio media vuelta. Su joven guía la saludó desde el otro lado del pozo, burlón. Decidida a no mostrarse aterrorizada, la mujer se adentró en la oscuridad con paso decidido en pos del hombre subterráneo.

Pero cuando puso el pie en el suelo, pisó algo escurridizo, que se escapó dando un chillido agudo.

Oblivia Newton intentó tomar aliento para gritar, pero no logró emitir sonido alguno. Permaneció inmóvil, sobre un solo pie, como una grulla.

—No tengas miedo —siseó el hombre subterráneo, unos metros por delante de ella, en la oscuridad—. Ratonés aquí muy pequeños... y essscapan sssi caminas lentamente. Pero arañas no essscapan tanto. Arañas las aplasstasss.

—Ejem... —carraspeó Oblivia. Oía en torno a ella el frenético escarbar de millares de patitas.

—Pobres animalitos: aquí encerradosss, buscan sssiempre algo que comer... —continuó el hombre subterráneo—. Pero no son peligrosssoss.

—Yo... ejem... ¡quiero salir ahora mismo de este agujero! —dijo Oblivia Newton.

El hombre subterráneo destapó una de las vasijas y exclamó:

—¡Aquí está! ¡A lo mejor he encontrado algo!

Pero Oblivia había caído al suelo, desmayada, sin sentido.

Cuando volvió a abrir los ojos, lo primero que hizo fue ponerse en pie de un salto y comprobar que no se le hubiera quedado pegado ningún ratón en la falda. Luego miró a su alrededor y vio que la habían llevado al primer túnel, el que estaba iluminado con antorchas de aceite de ricino.

El joven egipcio estaba delante de ella. El hombre subterráneo estaba contando unas monedas.

—¿Estás bien?

Oblivia intentó contenerse.

—No, no estoy bien. ¡Odio los ratones!

—Pobres animalitos... —susurró el hombre subterráneo, poniéndose a su lado—. Pequeñitos ellos.

Oblivia Newton movió la cabeza para intentar alejar el horrible recuerdo de lo que le acababa de pasar...

Rebuscó en los bolsillos y vio que casi no tenía monedas.

—Sssííí... —siseó el hombre subterráneo, adelantándose a su pregunta—. Has pagado también transporte de vuelta... Pero viaje sido útil, ¿no? —Le tendió un envoltorio oscuro en el que había una serie de jeroglíficos trazados en rojo.

—«Procedencia: Kilmore Cove» —leyó Oblivia.

Miró al hombre subterráneo con los ojos en blanco. El hombre se rascó la cabeza en forma de pera.

—Sssabía que había algo en los Archivos Sepultados.

Oblivia abrió el envoltorio con dedos ansiosos, levantando una nube de polvo. Contenía un objeto pequeño y sutil de papel. Una tarjeta de visita.



—¿Es lo que estabas buscando? —le preguntó el joven.

Oblivia le dio la vuelta a la tarjeta medio quemada.

—¡NO! —bramó—. ¡No tiene nada que ver con lo que ando buscando! ¿Para qué he venido hasta aquí? ¿Para encontrar esta mísera tarjeta de visita? ¡La dirección de Gwendaline la sabía ya, no me hacía falta venir hasta Egipto!

El hombre subterráneo agachó la cabeza, entristecido.

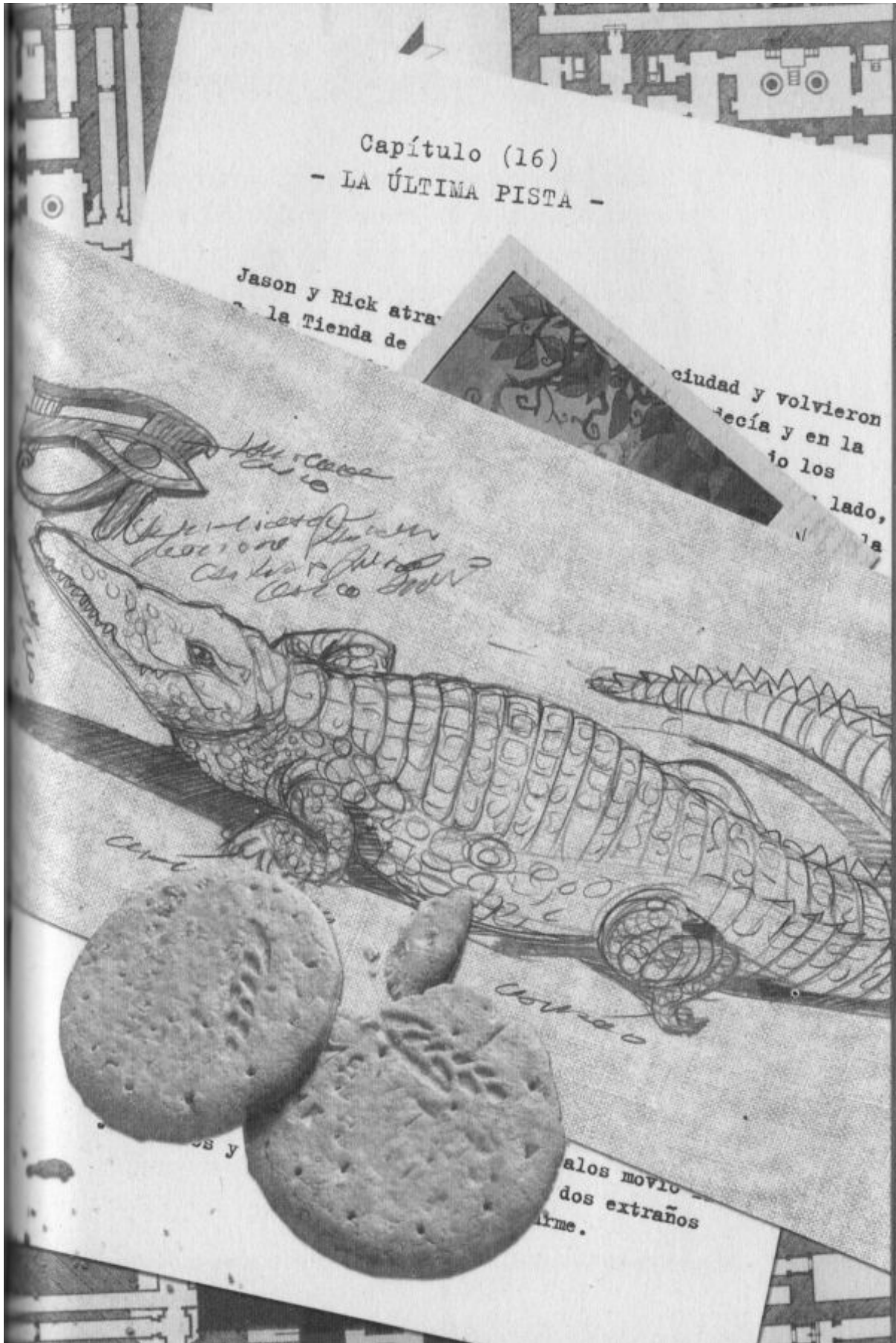
—Pues eso es todo lo que hay en los archivos...

¿Eso era todo? ¿La tarjeta de visita de una peluquera? Oblivia apretó los puños, ciega de rabia: ¿cómo se le había ocurrido que podía encontrar ahí abajo el mapa de Kilmore Cove? ¡Había sido una ingenua! La tarjeta era solo una prueba más de que el matrimonio Moore había estado a menudo en la

Casa de la Vida y en sus pasadizos más tenebrosos. ¡Era solo una tomadura de pelo del destino!

Oblivia se volvió hacia su acompañante.

—¡Salgamos de aquí! ¡Enseguida! —gritó—. ¡Quiero ir a hablar con tu jefe ahora mismo!



Jason y Rick atravesaron de nuevo la ciudad y volvieron a la Tienda de los Mapas Olvidados. Atardecía y en la tienda reinaba una oscuridad aún mayor.

El viejo los esperaba, como siempre, acomodado en su trono. A su lado, inmóvil, estaba *Talos*. En el aire flotaba una rara mezcla de olores: olor a podrido y a incienso y un perfume intenso, dulzón, que Rick no lograba identificar.

Jason contó cómo habían efectuado las entregas e invitó al viejo a cumplir su parte del pacto. Él respiró profundamente, agitándose en el trono. Se le veía molesto por la rapidez con la que los chicos habían llevado a cabo el encargo.

—*¡Har!* Lengua Afilada ha hablado. Y Lengua Afilada tiene razón. Ahora me toca a mí. ¿Qué queréis saber?

—Solo lo que nos has prometido. La pista sobre la Cámara que no existe.

El viejo se aclaró la garganta y escupió ruidosamente en la palangana.

—*¡Har!* ¿Estáis seguros de que vuestro mapa está allí dentro?

—Sí, estamos seguros.

—¿Y no se os ha ocurrido pensar que a lo mejor os he contado una mentira, solo porque quería que entregarais los mapas? ¿No se os ha ocurrido que este despreciable viejo... *¡har!* a lo mejor os ha engañado? Sabéis a qué tipo de negocios me dedico.

—Pues sí, se nos ha ocurrido —respondió Jason—. Pero se nos ha ocurrido también pensar que a ti esa pista ya no te sirve para nada, porque eres demasiado viejo para buscar las habitaciones tú solo y demasiado indolente para confiar el secreto a alguien que trabaje para ti.

—*¡Har!* Bien dicho, Lengua Afilada... —*Talos* movió la cola como diciendo «aquí estoy»—. Sois dos extraños jovencitos y no os equivocáis al juzgarme. Estoy demasiado cansado. Y además he guardado este secreto durante tanto tiempo... que ya da igual. ¿Conocéis «La balada de los dos enamorados»?

Jason y Rick asintieron. Acababan de oírla, de pasada, mientras estaban fuera, antes de llegar a la casa del médico.

—Normal... —prosiguió el viejo—. La conocen todos aquí en Punt. Anda de boca en boca. Pues bien, yo creía que el enigma se encontraba en la última estrofa de la balada. *¡Har!* Pero tened cuidado... —El viejo no consiguió acabar la frase.

Los chicos saludaron rápidamente, abrieron la cortina y desaparecieron en el bazar.

—Tened cuidado... porque, pensando que esa estrofa fuera la clave, yo provoqué el incendio de la Colección... —murmuró el viejo dueño de la tienda, con un deje de tristeza en la voz.

La cortina de la entrada acababa de cerrarse cuando, en la parte opuesta de la habitación, se abrió la de la trastienda y salieron dos personas.

—¡Cofff! ¡Cofff! ¡Cofff! —tosió Oblivia—. ¡Hay un olor insoportable ahí dentro!

En el rostro del viejo se dibujó de nuevo su habitual expresión de despiadado cinismo.

—¿Has oído eso, *Talos*? —murmuró, mientras acariciaba al cocodrilo entre los ojos—. A la señora no le gusta nada tu cubil...

Oblivia Newton se acercó a la puerta, corrió con cautela la cortina y respiró a pleno pulmón.

—¡Aire! —exclamó, limpiándose repetidamente la boca con el dorso de la mano.

En cuanto volvió a poner los ojos en el viejo, *Talos* empezó a dar muestras de nerviosismo.

—¡*Har!* Te aconsejo que no des ni un paso más —le advirtió el dueño de la tienda—. ¿Has visto a los chicos?

Oblivia asintió.

—¿Y?

—Eran ellos. Pero tendrían que haber sido tres... Falta la chica. La gemela del más pequeño.

—La gemela de Lengua Afilada... ¡*har!* —farfulló el dueño de la Tienda de los Mapas Olvidados.

—¡Pero qué Lengua Afilada ni qué historias! Se llama Jason. Jason Covenant. Y el otro... el otro es Rick Banner, un mocoso del pueblo, hijo de pescadores.

—¡Cuidado con lo que dices, sacerdotisa! —la reconvino el viejo—. También *Talos* y yo somos hijos de pescadores, ¿verdad?

Talos enseñó los dientes y tamborileó con su gruesa cola en el suelo.

—Han sido ellos los que me han robado el mapa delante de mis propias narices —se lamentó Oblivia.

—¿Seguro? No creo... —intervino el joven que la acompañaba—. Por lo que hemos oído, parece que lo están buscando todavía.

—¡Nadie te ha pedido tu opinión!

—¡*Har har!* —comentó el viejo, disfrutando del espectáculo desde su trono de viejos cojines—. Una sacerdotisa histérica y un hombre que juega a

hacerse el duro... Este podría quedar en el recuerdo como uno de los mejores días del año, *Talos*...

Dejó que los dos se pelearan un poco; luego, los interrumpió dando unas palmadas.

—Si queréis correr tras los chicos, os hace falta un poco de organización. Además de un par de zapatos de señora, claro... Lengua Afilada y Corazón Impertérrito están convencidos de que el mapa se encuentra dentro de la Cámara que no existe. Y acaban de salir en su busca.

Oblivia lo miró con repugnancia.

—¿Quieres decir que les has dado una buena pista?

El viejo pegó un respingo en el trono.

—¡*Har har!* ¡Por los dioses del Alto y del Bajo Egipto! ¡Estos extranjeros no entienden un jeroglífico! ¿Cómo tengo que decirlo? ¡No existe una buena pista! Porque la Cámara que no existe... ¡no existe!

Capítulo (17)

- «LA BALADA DE LOS DOS ENAMORADOS» -

Podría ser la letra
de «La balada de los dos
enamorados!»

Handwritten text in Arabic script on a piece of paper, possibly a manuscript or a letter. The text is arranged in several lines, with some words appearing to be in a different script or dialect. The paper is crumpled and has a pen resting on it.

Maruk exclamó:
—¡Pues claro que estoy segura! Es solo una canción. Nada más.

Estaban otra vez juntos, sentados en torno a una fuente desde la que podían controlar la salida de los almacenes de la Casa de los Huéspedes, por si aparecía Julia, y la Casa de la Vida por si aparecía el padre de Maruk.

Mientras Rick y Jason efectuaban las entregas, Maruk había bajado a los almacenes, donde se había asegurado de que nadie hubiera movido el armazón con el que habían tapado la brecha del muro. Ahora estaba con ellos, negando toda posibilidad de que la pista proporcionada por el viejo pudiera servir para algo.

—Pero tú misma nos has contado que nadie ha explorado nunca la Colección entera. Hay miles y miles de pasadizos, ¿por qué no podría haber también una Cámara que no existe?

—Para ser más exactos —puntualizó Rick, que había garabateado una serie de operaciones en el cuaderno—, tan solo dentro de las murallas debería haber diez mil seiscientos cuarenta y ocho pasadizos. O sea, veintidós secciones por veintidós cámaras por veintidós pasadizos, lo cual nos llevaría a tener que explorar...

—Sin contar los pasadizos secretos —prosiguió Jason, haciéndole caso omiso—. El viejo sostiene que conoce centenares, mejor dicho, millares. Estas murallas deben de haber sido construidas en períodos diversos y cada encargado del proyecto podría haber escondido dentro un pequeño secreto, un nicho, una escalera de más...

—Es posible... —asintió Maruk.

—¡Quinientos cincuenta y tres mil seiscientos noventa y seis nichos! Aun suponiendo que empleáramos un solo minuto en explorar cada nicho... —prosiguió Rick, impertérrito.

—¿Y entonces? ¿Por qué no te lo crees?

Maruk sonrió, sin dejar de toquetearse la trenza.

—Bastaría hablar con mi padre para tener la certeza de que no existe la Cámara que no existe. Y, en cualquier caso, no puedo creer que el único modo de encontrarla sea leer una estrofa de «La balada de los dos enamorados». El viejo ese es un ladrón. Uno de los peores. Si uno de los funcionarios de la Colección oye tan solo pronunciar su nombre, se hará el signo de Horus contra el mal de ojo. ¡Tú no sabes nada de él! Es el Indicador Oscuro, el que ha prendido fuego a una sección entera de documentos. Es un monstruo que solo gracias a su red de contactos y a los secretos que conoce ha

conseguido escapar a la muerte y abrir esa tienda. Y además, perdona, ¿cómo es posible? ¡Es solo una canción! Una canción que todos conocen.

—A veces el mejor modo de esconder algo es ponerlo a la vista de todos.

—Para buscar la Cámara que no existe de manera científica, necesitaríamos setecientos sesenta y ocho días solo para explorar las murallas —exclamó Rick, posando finalmente el bolígrafo. Luego, al ver la expresión perpleja de los otros dos, añadió—: ¿Qué estabais diciendo?

—«La balada de los dos enamorados» —explicó Maruk— habla de dos personas que, un día, deciden ir a buscar en la Casa el significado de la vida. Cuando empiezan a buscar, sin embargo, el hombre toma un pasadizo y la mujer otro. Desde entonces, los dos vagan por ellos sin lograr encontrarse.

—O sea, que no es posible llegar a encontrar el significado de la vida —concluyó Jason.

—O quizá no es posible encontrarlo si uno lo busca solo —puntualizó Rick—. De todas formas, ¿cómo acaba la balada?

—Tanto el hombre como la mujer se convencen de que, antes o después, encontrarán un lugar en el que reunirse y poner fin a su búsqueda eterna: la Cámara que no existe.

Jason miró a Rick.

—Precisamente.

—Pero la balada acaba sin que los dos enamorados la hayan encontrado.

—Porque es una canción de amor —dijo tajante Jason—. En realidad, estoy seguro de que la cámara existe y de que dentro de ella alguien ha escondido el mapa que nosotros y Oblivia estamos buscando.

—No estaría mal —dijo Maruk—, pero creo que os equivocáis.

Maruk fue a ver al maestro de música y le pidió la transcripción exacta de la letra de la balada. Jason y Rick entretuvieron la espera paseando nerviosamente de un lado al otro del jardín.

La hija del Gran Maestro Escriba no se hizo esperar.

Cuando volvió, se puso en cuclillas junto a ellos y desenrolló un largo texto.

—Según el maestro de música, esta es la versión más antigua y fidedigna de «La balada de los dos enamorados».

Tres pares de ojos se abalanzaron a leer la última estrofa, que decía así:

*Nuestra cámara tiene llave sonora
y se ve su umbral de luz aparente.
La encontraremos al encajar la hora
de quien ama y sigue, eternamente.*



—¿Qué está haciendo? —preguntó Nestor a Julia, fiándose de sus ojos más jóvenes.

Los dos habían subido al diminuto baño del segundo piso, junto al dormitorio de los invitados, donde estaba la única ventana que dejaba ver la caseta de las herramientas.

—No ha conseguido entrar —respondió Julia—. Creo que ha renunciado. Se tambalea. Está empapado.

Manfred alzó el puño hacia las ventanas atrancadas de Villa Argo y gritó: —¡Dentro de poco entro! ¡Dentro de poco entro! —Hasta que desapareció.

Julia y Nestor pasaron a otra habitación para seguirlo con la vista desde lo alto.

—No lo veo... —musitó la chica.

En ese momento oyeron dos golpes en la puerta de la cocina.

—Por lo menos lo oímos... —dijo Nestor consiguiendo esbozar una sonrisa. Miró a Julia durante unos instantes, y después sonrió satisfecho—. Eres valiente, ¿sabes?

—Sí —contestó ella mientras volvía a escrutar el jardín bajo la lluvia.

Manfred pasó revista a todas las puertas de la planta baja; después, se refugió en el coche.

Desde el segundo piso, Julia y Nestor vieron cómo se encendía la luz del habitáculo.

—A lo mejor desiste y se va —murmuró la chica.

Manfred encendió la radio y subió el volumen al máximo. Se oía música rock.

—A lo mejor se va... —repitió Julia, con voz esperanzada.

La luz del habitáculo del coche se encendió y se apagó rápidamente.

—Ha salido por el otro lado —replicó Nestor en voz baja—. Pero quiere hacernos creer que sigue dentro del coche. ¿Por qué? ¿Qué estará tramando?

Al otro lado del jardín, pasado el automóvil, estaba la casa del jardinero.

Cuando Julia se volvió, vio que Nestor se había alejado de la ventana a gran velocidad.

—Nestor, ¿qué haces? —gritó. Él no respondió.

Julia lo siguió escaleras abajo, atravesó la salita del teléfono, el salón y la cocina, y se quedó parada junto a él delante de la puerta de entrada.

—¡No salgas! ¡No te vayas! —le suplicó Julia—. ¡No me dejes aquí!

Nestor hizo un gesto brusco y le ordenó:

—Pase lo que pase, veas lo que veas... ¡NO SALGAS! No puede entrar aquí, ¿entiendes? Pero puede entrar allí... y no debe. Julia, eres valiente. Sé que puedo fiarme de ti. Rick y tu hermano necesitan que te quedes en casa. Y que le impidas a ese canalla llegar... a la Puerta del Tiempo.

—¡No me dejes aquí sola!

La mirada de Nestor se demoró en los muebles de la cocina. En el fregadero estaba todavía la pila de platos sucios de la cena de los chicos.

El jardinero se dio media vuelta de golpe.

—No estás sola.

Después abrió la puerta de la cocina de par en par y desapareció bajo el temporal.

Julia cerró rápidamente con llave y corrió arriba para asomarse a la ventana.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Jason! ¡Rick! —iba diciendo como en una especie de plegaria mientras subía los peldaños de la escalera de los retratos.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Jason! ¡Rick! —repitió a lo largo de todo el oscuro pasillo.

Se paró en el umbral del salón.

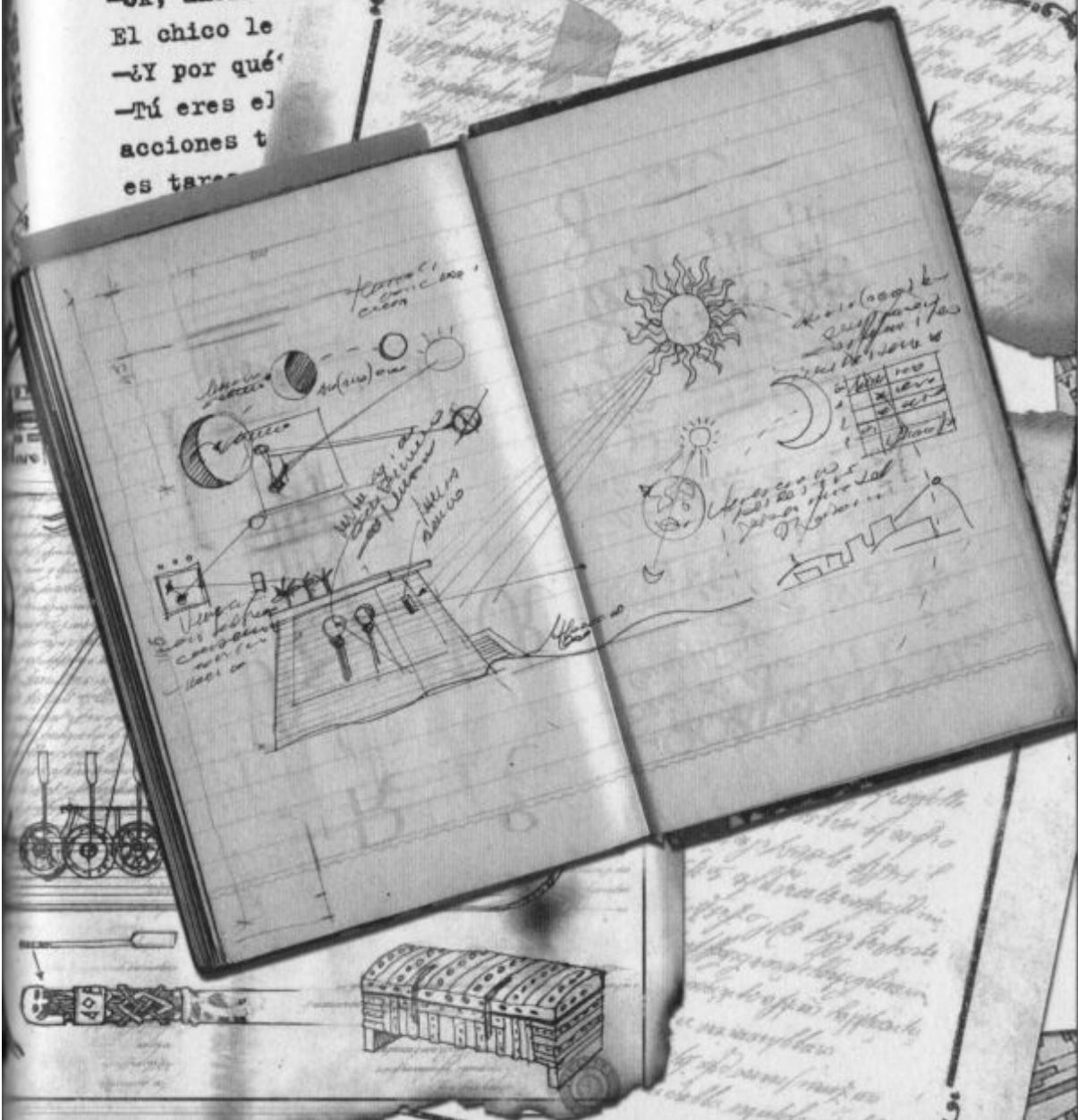
La luz del faro iluminaba el jardín.

Y había alguien que corría ahí fuera.

Capítulo (18)
- LENGUA AFILADA Y CORAZÓN IMPERTÉRRITO -

Mientras volví
los enamorador
-Ok, ahora te
El chico le
-¿Y por qué?
-Tú eres el
acciones t
es taro

halada de



Mientras volvía a leer la última estrofa de «La balada de los enamorados», Jason murmuró:

—Ok, ahora te toca a ti, Rick.

El chico lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Y por qué?

—Tú eres el listo. Yo soy el de las intuiciones, las acciones temerarias y los golpes de suerte. Pero razonar es tarea tuya. —Después añadió dirigiéndose a Maruk—: Bastará un segundo, ya verás.

—Jason, ¡basta! —replicó Rick, seco—. Al menos podríais intentar echarme una mano vosotros también.

—¿A ti esta estrofa no te dice nada? —preguntó Jason a Maruk—. ¿No se refiere a nada que conozcas, a la Casa de la Vida o... no sé... a alguna otra leyenda de Punt? Piénsalo bien...

Maruk leyó la estrofa un par de veces, pero al final negó con la cabeza.

—Nada que pueda recordar ahora mismo.

—Y, sin embargo, la estrofa explica cómo llegar hasta esa habitación.

—Si así fuera... —murmuró Rick— debería decirnos dónde se encuentra y cómo se llega hasta allí desde otro lugar.

—Exactamente.

—Y quizá también cuándo se puede llegar... —observó Maruk—. ¿Veis? Está escrito: «al encajar la hora».

—Al encajar la hora —repitió Jason—. ¿Qué es lo que encaja?

—La llave en la cerradura —dijo Rick—. Las piezas de un rompecabezas. Los dedos de una mano en los de otra.

—Los dientes de arriba y los de abajo... Mmm... ¡al menos en la mayor parte de los casos! —rió Maruk, burlona.

—Una cosa que encaja... —empezó a decir Jason.

—No, no, no. Error —interrumpió enseguida Rick—. Para encajar hacen falta por lo menos dos cosas. Dos cosas encajan cuando están unidas ajustadamente una a la otra. Una hora por sí sola no puede encajar si no encaja en algo...

—Es verdad. Y, de hecho, nuestros enamorados son dos. Y se encontrarán «al encajar la hora». A la hora perfecta —concluyó.

—¡Genial! —exclamó Maruk, si bien inmediatamente después se dio cuenta de que todo el razonamiento no había servido para mucho.

Los tres volvieron a leer y releer la estrofa. Rick se tomó incluso la molestia de estudiar toda la balada, sin lograr encontrar en ella, por otro lado, nada interesante.

—La habitación no tiene puerta o la puerta está abierta —dijo Jason después de un rato—. Dice que se ve un umbral de luz... y el umbral es la parte inferior de la puerta o entrada. Cuando atraviesas el umbral, estás dentro de la habitación. Así que, si se ve el umbral, o no hay puerta o la puerta está abierta. Solo tenemos que encontrar la habitación... en la hora perfecta.

—¿Podría tratarse de un rayo de sol? Quizá la habitación esté en penumbra y la luz llegue hasta el umbral.

—O al contrario. La canción dice «aparente». Y «aparente» es algo que parece que es, pero que en realidad no es.

—Como un espejismo.

—Como un espejismo. O como un fantasma.

—«Aparente» es también algo que aparece y se muestra, algo que antes no estaba.

Se quedaron todos callados, meditabundos.

Después Maruk preguntó:

—Pero si no hay puerta o la puerta está abierta, ¿para qué sirve la llave?

—No hay puerta, pero hay llave... que además es sonora...

—Una llave sonora. O sea un ruido.

—O una música. O un sonido.

—¡A lo mejor no es una «llave» sino una «clave»! Podría ser una clave musical, una clave de sol —aventuró Jason.

—Sí, si no fuera porque las notas musicales, el pentagrama y la clave de sol se inventaron algunos siglos más tarde... No, la llave o la clave sonora tiene que ser una llave de verdad.

—Se diría que nuestro destino es ir en busca de llaves y puertas... —sonrió Jason, dirigiéndose al amigo.

Después de otros muchos intentos, Maruk se levantó y se estiró para desentumecerse.

—Chicos, ¡estoy cansada de pensar! ¿Por qué no hacemos un descansito? Además está a punto de anochecer y dentro de poco empezará a hacer frío.

—¿Qué has dicho? —preguntó Jason, de repente.

—Que dentro de poco empezará a hacer frío —intervino Rick—. En el desierto hay una gran diferencia de temperatura entre el día y la noche.

—¡Ya lo tengo! ¡Eso es lo que significa «al encajar la hora»! —exclamó Jason—. ¿Cómo no he caído antes?

Rick y Maruk intercambiaron una mirada perpleja.

—¿Serías tan amable de explicarnos lo que has descubierto también a nosotros?

—¡Era tan evidente! Hemos pensado que los dos enamorados de la canción eran un hombre y una mujer. Pero saquemos las frases del contexto. No pensemos en dos enamorados de carne y hueso, sino en... algo distinto. Por ejemplo, el Sol y la Luna. O la Tierra y el Sol.

Al oírlo, Rick se quedó como deslumbrado.

—Los dos eternos amantes, que no se pueden encontrar jamás. «Quien ama y sigue, eternamente.»

—No son el Sol y la Luna porque serían Amón-Ra y el dios Thot. Y tampoco la Tierra y el Sol porque la Tierra es el dios Geb... —murmuró Maruk—. Pero hay dos enamorados que podrían ser Geb, la Tierra, y Nut, el Cielo.

—Si fuera así, entonces... —murmuró Jason— ¿a qué hora encajarían? ¿Cuál sería la hora en la que podríamos encontrar la Cámara que no existe?

—¡El alba! —exclamó Maruk.

—O el atardecer —precisó Rick—. La estrofa no lo aclara. Pero nos lo ha dicho el viejo de la Tienda de los Mapas Olvidados. Jason, ¿te acuerdas de lo que nos ha contado? Nos ha dicho que se había quedado a dormir en la Casa y que había corrido los espejos...

—¡Al alba! —murmuró Jason.

—Pensaba que al alba podría ver el umbral de luz, pero se equivocaba. La luz del sol prendió fuego a los papiros y causó el incendio de la Colección. Así que no era al alba cuando encajaba la hora. Era al atardecer. O sea... ¡dentro de poco!

—Dentro de poco... ¿dónde? —preguntó Maruk.

Había solo un sitio donde podían buscar la Cámara que no existe: el mismo en el que la buscó, sin éxito, el viejo de la tienda... ¡Los Pasadizos Abandonados!

Jason y Rick dieron media vuelta de golpe. Miraron a Maruk. Solo ella podía conducirlos hasta allí.

Capítulo (19)
- LOS PASADIZOS ABANDONADOS -

Esta estatua representa a Isis. Lo raro es que esta estatua tampoco existe ya, así que Ulysses debió de hacer esta foto en el pasado, cuando la estatua no había desaparecido todavía.
¿?



La puerta de los Pasadizos Abandonados se abrió chirriando y dio paso a una gran sala vacía. La atmósfera era punzante y negra.

—Nadie había puesto los pies aquí desde hace años —dijo Maruk, deteniéndose en el umbral de entrada—. Prácticamente desde que estalló el incendio...

Se cernía sobre ellos un silencio amenazador. Los chicos avanzaron inseguros algunos pasos. Sentían en torno a ellos una presencia opresiva, cargada de dolor, de cenizas, de la suerte funesta de las cosas muertas y olvidadas. Los muros y el techo estaban estriados de negro, como largas y gigantescas manos tortuosas. Las estatuas de los dioses, que antaño adornaban la sala, se habían transformado en amenazadoras sombras retorcidas y sus caras de animales, antes orgullosas y altivas, aparecían tristes y desoladas. Ni siquiera el ventanal que se asomaba al patio interior de la Casa de la Vida parecía aligerar la pesada atmósfera. Era como si el aire hubiera permanecido prisionero, sin poder salir al exterior.

Rick abrió el *Diccionario de las lenguas olvidadas*, mientras Jason encendía una lamparilla de aceite para alumbrar el pasadizo más cercano. La procesión de nichos negros a ambos lados era un espectáculo aterrador.

—Tengo la sensación de estar en una especie de cementerio subterráneo, en unas catacumbas... —dijo intentando no pensar en años de lecturas de cómics en los que, de esas oscuras cavidades, surgían irremediabilmente las manos retorcidas de un esqueleto.

Maruk estaba aún parada en el umbral, sin decidirse a entrar.

Había crecido con la convicción de que los Pasadizos Abandonados era un lugar prohibido, en el que solo había cenizas, oscuridad y destrucción.

—¿Vienes con nosotros? —le preguntó Jason, cuando se dio cuenta de su turbación.

—No sé si podré —respondió ella—. Hoy he desobedecido prácticamente todas las normas de la Casa de la Vida y de mi padre.

—Pues por una vez más no te vas a morir... —la animó él, tendiéndole la mano.

Maruk cerró los ojos y atravesó el umbral. Cuando los abrió de nuevo, Jason estaba todavía delante de ella, con el brazo extendido. Su rostro estaba iluminado por la llama trémula de la lamparilla de aceite, mientras que el de Rick, que se encontraba a su izquierda, se recortaba contra la luz ya mortecina

del atardecer, que estaba transformando el cielo en un enorme estandarte naranja. El suelo era duro y estaba frío.

—Se está poniendo el sol —dijo—. ¿Adónde vamos?

—No lo sé —le respondió Jason—. Pero dentro de poco lo descubriremos, ¿verdad, Rick?

Su mano estrechó la de Maruk, transmitiéndole una oleada de energía positiva que contrastaba con la opresiva desolación de los Pasadizos Abandonados.

Rick se acercó a una de las estatuas que montaban la guardia, apartó las telarañas y el hollín que la recubrían y pronto descubrió que representaba al arcano mayor número uno: el Mago.

—¿Alguna idea? —le alentó Jason.

—A lo mejor —respondió su amigo, con su habitual sentido práctico—. Si nuestra intuición sobre el encaje de la hora es correcta, hay por lo menos tres cámaras en las que podemos empezar a buscar: la de la Luna, arcano mayor número dieciocho, la de la Estrella, arcano diecisiete, y la del Sol, arcano diecinueve.

—«Quien ama y sigue, eternamente...» —musitó Jason.

—Pero si nos queremos jugar el todo por el todo, podríamos ir hacia el otro lado. Allí tendríamos la número seis... o sea, la Cámara de los Enamorados —concluyó Rick.

Jason apretó de manera casi imperceptible la mano de Maruk, quien comprendió entonces que la Cámara de los Enamorados sería su meta.

Los tres se pusieron en marcha uno al lado de otro, mientras la luz del atardecer alargaba sus sombras en el suelo.

Jason miraba fijamente ante sí, manteniendo la lamparilla de aceite alzada. Las cenizas que cubrían los espejos no permitían alumbrar bien los pasadizos. Los nichos parecían bocas negras abiertas de par en par.

Maruk mantenía la mirada fija en el suelo oscuro y en la punta de sus sandalias, que retumbaban a cada paso.

En cada encrucijada Rick consultaba en el diccionario la progresión de los arcanos mayores para decidir qué dirección tomar.

Se adentraron en aquel laberinto de aire suspendido sin pronunciar palabra, con la cabeza llena de ideas tenebrosas.

Muy pronto la oscuridad absoluta que recubría el techo y los muros se tragó sus sombras. Por el suelo, a cada paso, pisaban pequeños montoncitos

de ceniza, trozos de madera carbonizada o fragmentos de papiro. Sus ojos, irritados, empezaron a lagrimear.

—No toquéis nada y no os restreguéis los ojos... —dijo Rick, acordándose de los consejos de su padre. Después hizo un esfuerzo para ser optimista—. Ya deberíamos estar muy cerca.

Del techo del corredor colgaban telarañas de hollín negro. Algo obstruía el paso.

Jason alzó la lamparilla de aceite.

Maruk gritó, apretándole con fuerza la mano.

Delante de ellos había dos esqueletos abrazados.

Jason se dio cuenta de que no estaba demasiado asustado. Después de todo, había pensado en los esqueletos desde el primer paso que había dado en los Pasadizos Abandonados.

Soltó la mano de Maruk y acercó a los esqueletos la mecha de la lamparilla, embebida en aceite de ricino.

Los dos tenían aún puestas parte de sus vestiduras: el más robusto, el hombre, estaba sentado con la espalda apoyada en el muro y sostenía entre sus brazos el esqueleto más pequeño, el de la mujer, como protegiéndola. Por macabra que pudiera parecer, la escena tenía algo de sorprendentemente dulce. Jason los imaginó aún vivos, acorralados por el humo y las llamas, sentándose allí para esperar el fin estrechados el uno al otro.

—Sus almas son infelices —musitó Maruk desde detrás de ellos—, porque no estaban preparados para emprender el viaje al más allá. Nadie ha colocado en su corazón el escarabajo que los acompañará ante Thot, ni la balanza de Maat para que se puedan pesar sus actos.

Jason la miró sin comprender realmente lo que decía.

Maruk se había puesto de rodillas y había sacado de entre sus ropas el colgante que llevaba al cuello.

Empezó a rezar, acariciando y apretando las piedras y metales de su collar como si fuera una especie de rosario.

Jason y Rick esperaron, en respetuoso silencio, a que Maruk acabara su plegaria. Después sacaron de sus bolsillos los dos escarabajos salvoconducto que les habían entregado para entrar en la Casa de la Vida y los colocaron sobre los dos esqueletos.

—Que descansen en paz... —murmuró Rick, siguiendo su camino.

Caminaron y caminaron sin descanso, hasta que el pasadizo desembocó en una gran sala cuadrada. Dentro había dos enormes estatuas, tres veces más altas que ellos, con las cabezas cubiertas por unas telas negras de hollín que colgaban del techo.

—Y esta... —murmuró Rick, levantando la vista para buscar una referencia al arcano mayor de los Enamorados.

Maruk dejó escapar un grito de alivio: en la sala había un gran ventanal que daba al patio de la Casa de la Vida.

La chica corrió hacia el cielo naranja y rojo y el disco solar, aún en equilibrio en el horizonte. Apoyó las manos en el alféizar de la ventana y respiró el aire fresco que venía de fuera.

—Me siento revivir... —dijo sin volverse a mirar a sus amigos.

Si lo hubiera hecho, habría notado que sus trajes y sus caras estaban completamente negros, como si hubiera caído sobre ellos una lluvia de cenizas.

Miraran donde miraran solo había escombros y telarañas que, como velos de tul, colgaban balanceándose de las dos grandes estatuas.

—¿Es posible que el incendio empezara aquí? —preguntó Jason, pisando trozos de carbón que se pulverizaban bajo sus pies.

—No tengo mucha idea de cómo se propaga un incendio —respondió Rick—, pero de lo que no hay duda es de que fue violento.

—Es solo para saber si esta podría ser la habitación en la que se originó el incendio.

Rick se encogió de hombros.

—¿Y cómo podemos saberlo?

Miraron el disco solar que, lenta pero inexorablemente, se iba acercando a la línea del horizonte.

—De todas formas, será difícil que tengamos una segunda oportunidad.

Rick apretó los labios.

—Una segunda oportunidad, ¿para hacer qué, según tú?

—Para hacer lo que hizo él.

Rick intentó recordar las palabras del viejo.

—Nos dijo que había corrido algunos espejos... y que la luz del sol había incendiado los papiros. Si la cámara es esta, tiene que haber espejos.

Rick se acercó a la ventana para mirar afuera.

No reconoció la parte del jardín a la que se asomaba, pero observó el horizonte con atención:

—Si los espejos capturan la luz del sol, tienen que estar enfrente de la ventana... El sol se pone por el oeste, por ahí... y sale por la parte opuesta, por allí. Así que, si hay espejos, tendrían que estar cerca de aquellas estatuas...

—Isis y Osiris —murmuró Maruk.

—¿Qué?

—Las dos estatuas de esta cámara son Isis y Osiris, los dos enamorados. Cuando Osiris es asesinado a traición por Seth, que lo descuartiza, Isis empieza a vagar a lo largo de las orillas del Nilo en busca de su cuerpo y, cuando encuentra todos sus miembros, lo recompone, creando así la primera momia. Gracias a los cuidados de Isis, Osiris vuelve a la vida. —Maruk se enjugó con el dorso de la mano una lágrima impertinente que le surcaba la mejilla. Después esbozó una sonrisa amarga, de persona mayor—. Qué raro. Quizá sea este el secreto de la vida que andaban buscando los dos eternos enamorados de la balada: la magia del amor que vence a la muerte...

—Creo... creo que tienes razón... —respondió Rick, conmovido.

Jason se acercó a las estatuas, esforzándose por reconocer sus rasgos bajo el manto de hollín. Alzó la lamparilla por encima de la cabeza e intuyó que la diosa Isis debía de ser la de la derecha: en lo alto, semiescondido por la oscuridad, adivinó un rostro de mujer de rasgos orgullosos. Las manos de la estatua estaban rotas y su rostro, una máscara negra, miraba hacia la ventana.

Osiris, sin embargo, miraba a Isis y estaba de pie a su lado.

Jason dejó la lamparilla en el suelo y quitó con las manos la capa de ceniza que se había acumulado sobre los pies y las piernas de la estatua. Descubrió que estaba envuelta en vendas petrificadas, bajo las cuales brotaban yemas de plantas.

«La vida que nace de la muerte», pensó.

Se agachó para coger la lamparilla y, de repente, lo vio: sobre la cabeza de Osiris algo relució iluminado por la luz.

—¡Rick! —gritó—. ¡El espejo! ¡El espejo! ¡Lo he encontrado! ¡Está en la cabeza de Osiris! —Detrás de ellos el sol comenzaba a hundirse entre las dunas.

—¡Sabía que nos serviría para algo! —exclamó Rick, sacando por fin del morral la cuerda que con tanto celo había llevado consigo.

Con unos pocos y hábiles movimientos, el chico hizo un lazo que lanzó después en torno a la cabeza de Osiris.

—Esperemos que Osiris nos perdone por esta falta de respeto... —murmuró Jason, antes de asir la cuerda para trepar—. Maruk, di una de tus oraciones, ¿vale?

—¡Y tú ten cuidado! —le contestó la chica.

—¿Estás de broma? Es un juego de niñoooo... —La piedra que sobresalía y en la que Jason había apoyado el pie se rompió con un ruido seco.

El chico cayó rodando por el suelo con un lamento sordo, pero volvió a ponerse de pie enseguida, sin ni siquiera sacudirse la ceniza de encima. Avergonzado por haber hecho el ridículo de esa manera, volvió a la carga.

Agarró con fuerza la cuerda y, alzándose solo con la fuerza de los brazos, empezó a trepar. En un abrir y cerrar de ojos, alcanzó las manos cruzadas de Osiris y se acurrucó encima, con el rostro de piedra del dios ante él. Soltó la cuerda, arrancó un trozo de su traje de lino y lo usó como bayeta.

—Jason —le llamó Maruk, desde abajo—, ¡se está poniendo el sol!

El chico restregó la estatua con ahínco, levantando una nube densa y oscura de hollín que le impidió la visión.

Durante unos larguísimos instantes, creyó que se había equivocado. Pero al final su testarudez fue recompensada: vio un segundo destello de luz.

Tenía razón: bajo el manto de ceniza negra, ¡podía verse la pulida superficie de un espejo!

—¡Debe de haber uno también sobre la estatua de Isis! —gritó Jason en cuanto vio asomar el espejo de debajo de la suciedad.

Sacó la cuerda del cuello de Osiris y la arrojó al suelo. Rick no perdió tiempo y, en un instante, trepó hasta el regazo de la diosa. Como Jason, utilizó parte de su traje para limpiar las huellas del incendio y, frotando con igual furia, descubrió que la intuición de su amigo era correcta: sobre la corona roja que adornaba la frente de Isis había un espejo.

—¡Lo hemos conseguido! ¡Lo hemos conseguido! —gritó, con una explosión de júbilo.

Por un instante, Jason quedó envuelto en un haz de luz polvorienta que lo atravesó de lado a lado.

Se apartó, retirándose hacia los hombros del dios y... no sucedió nada.

Fue Maruk, desde el suelo, la primera que se dio cuenta del error.

—¡No se miran! ¡Los dos enamorados no se miran! ¡Los espejos no se reflejan el uno en el otro!

Era cierto: el reflejo del rayo de sol iba de Osiris al hombro de Isis, a poca distancia del espejo que adornaba su corona. Y allí moría.

—¡El espejo de Isis no se puede mover! ¡Está bloqueado! —exclamó Rick, intentando moverlo.

—Pues entonces no hay que mover el espejo... —gritó Jason—. ¡Hay que mover la estatua!

Se asomó temerariamente al vacío y se quedó colgando de los brazos de Osiris. Después saltó al suelo como un resorte y se abalanzó sobre la estatua de la diosa.

—¡Tienes que moverte! —chilló a la estatua de Isis, apoyando todo el peso de su cuerpo en la base del trono—. ¡Mira... a la cara... a tu enamorado!

Pero el rayo de sol seguía reflejándose solo en el espejo de Osiris.

—¡Rápido! —gritó Rick, metiendo las manos en el haz de luz que atravesaba la cámara.

Maruk corrió hacia Jason y empezó a empujar con él.

Era increíble... pero... muy lentamente... la estatua se movió.

Isis se movió sobre sus viejos carriles, aplastando con su peso las cenizas que los obstruían. Giró sobre sí misma, elegante y austera, hasta colocarse ante su amado, frente a frente.

Y cuando sus ojos se encontraron, el sol danzó entre sus coronas, reflejándose entre los espejos en un último adiós.

Fue entonces cuando Rick, en brazos de Isis, vio el umbral de luz de la Cámara que no existe.



Nestor atravesó el jardín, cojeando bajo el diluvio. Una música ensordecedora, de batería y guitarras eléctricas, salía del automóvil de Manfred aparcado en medio del patio.

Entre los árboles, la puerta de la casa del jardinero estaba abierta y dejaba entrever una cálida luz amarilla.

Nestor se la había dejado abierta... Se agachó e, ignorando su lumbago, dio toda la vuelta al jardín.

—¿Dónde la he metido? ¿Dónde la he metido? —murmuró, intentando distinguir en esa acuosa penumbra los perfiles de las cosas.

La luz del faro iluminó el jardín y, finalmente, Nestor encontró su carretilla. Estaba detrás del tronco del cerezo japonés, exactamente donde la había dejado al acabar el trabajo.

Agarró la pala que había en la carretilla y la probó, hendiendo el aire un par de veces. No era precisamente un arma, pero tampoco era precisamente inocua.

En cualquier caso, tendría que conformarse con ella.

Cuando entró en su casa, sorprendió a Manfred rebuscando en el escritorio.

—¡Sal enseguida de aquí! —bramó Nestor. Su figura se recortaba contra la puerta, con la pala atravesada delante del pecho—. Antes de que te saque yo.

Manfred dio un respingo. Se metió algo en el bolsillo y dio media vuelta para enfrentarse con el jardinero.

—Finalmente te has decidido a salir... ¿No te han enseñado hospitalidad?

—Vuelve a poner en su sitio lo que has cogido.

—¿Lo que he cogido? ¿Qué he cogido?

Nestor hizo silbar la pala.

—Vuelve a ponerlo en su sitio.

Manfred alzó las manos.

—Eh, eh, no te calientes, viejo...

La gabardina de Manfred chorreaba agua sobre el escritorio y los folios del jardinero.

Nestor sintió un hormigueo en las manos y aferró con más fuerza la pala.

Manfred se señaló la nariz. En la cabeza tenía unas gafas de sol rotas.

—¿Has visto lo que ha hecho esa niñita amiga tuya? Me ha roto la nariz.

—Demasiado buena ha sido... Fuera de aquí. Y vuelve a poner en su sitio lo que has cogido.

En las manos de Manfred apareció una llave vieja y oxidada, similar a las cuatro llaves de la Puerta del Tiempo.

—¿Te refieres a esto? —El chófer de Oblivia Newton meneó la cabeza, burlón—. Creo que no te la voy a dar... La acabo de encontrar y tengo la impresión de que a mi señora le gustará mucho... ¡Eh! ¡Cuidado con esa pala!

Manfred esquivó una palada amenazadora de Nestor.

—¡FUERA!

Los dos empezaron a girar lentamente en círculos, manteniéndose a distancia uno del otro, como depredadores. Por un lado, Nestor con la pala;

por el otro, Manfred con la llave, levantada por encima de la cabeza.

—La niñita me ha hecho daño de verdad —dijo Manfred—. Yo solo quería haceros una visita, tomar una taza de té con vosotros...

—Vuelve a colocar esa llave en su sitio —le intimó Nestor, blandiendo la pala.

—¿Y si no lo hago?

—Que la vuelvas a colocar en su sitio.

Manfred se encontró de espaldas a la puerta de entrada y empezó a retroceder lentamente.

—Vale, vale. Te la doy. Total, ahora ya sé dónde está. También puedo venir a buscarla dentro de unos días.

Caminó hacia atrás por el porche de madera que rodeaba la casa del jardinero; después, bajó los dos escalones que llevaban al jardín.

—A lo mejor vuelvo cuando estén aquí todos los chicos, ¿qué te parece?

—Deja la llave en el suelo, monta en el coche y vete.

Manfred bajó lentamente la mano que aferraba la llave, como para obedecer la orden de Nestor.

—¿Dónde están los chicos? ¿Los tienes encerrados en casa? ¿O los has mandado a algún sitio... siguiendo el rastro de Ulysses Moore?

Nestor dio un golpe con la pala en la madera del porche, furioso. Manfred saltó como un halcón y la aferró con la mano libre. Después tiró de ella.

El jardinero perdió el equilibrio y cayó rodando por el suelo hasta llegar al césped.

Cuando tocó tierra, tuvo la sensación de que se le habían roto todos los huesos.

Manfred, detrás de él, volvió a meterse la llave en el bolsillo de la gabardina.

—Lo siento, viejo. No ha estado mal, de todas formas...

Nestor intentó ponerse de pie. La lluvia fría le caía directamente en el cogote.

Logró ponerse de rodillas como pudo y, con el rabillo del ojo, vio que la pala se le venía encima.

Se arrojó a un lado, esquivándola por los pelos.

—¡Para tus años, tienes buenos reflejos! —rió con sorna Manfred.

La patada de Nestor le alcanzó en pleno estómago.

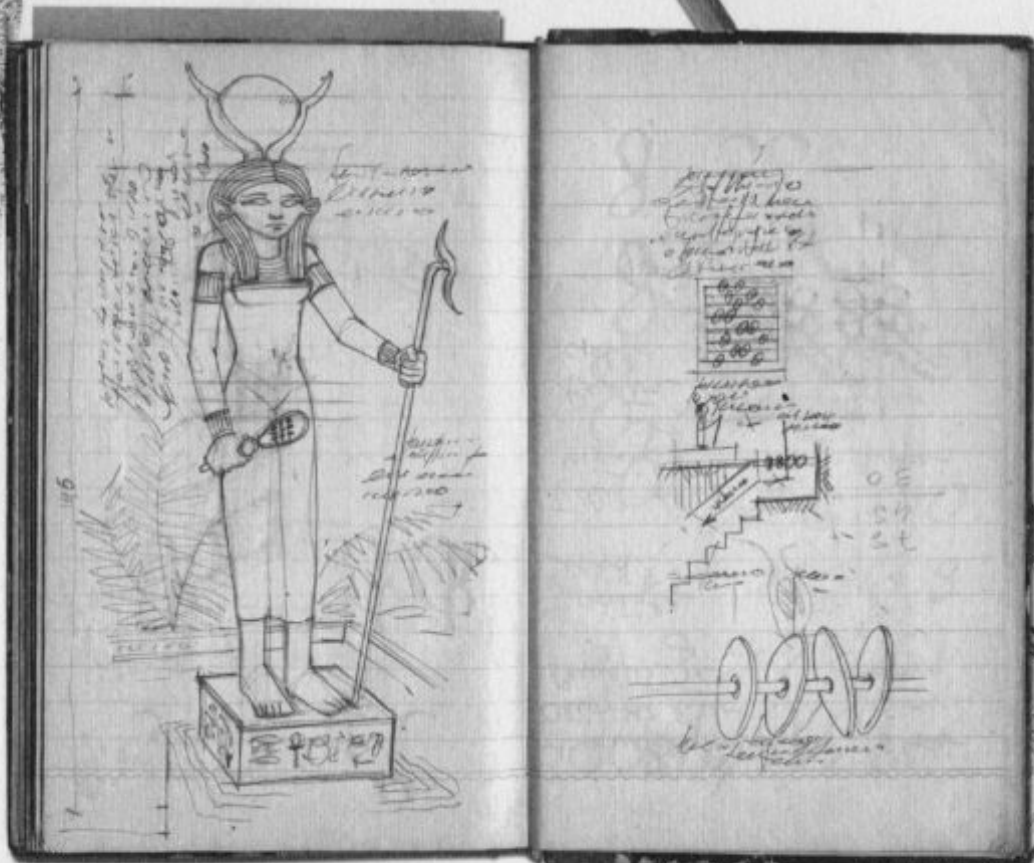
Manfred tosió, sorprendido, doblándose sobre sí mismo. Las gafas de sol rodaron por el suelo y se puso a buscarlas a tientas, frenéticamente, para recuperarlas.

—¡No tenías que haber hecho eso, viejo! Ahora sí que voy a enfadarme de verdad...

Levantó la pala por segunda vez.

Y en ese momento la música de la radio del coche dejó de sonar.

Capítulo (20)
 - LA LLAVE SONORA -



DIOSA HATOR: Diosa de aspecto humano y de vaca. Desde la más remota antigüedad está ligada al culto celeste del dios Horus. Divinidad del amor, de la maternidad y de la música.



Mientras el sol se hundía poco a poco en el horizonte, tres chicos completamente cubiertos de hollín salieron de la Casa de la Vida y se precipitaron en dirección a un espejo de agua perfectamente cuadrado. En su centro se erguía imponente una estatua de la diosa Hator, la diosa del amor y de la música, mitad mujer y mitad vaca.

Hasta que estuvieron al lado del estanque no se detuvieron a tomar aliento.

—¿Estás completamente seguro de que era aquí? —preguntó Jason a Rick.

—Segurísimo. El rayo de sol apuntaba exactamente... aquí.

Rick se arrodilló en el suelo y con las manos arrancó la hierba que había crecido en torno al borde de piedra del estanque.

—¡Aquí está! ¡Lo tenemos! —exclamó al meter las manos en la tierra y comprobar que se trataba de un terreno blando y dúctil.

Maruk y Jason se pusieron en cuclillas cerca de él para ayudarlo. La hierba salía a manojos con grandes terrones. Debajo encontraron una rejilla campaniforme de piedra esculpida, atravesada por ocho barras estriadas, también de piedra. Parecía una alcantarilla o un sumidero.

—¡Este es el umbral de luz! —exclamó Rick. Cogió una piedrecilla y la metió entre dos barras, y después la dejó caer al vacío.

La piedra chocó contra algo metálico, después contra una superficie sólida y dio otros tres botes más.

—Ahí abajo hay una escalera... —intuyó Jason, inclinándose para intentar iluminar el fondo oscuro.

Maruk, sin embargo, se puso de pie y miró a su alrededor. Estaban en un pequeño oasis al que solía ir poca gente, probablemente debido a la cercanía de los Pasadizos Abandonados.

—Estaba verdaderamente a la vista de todos... —susurró Rick—. Quién sabe cuántas personas habrán venido a conversar por aquí cerca y no habrán notado esta abertura o habrán pensado que se trataba de un simple sumidero.

Bajo la rejilla se abría un paso muy estrecho, apenas suficiente para una persona.

Jason agarró una de las barras de piedra e intentó levantar la rejilla tirando de ella hacia arriba. Inesperadamente, la rejilla tintineó. Pero no se movió.

—Debe de haberse quedado encajada... —resopló, intentándolo por segunda y tercera vez—. ¡A saber desde cuándo... no la han... abierto!

Después del cuarto intento se rindió y se dejó caer hacia atrás en la hierba...

—Yo diría más bien que está sellada —dijo Rick aferrándola a su vez.

—¿Habéis oído el ruido que ha hecho? —preguntó Maruk—. La canción hablaba de una «llave sonora»...

Rick intentaba descubrir qué era lo que había producido ese raro tintineo. Notó que de las ocho barras de piedra que formaban la rejilla colgaban unos extraños discos de cobre. Metió los dedos entre ellas y los movió, produciendo el mismo sonido que habían oído antes.

—No hay ninguna cerradura. Nada de nada, solo estos extraños... discos sonoros —observó.

Sin darse por vencido, apoyó la lámpara sobre la rejilla y se puso boca abajo para volver a mirar: los discos estaban colgados de las barras con un lazo de bronce y podían moverse de derecha a izquierda, cambiando de posición. Y, al cambiar de posición, cambiaban también de sonido.

—Pero ¿qué significa? —se preguntó Jason, rascándose la cabeza con las manos sucias de tierra.

Maruk iba a decir algo, pero después se mordió los labios y negó con la cabeza.

Rick examinó de nuevo los discos sonoros. Parecía que de algún modo estuvieran todos unidos entre sí. Los contó: eran dieciséis, dos por cada barra horizontal.

—No entiendo nada... —concluyó—. No sé qué hay que hacer.

—¿Podría ser... un gran sistro? —se atrevió a preguntar Maruk. Era la primera vez que veía en apuros a sus amigos ante un enigma... que a ella, sin embargo, le parecía banal.

—¿Qué has dicho? —preguntó Jason.

—Un sistro, un instrumento musical —repitió la muchacha. Indicó la estatua de la diosa Hator, protectora de la música, que sostenía uno en sus manos. Y, como ellos no replicaban, continuó—: Es un instrumento de percusión, que se puede regular y modular de manera distinta según la canción que se quiera interpretar.

—¿Y tú sabes regularlo? —preguntó Jason.

—Voy un poco atrasada en música, pero no es difícil.

Maruk se acercó y verificó la posición de los discos.

—¿Para qué canción tengo que regularlo?

—¡Para «La balada de los enamorados»! —contestaron al unísono los dos chicos de Kilmore Cove.

Maruk se plantó encima de la abertura y empezó a correr los discos a lo largo de las barras de piedra, hasta que quedó satisfecha del sonido que producían.

—Ya está —dijo, poniéndose de pie.

—Ya está, ¿qué? —le preguntó Jason—. No ha pasado nada.

—A lo mejor no tiene que pasar nada especial... —dijo Rick. Se inclinó, agarró la rejilla y tiró de ella hacia arriba. La rejilla tintineó de nuevo oponiendo resistencia.

Pero justo en el momento en que Rick iba a soltarla, la rejilla cedió unos centímetros y, lentamente, se abrió.

El chico pelirrojo estuvo a punto de caerse hacia atrás, pero Jason lo sujetó y lo ayudó a depositar la rejilla en la hierba, al lado de la abertura.

Los chicos le dieron la vuelta y, finalmente, entendieron cómo funcionaba el ingenio: los discos estaban unidos entre sí por un sistema de pesas y cordeles. Colocándolos en la posición correcta, el sistema de cordeles liberaba una única cuerda grande y robusta. En caso contrario, esta recia cuerda bloqueaba la rejilla por abajo, fijándola a la pared.

—Una cerradura muy ingeniosa... —comentó Rick, observando fascinado todos esos cordeles.

Jason aferró la lamparilla de aceite y la acercó a la embocadura del pasaje. El corazón le latía enloquecido.

—¡Para que luego digan los que no nos creían! ¡Vamos! —exclamó, apoyando el pie en el primero de una serie de peldaños esculpidos en la roca que descendían en espiral.

Al notar que la mano de la chica egipcia se posaba sobre su hombro, se volvió.

—Has estado genial —le dijo ella.

Jason le sonrió.

—Tú sí que has estado genial con lo del sistro...

—¡Bah! Digamos que lo hemos hecho estupendamente los tres —declaró ella, con la otra mano en el hombro de Rick.

—Hemos tenido suerte... —respondió él.

—¡La suerte, la Fortuna! —observó Jason, alzando la lamparilla—. El arcano mayor número diez.

—O sea que también ella formaba parte del juego... —concluyó Maruk. Empezaron a bajar.

La escalera era muy empinada y peligrosa. Cada peldaño apenas dejaba espacio para apoyar el talón y era de altura diferente al anterior, con lo que cada paso era un pequeño salto en la oscuridad.

—La canción no decía nada de esto... —farfulló Jason, quien abría la marcha con la lamparilla de aceite que oscilaba como la luz de una nave en una tormenta.

Olía a moho y a cerrado. La lamparilla rompía telarañas densas y pesadas como cortinajes. Y se oía un rumor de patitas que corrían a refugiarse en la oscuridad, molestas por aquella intromisión inesperada. Debía de haber transcurrido mucho tiempo desde la última vez que alguien había puesto el pie allí dentro.

—¡Lo conseguimos! —dijo de repente Jason al no encontrar más peldaños—. ¡Hemos llegado al final!

Levantó la lamparilla recubierta de telarañas y alumbró, por fin, la Cámara que no existe.



Julia se había quedado en la ventana. Y cuando vio que Nestor caía al suelo, no se lo pensó dos veces. Se precipitó fuera del salón, corrió escaleras abajo, salió disparada por el porche acristalado y se dirigió hacia el coche de Manfred. Tenía que encontrar la manera de distraerlo e hizo lo único que se le ocurrió: subió al automóvil, apagó los faros y la música ensordecedora, salió a hurtadillas y se quedó escondida detrás del guardabarros.

—¡Vaya! —exclamó Manfred, bajo la lluvia helada—. Parece que el pollito ha salido del nido...

—¡No, Julia! —le gritó Nestor desde el suelo—. ¡Vuelve atrás! ¡Cierra la puerta! ¡No le dejes entrar!

A pocos pasos de ella estaba la puerta de Villa Argo. Abierta. Pero Julia se quedó tras el guardabarros, sin moverse.

—¡CIERRA LA PUERTA! —gritó de nuevo Nestor.

Manfred se puso a correr para intentar entrar en la casa.

Julia permaneció inmóvil hasta el último momento, hasta que vio asomar a su lado la silueta del hombre con la gabardina.

Entonces saltó como un resorte y le puso la zancadilla.

Manfred voló por los aires sin poder entender cómo. Un momento antes estaba corriendo. Solo un momento después estaba tirado en el suelo, sin aliento. Cuando abrió los ojos, vio ante sí un charco en medio de la grava. Y en medio del charco, como los restos de una minúscula nave, la llave que había cogido del escritorio del jardinero y que se le había caído del bolsillo de la gabardina.

En ese momento Julia salió de su escondite y se agachó para recoger la llave. Después dio media vuelta para volver a entrar a casa. Pero entre ella y la única entrada abierta de Villa Argo se interponía el chófer de Oblivia Newton.

La luz del faro giraba.

—¡Julia! —gritó Nestor bajo la lluvia—. ¡Vete! ¡Escapa!

Julia no se lo hizo repetir dos veces. Dio media vuelta y echó a correr bajo la lluvia. Oyó que Manfred se ponía de pie refunfuñando algo entre dientes.

Julia corrió hasta que se encontró cara a cara con el mar. Había llegado al borde del acantilado de Salton Cliff, allí donde empezaban las escaleritas.

Donde Jason, el día antes, se había caído al vacío.

Se dio la vuelta, entrecerró los ojos para distinguir el perfil de Manfred bajo la lluvia; después, levantó la llave por encima de la cabeza.

—¡Si la quieres, ven a cogerla! —gritó—. ¡Ven a cogerla, si te atreves!

El viento agitó su melena.

En el jardín, el hombre miró primero la puerta abierta de Villa Argo; después, dirigió la vista a la muchacha. Parecía un mamut envuelto en una gabardina.

—¡Julia, no! ¡Vete de ahí! ¡Quítate de ahí! —También Nestor se había puesto de pie.

Manfred se lo pensó un poco; después, tomó una decisión.

Se fue acercando.

—Dame esa llave.

Julia le sonrió. En realidad, estaba muerta de miedo, pero era ella la que controlaba el juego.

—Dame esa dichosa llave, mocosa —repitió Manfred, mientras estallaba un trueno.

La luz del faro giraba.

—¡Si das un paso más, la tiro al mar!

Manfred se detuvo a tres pasos de ella, con la gabardina reluciente bajo la lluvia.

—Ten mucho cuidado con lo que haces, jovencita —la amenazó.

—Ten cuidado tú —respondió Julia, mientras hacía bailar la llave con la punta de los dedos—, o de lo contrario se me podría caer.

—¡Julia! —gritó Nestor por detrás de Manfred.

—El abuelito te llama, jovencita... —rió Manfred sarcásticamente—. ¿Por qué no le contestas?

—Porque estoy ocupada hablando con un enorme cerdo con gabardina —replicó ella.

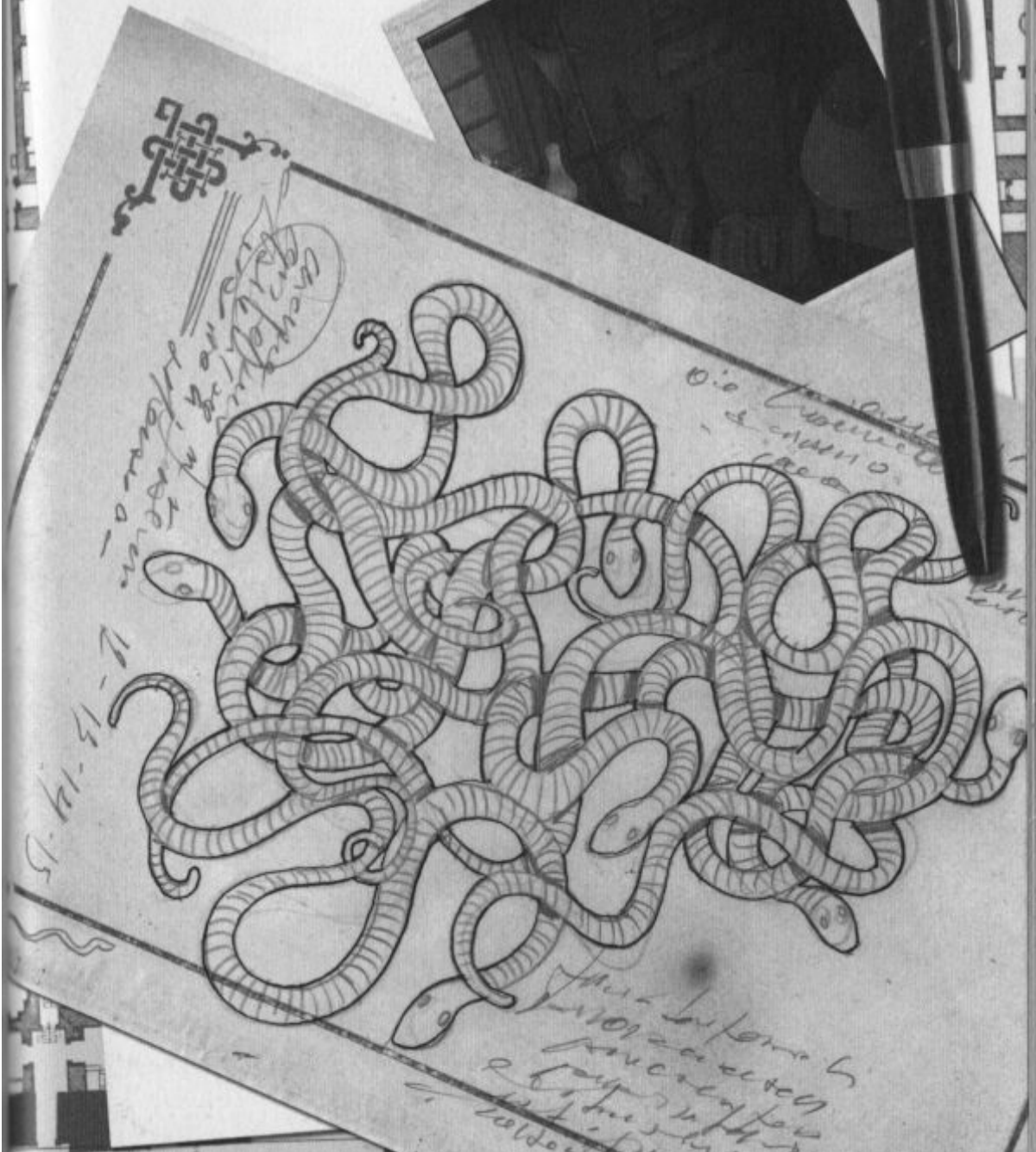
El cerdo en cuestión dio un salto hacia delante. Avanzó los tres pasos que lo separaban de Julia en un abrir y cerrar de ojos.

Sin embargo, la chica se lo esperaba... y la chica era nada más y nada menos que Julia Covenant, campeona de gimnasia artística, velocista imbatida y campeona del equipo de balonmano de la escuela.

Se hizo a un lado con un movimiento ágil y lanzó la llave más allá del acantilado. Una gran masa mojada le rozó la cara.

La luz del faro giraba. Y cuando se alejó, Manfred había desaparecido en el vacío.

Capítulo (21)
- LA CÁMARA QUE NO EXISTE -



Jason hizo oscilar la lamparilla de aceite describiendo ante sí un arco de luz. La Cámara que no existe era estrecha y profunda. Un lugar antiguo y oscuro, excavado en la roca y cubierto de telarañas. La luz de Jason, trémula e indecisa en el aire pobre de oxígeno, mostró una procesión de sarcófagos de oro, erguidos como centinelas contra las dos paredes. Entre las dos hileras de sarcófagos había un angosto pasillo de piedra, que llegaba hasta una especie de altar atestado de objetos llenos de polvo.

—¿Quiénes son? —susurró Jason, alumbrando con la luz pálida los rostros de los sarcófagos, labrados en oro. Tenían rasgos severos e increíblemente antiguos, casi de otro tiempo y lugar.

—Son los Fundadores... —musitó Maruk—. Vinieron del mar para construir la Casa de la Vida.

Los Fundadores miraban hacia delante, inmóviles y austeros con sus largas vestiduras de piedra. Tenían los brazos extendidos a lo largo del cuerpo y los pies apoyados en el caparazón de una tortuga.

Los chicos permanecieron mudos contemplando el silencio del lugar.

—Mirad... ¡El viejo no nos ha mentido! —dijo Rick poco después, arrodillándose en el suelo. Justo al final de la escalera había tres pequeños objetos recubiertos de polvo: tres minúsculas tortugas de marfil.

Tres tortugas: las mismas que habían encontrado en el arquitrabe de la puerta en la gruta de Salton Cliff.

Jason tragó saliva con dificultad; después, volvió a mirar la Cámara que no existe.

Dio un paso adelante y le pareció caminar sobre una fina capa de nieve porque, antes de tocar el duro suelo de piedra, su pie se hundió algunos centímetros en la arena.

—Creo que tendríamos que llegar hasta el altar... —sugirió Jason.

La luz de la lámpara vaciló sobre los rostros impasibles de los sarcófagos.

Detrás de él, Maruk dio un paso. Había vuelto a sacar su collar y lo apretaba con ambas manos, pálidas de tensión.

Rick cerraba la fila, mirando inquieto a su alrededor.

Se sentía incómodo allí abajo, en ese reino silencioso... Le parecía estar perturbando el sueño de los Fundadores...

En la habitación resonaban extraños ecos, como zambullidas lejanas o gotas de agua que caían quién sabía dónde. A Rick le pareció oír susurros ahogados, pero pensó que eran solo fruto de su imaginación.

Paso a paso, lentamente, los tres amigos se dirigieron hacia el altar atestado de objetos, bajo la mirada impasible de los Fundadores.

—Ya casi estamos... —musitó Jason hendiendo las telarañas y la oscuridad en busca de algo que pudiera parecerse al contenedor de un mapa.

Después se paró de golpe.

—Maruk, ¿qué pasa?

—Nada, ¿por qué? —respondió la chica tras él.

—Pues si no pasa nada, ¿podrías quitarme el brazo de encima del hombro? No me dejas andar...

—Yo no te he puesto el brazo en el hombro...

La luz de la lamparilla osciló imperceptiblemente.

—Pues si no es tu brazo —murmuró Jason, hablando muy lentamente—, ¿qué es lo que tengo encima del hombro?

—Levanta la luz, Jason. No veo nada.

Rick se volvió de golpe para mirar las dos hileras de sarcófagos y, por un instante, le pareció ver algo que se movía cerca de uno de ellos.

Jason alzó lentamente la lámpara, hasta alumbrarse el hombro izquierdo.

—¡Oh, no! —gritó Maruk—. ¡Oh, no, Jason!

El chico volvió la cabeza milímetro a milímetro.

Algo silbó sobre su hombro y lo miró con dos ojos amarillos, grandes como nueces. Una serpiente.

Jason contuvo un grito y le dio un manotazo con la mano que sostenía la lámpara. El reptil cayó al suelo y fue a esconderse en la oscuridad, retorciéndose sobre la arena.

—¡Ufff... hemos tenido suerte! —exclamó Jason aliviado, levantando la lámpara para que alumbrara más.

Cuando vio lo que los rodeaba, Maruk emitió un grito. Rick, algo más lejos, permaneció inmóvil, paralizado.

Había serpientes por todas partes: caían del techo, se arrastraban bajo la capa de arena que cubría el pavimento, asomaban de los sarcófagos enroscándose una sobre otra. Se retorcían mordiéndose entre sí sin motivo, intentando deslizarse nuevamente en la oscuridad. Era como si la llegada de los chicos las hubiera despertado.

—¿Rick? —murmuró Jason—. ¿Qué hacemos?

Las serpientes caían y aterrizaban con un ruido sordo.

—¿Rick?

—¡Chisst! Estoy... estoy pensando...

—¿Puedes pensar rápido?

Maruk masculló algo.

—Las serpientes... son... sordas —dijo Rick, intentando recordar todo lo que sabía sobre esos reptiles—. Lo que les molesta son... las vibraciones.

—Pues entonces... no vibremos, ¿vale?

—Y además... creo que tienen miedo del fuego... y quizá de la luz.

—Ok, fantástico. Fantástico. Tenemos una lámpara encendida.

Jason describió con la lámpara un círculo de luz en torno a ellos, poniendo en fuga a una masa resbaladiza y sibilante. Maruk chilló.

—Creo que lo mejor sería que nos largáramos lo más rápidamente posible de aquí —dijo Rick—. Por ahora estos bichos están entumecidos, pero...

—Según tú, ¿son venenosas?

—No lo sé. A lo mejor...

—¡Voy a intentarlo! —declaró Jason de repente—. Estoy tan cerca que casi puedo tocar el altar.

Rick gritó alarmado, con los ojos fuera de las órbitas.

—¡Jason, no! ¡No hagas locuras! Tenemos que ir caminando hacia atrás lentamente hasta la escalera. ¡Y después correr fuera de aquí, mientras estemos vivos!

—Rick, estoy a un metro del altar...

—¡Pero el suelo está lleno de serpientes venenosas! —exclamó Maruk.

—A lo mejor son solo culebras asquerosas —dijo Jason—. ¡Vosotros no os mováis!

—¡Jason!

El chico levantó la lamparilla y dio dos pasos al frente.

El altar estaba atestado de objetos de todo tipo, todos cubiertos de arena, polvo y telarañas: ánforas colmadas de joyas, minúsculas estatuillas de piedra, peines, papiros enrollados, cajas de madera...

«Piensa, Jason, piensa...», se dijo Jason dando un tercer paso. El mapa de Kilmore Cove podía estar escondido en cualquier parte en medio de aquel amasijo de cosas.

Maruk emitió un gemido y Jason dio media vuelta, moviendo la lámpara. Después volvió a concentrarse.

«Piensa, Jason...», se dijo de nuevo, evocando el papiro que había encontrado en el nicho: «P. S. He preferido guardar el mapa en un lugar seguro: en la Cámara que no existe».

El mapa no podía estar allí desde hacía mucho tiempo. Algunos años, quizá. No más.

Jason alargó la palma de la mano y empezó a tocar a tientas la superficie del altar, donde le parecía que había menos telarañas y menos polvo.

Una caja, un pisapapeles, una estatuilla dorada... ¿Qué estaba buscando exactamente?

—¡Jason! —lo llamó Rick desde atrás—. ¡Muévete! Las oigo arrastrarse en torno a mis pies...

La mano de Jason se deslizaba por el polvo, tocando algunos objetos y levantando otros.

El mapa. El mapa de Kilmore Cove... ¿Dónde estaba? En un sitio seguro...

«A lo mejor —pensó Jason—, la persona que lo trajo lo escondió a propósito entre los objetos más antiguos de la habitación, para engañar a quien quisiera encontrarlo. Piensa, Jason. O no pienses en absoluto. Y déjate guiar por tu instinto.»

Bajó la lámpara y la apoyó detrás de él, en el suelo.

—¿Jason?

Después cerró los ojos e imaginó. Imaginó que había entrado allí dentro para poner el mapa a buen recaudo. Un mapa importante. Un mapa que Oblivia Newton no debía encontrar. Imaginó que había descubierto la cámara más secreta de toda la Casa de la Vida. Una cámara protegida por serpientes venenosas del desierto.

Sintió el corazón en la garganta y cómo le retumbaba después en la cabeza anulando cualquier otro sonido.

Jason respiró.

Puso las palmas de las manos hacia arriba y las introdujo bajo el altar. Tocó la piedra, después presionó ligeramente.

Tac.

Se quedó en la mano con algo ligero que se despegó de debajo del altar.

Jason abrió los ojos, pero por unos momentos vio solo estrellitas grisáceas, porque los había cerrado tan fuerte que casi se había hecho daño.

Cuando sacó las manos de debajo, se dio cuenta de que sujetaban un marco de madera, plano.

Se dio la vuelta y lo contempló a la luz de la lámpara.

Era una lámina color sepia que contenía un mapa. En la parte inferior, dentro de una orla cuadrada, podía leerse la siguiente inscripción:



Jason se quedó boquiabierto. Después alzó la mirada hacia los otros y gritó:

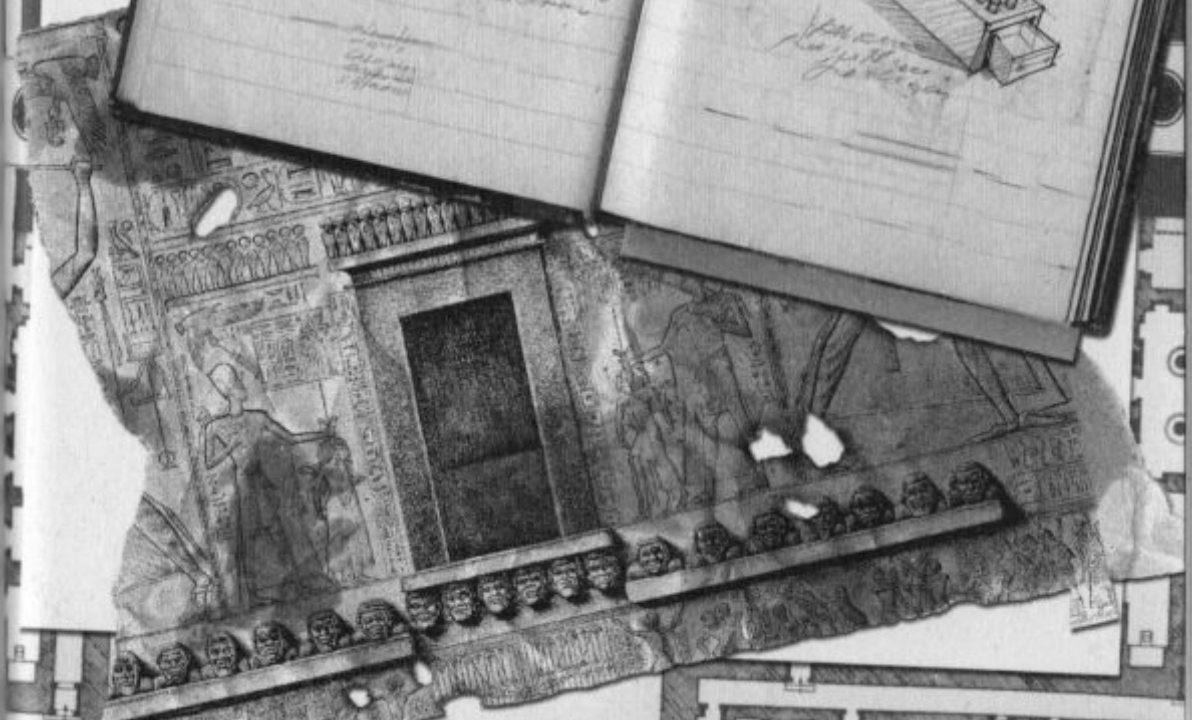
—¡Lo he encontrado! ¡Lo he encontrado! ¡Tenemos el mapa de Kilmore Cove!

En ese preciso instante la luz de la lamparilla de aceite se apagó.

Capítulo (22)
- AJUSTE DE CUENTAS -

En l
cont
alt
sol
En
ar
-
h

en estrechó el marco
voz



En la penumbra de la estancia, Jason estrechó el marco contra él, Rick gritó y Maruk empezó a rezar en voz alta las oraciones que hasta ese momento tan solo había susurrado.

En torno a ellos la oscuridad silbaba, arrastrándose.

—¡Quedaos quietos! —exclamó Rick, poniéndose a hurgar en su petate.

—¿¿Quién se está moviendo?! —respondió Maruk, interrumpiendo por un instante sus plegarias.

Rick revolvió aún un poco hasta que, por fin, consiguió encender una cerilla.

Su cara asustada apareció tras un halo de luz trémula.

—¡Tenemos que volver a encender la lamparilla! ¡Jason, dáselas a Maruk, rápido!

Jason se agachó en la oscuridad y agarró a tientas la base de la lámpara. La cerilla se apagó. Rick encendió otra.

—¿No sería mejor que me pasaras las cerillas? —refunfuñó Jason.

—¡Venga, dáselas a Maruk!

Jason dio un paso adelante y pasó la lámpara a la chica.

—¡La tengo! —exclamó ella.

La cerilla de Rick se apagó e intentó encender otra.

—Ahora, Maruk, da un paso atrás y pásame la...

No consiguió acabar la frase. Una serpiente cayó justo encima de la cabeza de Maruk, quien lanzó un alarido agudo y usó la lámpara para arrojar lejos de sí a la escurridiza criatura.

La lámpara se hizo añicos contra uno de los sarcófagos de los Fundadores y Maruk echó a correr hacia la salida gritando y arrollando todo lo que encontraba a su paso, Rick incluido.

—¡Vámonos! —exclamó Jason, poniéndose también a correr de inmediato.

Sin dejar de chillar, los tres se precipitaron escaleras arriba y aparecieron sanos y salvos en el jardín.

Pero, una vez fuera, no tuvieron tiempo para alegrarse de seguir con vida porque se encontraron cara a cara con un joven egipcio que blandía en la mano un reluciente cuchillo.

—Os aconsejo que os portéis bien y no os mováis, chicos... —intimó el muchacho a Maruk y a Rick, haciendo que se colocaran de espaldas al estanque.

Después aferró a Jason, que estaba intentando escaparse por debajo, y lo empujó al lado de los otros dos.

—Bueno, bueno, bueno... —resonó por detrás del joven la voz de Oblivia Newton—. ¡He aquí a los heroicos exploradores de regreso de su misión!

Tras ella el cielo era rojo sangre.

La mujer apuntó directamente hacia Jason, quien intentaba, por todos los medios, esconder el valioso mapa detrás de la espalda.

—Pero... ¡¿qué es lo que ven mis ojos?! ¡El joven Jason Covenant!

—¿Qué quieres? —dijo él, intentando inútilmente retroceder más allá del borde del estanque.

Oblivia se inclinó hacia el chico.

—¿De verdad no lo has entendido aún?

Con un gesto, ordenó al joven egipcio que cogiera el mapa.

—¡No! —gritó Jason, oponiéndose con todas sus fuerzas.

Después recibió un violento golpe en la cabeza y cayó al suelo.

—¡Cobarde! —saltó entonces Rick. Y recibió una patada que lo dejó retorciéndose por los suelos.

Maruk se agachó para ayudar a sus amigos; después le espetó a Oblivia un despectivo:

—¡Ladrona!

La señora de Kilmore Cove arrancó el marco de las manos del joven y acto seguido dedicó a Maruk una mirada cargada de desdén.

—Y tú, con ese ridículo corte de pelo, ¿se puede saber quién eres? ¿La famosa Julia?

—¡Yo soy Maruk, la hija del Gran Maestro Escriba!

—¡Oh, vaya, perdona la equivocación! —exclamó Oblivia Newton, concentrándose en lo que tenía entre manos.

Con gesto decidido rompió el marco en dos, extrajo el mapa y lo desplegó delante de sí, satisfecha.

—Sí, eres tú... ¡Cuánto te he buscado, mapa de Kilmore Cove! ¡Único, valioso y... mío, finalmente!

—¡Ladrona! —añadió de nuevo Maruk.

—Ahógala —ordenó Oblivia al joven egipcio, sin quitar los ojos de la lámina que sujetaba en las manos—. Y arroja a los otros dos a las serpientes.

Oblivia Newton enrolló el mapa y lo escondió bajo sus ropas.

El joven levantó el cuchillo y se acercó con aire amenazador a Maruk. Jason yacía en el suelo, sin sentido, mientras que Rick, tras la patada que había recibido, se esforzaba en ponerse de pie.

—¡Quieto! —exclamó entonces una voz imperiosa.

Y el viejo dueño de la Tienda de los Mapas Olvidados salió tambaleándose de entre las sombras.

—El acuerdo estaba perfectamente claro, ¡*har!* —gruñó acercándose con las piernas doloridas—. Para ti el mapa y para mí los chicos.

—Haz con ellos lo que quieras, viejo —respondió Oblivia—. Es hora de irme.

—¡*Har har!* ¡Estupendo! Estupendo de verdad. Y, por si quieres saberlo, *Talos* y yo esperamos de todo corazón no volver a verte nunca más. Ahogarla, ¡*har!* —El viejo se volvió hacia su aprendiz y le lanzó una mirada indignada—. ¿Cómo has osado obedecer una orden similar? Son niños... ¡*Har!* Regla Treinta y dos: respetar a los niños. ¿Acaso no te la he enseñado?

Oblivia Newton no pudo contenerse y soltó una pequeña carcajada.

—Y tú no te rías, sacerdotisa. ¡*Har!* Si te dejo ese mapa es solo porque mi palabra vale todavía algo en esta ciudad. —El viejo alargó uno de sus pies hinchados para mover el cuerpo de Lengua Afilada, que permanecía tendido en el suelo—. ¡*Har!* Y porque este está todavía vivo.

Después clavó sus ojos severos en la mujer y le dijo:

—¡Vete de aquí antes de que cambie de idea y decida darle una alegría a *Talos!*

—Dile a tu aprendiz que me saque de aquí —respondió Oblivia—, y no volverás a verme nunca más.

El dueño de la tienda hizo una señal y el chico se alejó con ella.

El viejo se agachó al lado de Rick.

—¡Eh! Corazón Impertérito, ¿qué tal?

Rick tosió un poco antes de conseguir responderle:

—¿Por qué has dejado que se marchara?

—Le había dado mi palabra, *har*. Y me ha pagado por encontrar el mapa.

Maruk, mientras tanto, cogió un poco de agua del estanque para humedecer el rostro de Jason.

—A tu amigo le han atizado un buen golpe, Corazón Impertérito, pero...

En contacto con el agua, Jason tosió y volvió en sí.

—¡*Har!* Se diría que está sano y salvo.

—¿Adónde han ido? —preguntó Jason, frotándose los ojos.

—Han huido con el mapa... —respondió Maruk.

En cuanto vio al viejo de la tienda, Jason puso los ojos en blanco y lo golpeó:

—Y tú, ¿qué haces aquí? ¡Ah! ahora lo entiendo todo... ¡Por tu culpa nos han robado el mapa!

El viejo levantó las manos en posición de defensa.

—*Har*, el golpe no ha suavizado tu lengua, por lo que veo... No te he robado yo el mapa. Me han pagado para que lo encontrara. Y, como siempre, lo he conseguido. *Har har*... —Después caracoleó hacia atrás, apretando los dientes de dolor—. ¡*Har!* Cuando se pone el sol, estas piernas mías me duelen aún más, creedme.

El viejo se acercó a la rejilla, todavía alzada, que camuflaba la escalera.

—Vosotros... vosotros... habéis hecho algo que no habría imaginado nunca —dijo, moviendo la cabeza—. ¡Bajo la fuente de Hator! ¡Quién lo hubiera dicho! ¡*Har har!*



Una vez que hubo salido de las murallas, Oblivia Newton despidió a su guía y se alejó de allí rápidamente. Se detuvo varias veces para mirar atrás, pero le pareció que no la seguía nadie.

Para mayor seguridad, cambió de camino por lo menos cinco veces, volviendo sobre sus pasos y parándose en cada ocasión para mirar a su alrededor.

Cuando estuvo completamente segura de que el joven de la tienda había desaparecido, se decidió a subir hacia el barrio de los médicos.

Como última precaución, se paró en la esquina opuesta de la calle adonde debía dirigirse y esperó contando los segundos, devorada por el frenesí de volver a casa y estudiar el mapa de Kilmore Cove que apretaba con fuerza en la mano.

Pero, a pesar de que deseaba marcharse a toda prisa, Oblivia sabía que no podía correr el riesgo de que la descubrieran.

Hasta que, de repente, decidió que ya había esperado bastante y salió de su escondite, cruzó la calle y se dirigió hacia un edificio anónimo de dos pisos, que parecía haber vivido tiempos mejores.

Una última ojeada a derecha e izquierda y luego entró.

Dentro reinaba el silencio. El edificio, que en el pasado había sido una oficina de recaudación de impuestos, estaba abandonado desde hacía tiempo. Su fama hacía que nadie fuera por allí a curiosear: no había nada mejor que un edificio de impuestos para mantener alejada a la gente.

En los sótanos, detrás de un muro de vasijas rotas y brazadas de cañas de papiro, había una puerta de madera camuflada. Ulysses Moore también había intentado ocultar y cerrar aquella puerta.

—Ahora las encontraré todas... —susurró Oblivia, apretando el mapa.

Dio una patada a una mesa puesta de través y se acercó a la puerta.

Después cogió entre las manos la llave en forma de gato y la acercó a la cerradura.

Pero no tuvo que usarla porque la puerta estaba abierta.

«Así que la llave sirve solo desde el otro lado...», anotó mentalmente Oblivia.

Era un detalle interesante, pero también resultaba muy peligroso.

¿Qué sucedería si alguien más encontraba la puerta?

Decidió que ya pensaría en ello más tarde. Empujó la hoja de madera, traspasó el umbral y apareció en casa de la señora Cleopatra Biggles.

Los gatos se pusieron a correr y bufar como locos, mientras Oblivia caminaba entre ellos sin dedicarles ni siquiera una mirada.

—¿Manfred?

Su reloj dio un zumbido y volvió a funcionar.

Cleopatra Biggles seguía durmiendo en el sofá, con la boca totalmente abierta y el gato *César* acurrucado en la parte interior del brazo.

Oblivia miró por la ventana. Casi había dejado de llover, pero el cielo estaba aún cubierto y oscuro. Los canalones del tejado rebosaban de agua.

—¡Manfred! —volvió a llamar, dirigiéndose hacia la entrada de la casa.

Fuera, el coche ya no estaba.

—¡Por todos los demonios! ¿Se puede saber dónde rayos te has metido, Manfred?

Oblivia estaba a punto de dejarse arrebatar por uno de sus habituales ataques de ira cuando se acordó del mapa que llevaba consigo.

Lo desplegó y, al hacerlo, se echó a reír.

Rió más y más fuerte. Cada vez más fuerte...

A pesar de que su chófer de confianza y el coche habían desaparecido.

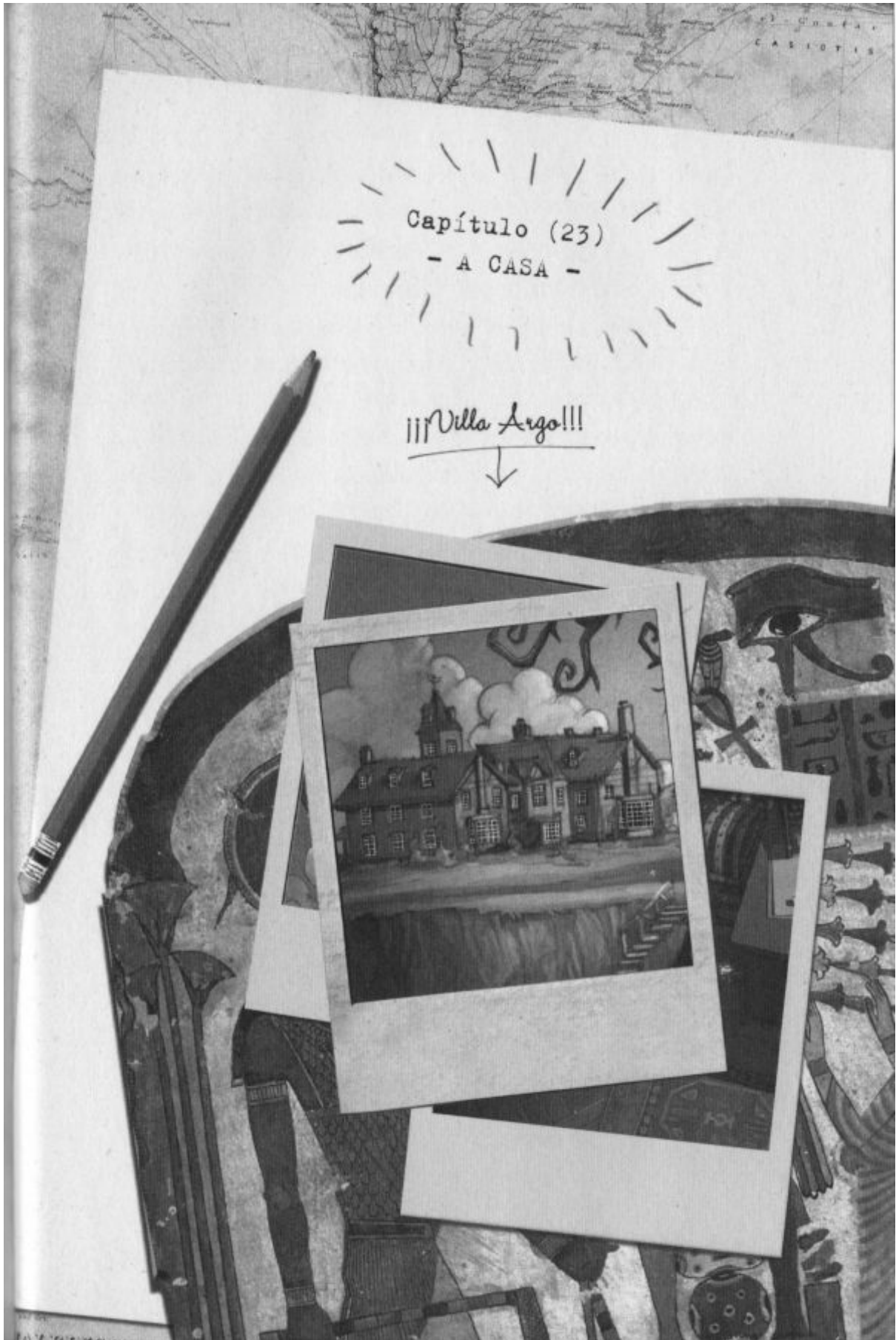
Luego dio media vuelta, volvió sobre sus pasos y fue hasta el salón por última vez. Recogió las pieles del suelo, le quitó las pantuflas de los pies a Miss Biggles y se las puso.

Al salir, apagó la luz.

—Buenas noches, miss Biggles...

Bajó a la calle y echó a andar por el empedrado mojado.

A pesar de la lluvia y de las pantuflas demasiado grandes, Oblivia Newton estaba de magnífico humor.



Rick, Jason y Maruk esperaron a que el dueño de la tienda se hubiera alejado para ir hasta la Casa de los Huéspedes. La corte del faraón estaba desfilando por el jardín y nadie les hizo caso.

Rick y Jason echaron una última ojeada a las murallas de la Casa de la Vida, recortadas contra el cielo ya oscuro, y luego bajaron a los almacenes subterráneos.

Una vez abajo, siguieron las señales que había ido dejando Rick y volvieron a la sala en la que habían visto por primera vez a Maruk.

Los dos chicos movieron el armazón y se abrieron nuevamente paso por entre los ladrillos.

Ninguno de ellos pronunció palabra, nerviosos por la inminente despedida.

—Creo que... —dijo Maruk, cuando la brecha estuvo abierta de nuevo— que sería mejor que nos despidiéramos aquí.

Jason se acarició la cabeza, aún dolorida por el golpe recibido.

Rick miró hacia el suelo, tenso.

—Eso parece, sí...

—Bueno, pues... entonces... —La chica egipcia se quitó del cuello su valioso amuleto y se lo tendió a Rick y Jason con una sonrisa—. No sé bien a cuál de los dos darlo, pero... me gustaría que lo llevarais con vosotros.

Acabó por entregarlo a Jason, que protestó por ese regalo inesperado.

—Maruk, no... para ti es importante —dijo, recordando lo mucho que la chica lo había usado en sus plegarias.

Maruk se llevó un dedo a los labios.

—Es mi regalo. El ojo de Horus os libraré de la mala suerte y protegerá vuestras vidas, como las ha protegido en la Cámara que no existe.

Jason volvió a insistir.

—Llevadlo con vosotros allá donde vayáis —dijo Maruk, haciendo caso omiso.

Rick apretó los dientes y colocó en el suelo su zurrón.

—Regalo por regalo... —dijo, sacando las últimas cerillas que le quedaban—. Para que te acuerdes de nosotros... y para que sorprendas a tus amigos. No valen lo mismo que tu collar, claro, pero... no tenemos otra cosa, aparte de unos cuantos metros de cuerda.

Maruk aceptó las cerillas como si fueran el regalo más valioso del mundo.

Después los tres amigos permanecieron en silencio un momento, pensando en todo lo que había sucedido en aquella tarde increíble.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó Maruk.

—Claro que sí —le respondió Jason.

Rick sonrió.

—Seguro.

Se fundieron en un emotivo abrazo.

—Siento lo de vuestro mapa... —susurró Maruk.

—No pienses en ello.

—Lo encontraremos.

Se separaron y buscaron las últimas palabras de adiós.

—Vamos, venga... Tu hermana te espera, Jason... Y tú, Rick, no le hagas demasiado caso, ¿vale?

—Vale, Maruk. Ten cuidado. Y protege este lugar, si puedes.

—Marchaos, venga... —los animó Maruk—. Antes de que se me pase por la cabeza la idea de seguirlos a través de aquella puerta.

Rick y Jason atravesaron el muro y cerraron el paso a sus espaldas. Oyeron que Maruk hacía lo mismo y dieron todavía unos golpecitos en los ladrillos para despedirse.

Bajaron la escalera, torcieron por el corredor y llegaron a la puerta donde había comenzado todo.

—Aquí estamos... —dijo Rick.

Jason miró la puerta y estalló:

—¿Sabes qué es lo que más me enfurece?

—¿Qué?

—Que después de tantas fatigas no sabemos siquiera por qué ese mapa era tan importante. Representaba Kilmore Cove y estaba lleno de nombres raros... Pero no he acabado de entender qué motivo había para esconderlo allí. ¡Y pensar que con solo una pizca más de suerte lo habríamos descubierto...!

—En realidad, bastante suerte hemos tenido, con aquellas serpientes...

Jason asintió.

Los dos se sentían como piezas de un juego del que aún no habían comprendido las reglas.

—El juego continúa —dijo Jason, apoyando la mano en la Puerta del Tiempo—. Siempre que esta puerta nos lleve a Villa Argo.

—Así es —dijo Rick—. El juego continúa.

Y, después de respirar profundamente varias veces, traspasaron el umbral.





Nestor apartó a Julia del acantilado.

—Entremos en casa —le dijo.

—¿Te ha hecho daño?

El jardinero negó con la cabeza.

—No. Solo tengo algunas magulladuras. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Solo un poco asustada.

—Bien.

—¿Crees que estará muerto? —murmuró Julia mirando al mar.

La luz del faro giró mostrándolos en silencio, bajo la lluvia, uno delante del otro.

—¿Crees que estará muerto? —repitió Julia—. Con un salto así, desde lo alto...

Nestor frunció los labios.

—¿Crees que he hecho mal? —insistió la chica—. ¿Crees que ha sido culpa mía?

Nestor no contestó, pero dio media vuelta y se dirigió al coche de Manfred para abrir la puerta.

—¿Nestor? —lo llamó Julia, inmóvil en el umbral de la casa. Estaba empapada. Y temblaba—. ¡Dime algo!

—No está muerto, tranquila... Mala hierba...

Se sentó al volante del coche.

—¿Qué pretendes hacer ahora? —preguntó Julia.

—Me lo llevo de aquí.

Julia entró de nuevo en casa. Seguía temblando como un flan. Se dejó caer en un sillón del comedor, levantó las piernas y se acurrucó entre los brazos del asiento.

Oyó a Nestor encender el motor del coche de Manfred. Después, lo oyó alejarse.

Cuando volvió a abrir los ojos, el jardinero estaba frente a ella, mirándola.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

Julia se restregó los ojos.

—¿Dónde has puesto el coche?

—Acantilado abajo —respondió Nestor, sombrío y enigmático como siempre.

Julia no conseguía mantener los ojos abiertos. Estaba cansadísima. Cansadísima y, curiosamente, seca a pesar de toda el agua que le había caído encima.

—No se lo diremos a nadie, ¿verdad? —susurró.

—A nadie.

Julia asintió.

—Bien. Entonces, solo nos queda esperar el regreso de Rick y Jason... Porque volverán, ¿verdad?

—Claro que sí. Volverán.

Julia musitó algo antes de volver a sumirse en el sueño. De repente, se sintió ligera, como si alguien la estuviera alzando en brazos. Después sintió sobre la piel la corriente de aire frío de la escalera y, al fin, el cálido abrazo de las sábanas y las pesadas mantas.

Pesadas, pesadísimas, como su cansancio.

Empezó a soñar y, en sueños, oyó la Puerta del Tiempo que se abría y la voz de su hermano que exclamaba:

—¡Estamos en casa!

Después soñó también con la voz de Rick y la de Nestor. Y con pasos en la escalera. Sin embargo, aunque no consiguió abrir los ojos, Julia intuyó que, fuera, el temporal había cesado.



Con la llegada del alba, la tempestad que azotaba Kilmore Cove amainó. Las nubes se dispersaron, dejando filtrar los primeros pálidos rayos de sol. Las gaviotas volaban sobre las olas, en busca de peces. El mar, lentamente, se calmó.

La resaca había depositado sobre la playa trenzas de algas, conchas, trozos de madera y de redes de pesca, pero también restos más grandes, que los pescadores tendrían que quitar antes de poder echar de nuevo al mar las barcas. Había un tronco de árbol de un par de metros de largo y una vela rota, quién sabe en qué tempestad y en qué mares del mundo.

Y había además un hombre, tendido boca abajo sobre la arena, inmóvil. Llevaba traje oscuro y gabardina. El agua lamía sus pantalones y le faltaba un zapato.

Algunas gaviotas planearon curiosas sobre él, esperando que fuera un gran pez varado con el que darse un buen banquete.

Al cabo de un rato, el hombre tosió.

Un único golpe de tos, seguido de una furiosa ráfaga de palabras incomprensibles.

Se enderezó de golpe y se sentó. Las gaviotas se asustaron. Empezó a toser y toser y a escupir agua.

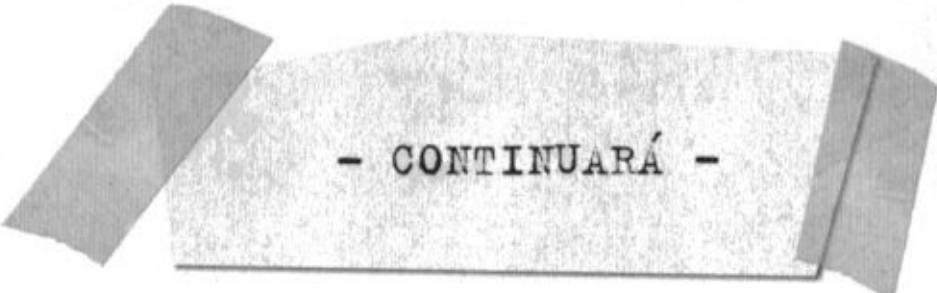
Cuando se calmó, intentó mover primero una pierna y después la otra; luego se examinó los brazos y se contó las costillas. Se sentía hecho trizas, pero le pareció que no tenía nada roto.

Cerró los ojos y los volvió a abrir.

Le dolía mucho la mano derecha. La tenía toda ensangrentada y sus dedos se habían quedado agarrotados apretando algo. Para poder abrirla, tuvo que ayudarse con la otra mano.

Tosió una vez más y luego sonrió.

Manfred apretaba aún en la mano una vieja llave. En forma de león.



- CONTINUARÁ -

Estas son algunas de las fotos que he encontrado en el baúl y entre las páginas de los cuadernos.



Olivia Nelson y Manfredo



Julia Covenant



Jason Covenant



Rick Banner



Alester